



Las
mariposas
de tu
luna

Roma García

PRÓLOGO :

Antes de que empieces la novela, querido lector, tengo muchas cosas que contarte. La primera de ellas es que vas a ser partícipe de la historia de Dafne, de todo lo que vivió con su compañero Marfield en Moonet.

No esperes una historia común, de esas que estáis acostumbrados a ver. He intentado que cada página sea diferente a todo lo demás.

A lo largo de las páginas de este libro, podrás deducir cómo es este país del que te hablo, sin embargo, entre una cosa y otra, no vas a tener mucho tiempo de conocer Polin, así que te lo presento.

Desde que un hechizo embarga la ciudad, Polin es un país demasiado frío donde los pájaros dejaron de cantar hace mucho tiempo. Independientemente de la estación que acontezca, la escarcha es personaje principal de sus calles. Los lagos siempre están congelados y puedes visitarlos para poner patinar sobre ellos en cualquier momento del año.

Hablando de años, en Polin, todo es diferente; van más deprisa y es que nuestra protagonista solo tiene veintiséis años a ojos de su país. En el mundo real, solo sería una niña de dieciséis. Así, tal y como lo leéis.

Sin embargo, es lo único diferente, pues es muy similar a los mundos contemporáneos que solemos ver. La gente, las calles, las tiendas y las cafeterías que frecuenta Dafne son parecidas a las mismas que acudes tú cada tarde a pasar el rato; no tienen nada de especial.

Si hay algo anormal en aquella ciudad es que todos sus habitantes poseen unos poderes mágicos que las hacen diferentes entre ellas, sin embargo, algunas se encuentran un escalón más alto en aquella jerarquía. En

función de la familia de la que procedas, tu poder será mayor o menor y nadie sabe realmente el motivo; cada astro le otorga a una generación familiar una serie de atributos que debe aprovechar, en la mayoría de ocasiones, para hacer el bien del país.

Esto provoca grandes enfrentamientos entre familias, haciendo que dichas disputas se hereden de generación en generación sin motivo aparente. Padres les cuentan a hijos, ellos mismos a nietos y así sucesivamente hasta que llega un punto de no retorno donde verdaderamente se plantean el motivo de tanta competitividad.

Dafne y Marfield poseen esa habilidad y juntos tendrán que superar todo lo que se les afronta para poder continuar.

CAPÍTULO 1:

La noche acechaba y aún no había visto la luna. Era bastante raro que pasase eso, y, de hecho, incluso me ponía un poco nerviosa. No lograba dormir si no era de aquella manera, así que, con paso firme, decidí acudir a la habitación de mi abuela con la esperanza de conciliar el sueño.

—Abuela, no puedo dormir...

—¿No has visto la luna, querida? —contestó mientras se daba la vuelta en la cama para poder admirar mis ojos color esmeralda.

—Aún no, *abu*. No sé por qué no ha salido todavía.

—Cariño, a veces, no puedes ver la luna porque no tiene luz propia, se ilumina porque refleja la del sol. Quizá, no le llega la suficiente.

No sabía si realmente mi abuela decía la verdad o lo hacía con la única intención de calmar mi desasosiego, pero si lo que quería era esto último lo había conseguido con creces.

Me fui corriendo hacia mi habitación, sintiendo el frío suelo en la planta de mis pies. Adoraba ir descalza por el suelo a pesar de que estuviéramos en pleno noviembre. Polin era un país demasiado gélido, ni tan siquiera en verano podíamos disfrutar de los rayos del sol. En el pueblo, todas las señoras mayores decían que, antiguamente, no pasaba esto en el poblado y que todo estaba bajo una vieja maldición que alguien tenía que deshacer.

Según lo que he escuchado, el dios de la luna hizo un conjuro en Polin; hubo algo que lo hizo enfadarse tantísimo que terminó arrojando un juramento que hacía que la oscuridad y el hastío perviviera entre todos sus

ciudadanos. No obstante, cada vez que le preguntaba a la abuela para conseguir información en primera persona, obviaba el tema y mostraba bastante indiferencia.

Seguía mirando el oscuro y cerrado cielo, pero no lograba ver más allá de grandes y frondosas nubes. «¿Estaría la luna detrás de ellas y por eso no soy capaz de verla?» Volví a levantarme de mi cama para coger el telescopio de mi madre. Me senté encima del alféizar de la ventana e intenté, por última vez, encontrar el satélite que tanto me gustaba, pero, ante la negativa, me dirigí a la lente para encontrarlo.

Para mi sorpresa, vi unas luces parpadeantes moradas que pronto pasaron a ser amarillas y marrones. Despegué la vista e intenté mirarlas por la ventana con mis propios ojos, sin conseguir resultado alguno.

Cuando estuve a punto de preguntarle a la abuela, las luces intermitentes estaban mucho más cerca. Ahora era capaz de verlas por mí misma, sin necesidad de utilizar el virtuoso telescopio. No podía distinguir lo que eran, pero intuía que algo bueno iba a suceder, pues en el antiguo libro de mamá leí que antes eran muy comunes las apariciones de hadas, aunque yo nunca había sentido la manifestación de ninguna de ellas.

Sentí cómo las luces se acercaban cada vez más. Ahora sí podía distinguir que eran mariposas. Grandes mariposas que tenían una dirección establecida: la ventana de mi habitación. ¿Cómo sería posible? Quizás era la única que estaba abierta en todo el pueblo, pensé.

Sin casi darme cuenta, una de ellas se posó en mi nariz y otra en mi rodilla. Me senté de nuevo en el alféizar con sumo cuidado para no espantar a aquellos maravillosos insectos de la naturaleza y, sorprendentemente, no lo hice. Una vez que estaba acomodada allí, sentí la necesidad de jugar con ellas, ya no eran dos sino cuatro las que estaba a mi alrededor.

Tras estar un largo tiempo disfrutando de aquellas lindas mariposas, el

sueño acechó a mis pequeños párpados, haciendo que estos se cerrasen de manera casi constante. Dejé que volasen de nuevo hacia las nubes y a camino ligero, me envolví en mis sábanas para empezar un nuevo día tras esta extraña noche.

CAPÍTULO 2:

Me levanté cuando una extraña sensación recorrió mi cuerpo. No sabía distinguir el qué, pero tenía la certeza de que no era algo propio en mí. Me puse un batín de mi abuela para bajar al recibidor y bajé las escaleras a paso lento, sin prisas.

A medio camino, pude escuchar cómo mi abuela hacía el desayuno. Todos los domingos emprendía la misma tarea: realizar un gran plato de tortitas con sirope de caramelo, mi favorito.

—Abuela, tengo malestar general, no sé por qué, pero no me encuentro bien.

—¿Qué te ocurre, pequeña? ¿Quieres una infusión?

Asentí con la cabeza mientras introducía el primer trozo de tortita en mi boca. Realmente necesitaba algo para encontrarme mejor de lo contrario, no podría ir a visitar a mi madre como cada domingo.

Al poco tiempo, mi abuela me tenía un líquido rojo bastante oscuro en un vaso profundo de cristal. De él, sobresalía un sobrecito de hierbas que, supongo, había hervido dentro. No pregunté lo que era y directamente me lo tomé sin siquiera saber lo que me estaba metiendo en el cuerpo.

No dio tiempo a que me hiciese efecto cuando ya la había avisado de que me iba a ver a mamá. Cogí mi bicicleta, que estaba sujeta con una cadena a la ventana de la cocina, y salí a bastante velocidad hasta el cementerio.

Durante el camino, pude ver cómo los niños jugaban con sus hermanos en los jardines de sus respectivos hogares. Siempre soñé con ser uno de ellos,

pero mamá murió a los tres días de mi nacimiento, por lo que no le dio mucho tiempo a tener más hijos, ni tan siquiera de disfrutar de la que ya tenía. A mi padre no lo conocí, ni siquiera sabía su nombre, era muy poco lo que sabía de él y mi abuela era lo único que tenía en mi vida.

Llegar al cementerio fue una auténtica odisea. El camino era bastante duro y estaba completamente lleno de pequeñas rocas que impedían que mis ruedas girasen con normalidad. A pesar de que ya lo conocía, nunca había conseguido que la travesía fuese algo fácil y siempre terminaba maldiciéndome por dentro por tan compleja senda.

—Buenos días, Dafne. A ver a mamá, ¿no?

—Sí, señor Foragen. Ya sabe, los domingos es lo único que hago.

—Eres una muy buena hija, querida. No todos vienen a ver a sus familiares una vez están aquí, creen que todo basta con hacerlo durante la vida y lo que no saben es que aquí también necesitan mucha atención...

Foragen llevaba trabajando en el cementerio desde que yo tenía uso de razón y se encargaba de tener cuidado todo el recinto. Cuando podía, le hacía un pago mensual para que se encargase especialmente de la lápida de mamá. Aunque venía una vez a la semana, a veces, los dioses del agua ejercían su poder y caía tanta lluvia que dejaba todo el nombre de mi madre recubierto de grandes manchas de barro.

Fui corriendo hasta el número veintidós. Mamá casi inauguró el cementerio, pues ya hacía bastantes años de su fallecimiento. Me quedé fijamente mirando las letras de plata que indicaban su bello nombre: «Lucinda Silvester». Mi llanto era tal que nublaba mi vista, haciendo que no pudiese leer todo lo que ponía en la lápida, a pesar de que ya lo sabía de memoria.

Al poco tiempo, sentí un leve cosquilleo por mi espalda. Era raro, nunca había tenido esa sensación estando aquí, por lo que me giré

rápidamente para ver qué se escondía detrás de mí, pero no pude ver nada. Sin darle importancia, volví a centrarme en el nombre de mi madre; sin embargo, de nuevo, percibí un ingrátido suspiro en mi hombro, mas esta vez, decidí ignorarlo.

Cuando estaba a punto de irme a casa, una mariposa se posó en mi dedo índice. Toda mi atención se fue a ella y su manera de aletear encima de mí. Comencé a mirar detenidamente sus alas, examinando cada color que tenía y me acordé vertiginosamente de la noche anterior.

Aproveché el momento y sin pensarlo dos veces, toqué una de sus alas para sentir su suave tacto en mis dedos e inmediatamente un escalofrío recorrió mi piel, haciendo que se erizase hasta el último vello de mi brazo.

—Dafne..., querida...

No sabía quién me había hablado. Miré a ambos lados de la calle, pero no encontré nadie. Solo estábamos el señor Foragen y yo, aunque este se encontraba en la calle de atrás.

—Mi amor, estoy detrás de ti.

Me giré bruscamente. Una alta mujer de pelo negro y ojos verdes estaba allí. Llevaba una camisa blanca con mangas largas de una tela semitransparente y un pantalón negro de campana. Me quedé totalmente boquiabierta. La última vez que vi dicho atuendo fue en un álbum de fotos que la abuela tenía en el desván. Debajo de la fotografía ponía: «Lucinda Silvester, 1945».

—¿Mamá? —pregunté extrañada.

—Querida..., sabes quién soy —contestó con lágrimas en los ojos—. Tengo muchas cosas que contarte...

A pesar de la poca distancia que nos separaba, con una amplia zancada acudí a ella, la abracé, la besé y lloré en su pecho desconsoladamente. No podía creer que estuviese mi madre allí, delante de mí. Llevaba años

fantaseando con este momento, rezándoles a todos los dioses que, aunque solo fuese en sueños, pudiese conocerla.

A veces me rendía, sabía que nunca podría estar en los brazos de mi madre. Verdaderamente, me daba igual el motivo por el que podía verla, solo importaba que la tenía tan cerca que podía acariciarme el pelo a su antojo, sentir cómo era su piel.

—¿Cómo es que puedo verte? —añadí con cierta curiosidad, llorando al igual que ella.

—Tranquila, cariño, voy a contártelo todo ahora.

CAPÍTULO 3:

Nos quedamos allí, mirándonos, sin darnos explicación alguna mientras de nuestros ojos no paraban de emanar lágrimas. Por la manera en la que me abrazaba, me daba la impresión de que mi madre tenía muchas cosas que contarme, pero poco tiempo para disfrutar de mí. Los escasos minutos que nos quedamos así, quietas, parecieron durar una eternidad, pero no mucho más tarde, añadió lo que siempre había deseado escuchar de sus labios.

—Mi vida, cuánto tiempo llevo esperándote...

—Pero..., mamá... —No pude articular más palabra.

Me cogió de la mano y, con la otra, comenzó a acariciar mi pelo con mucha ternura, intentando calmar mi estado de completo nerviosismo. Intentaba tranquilizarme susurrando algunas palabras al oído, pero no lograba entenderlas con claridad. Aun así, sentirla tan cerca hacía que cualquier ápice de inquietud desapareciera.

—Sé que la abuela nunca iba a confesarte la historia de nuestra familia y yo tengo muchas cosas que contarte. Quizá te parece precipitado, vas a recibir mucha información en poco tiempo, pero te prometo que es necesario y debe ser así.

Asentí.

—La familia Silvester siempre estuvo en guerra con los Edethin. Las mujeres de ambas familias éramos las mejores brujas del poblado; de hecho, siempre lo hemos sido. Podíamos hacer todo lo que quisiéramos con nuestra magia, no importaba la dificultad del truco. Una noche —dijo antes de tragar saliva—, la cabeza de la familia Edethin y yo teníamos una misión: salvar a Lilian.

—¿Lilian? ¿Quién es Lilian?

—¿No te resulta familiar? —preguntó justo después de tenderme una imagen.

Inspeccioné la fotografía con atención, atendiendo a todos y cada uno de los detalles de la imagen. Mi madre salía junto a una chica rubia un poco más baja que ella. Compartían la misma vestimenta, exceptuando los colores de la misma. Parecía ser que la moda de aquellos años estaba en su auge con los pantalones acampanados.

Había visto la foto en alguna que otra ocasión en el álbum de fotos de la abuela, pero nunca le había dado demasiada importancia porque no me parecía relevante ni que fuera familiar nuestro, por lo que, aunque ahora le ponía cara a la tal Lilian, seguía sin conocerla con exactitud.

—Como te decía, cariño, teníamos que salvar a una chica atrapada en la luna. Según decían los astros, había sido secuestrada por Kavenski, su dios. Nadie había conseguido sacarla de tal cautiverio y toda la villa confiaba en mí y en Gerpelin para poder salvarla, pues es la hija del rey emérito de Polin y era demasiado importante que la trajésemos a nuestro país.

—¿Y qué pasó, mamá? —interrumpí, ansiosa por conocer la respuesta.

—No pudimos hacerlo. Cuando estábamos a punto de tenerla en nuestros brazos, Kavenski entró en cólera, secuestrándonos tanto a Gerpelin como a mí y maldiciendo a todo Polin. No estoy muerta, cariño —manifestó mirando al suelo—, estoy secuestrada en esta luna con mis compañeras y tú has sido la elegida para salvarnos. Sé que todo es muy precipitado y que es mucha información, pero tenemos poco tiempo, cariño.

Me emocioné, de alegría, por supuesto, de saber que mi madre no estaba muerta, de que había un hilo de esperanza en recuperarla, de que todo podía volver a esa normalidad a la que todo el mundo estaba acostumbrado menos yo.

No me apetecía hablar de esto, solo quería abrazarla, besarla, sentirla cerca, olvidarme de todo lo que me está contando para poder llevármela a casa y que mi abuela se emocionase. Quería compartir con ella mi película favorita, mi primera caída en bicicleta y mis primeros amores de la escuela, «Sergi, cómo olvidarlo...»

—Pero..., yo no tengo esos poderes que tú dices que tenías, mamá —dije haciéndome la fuerte.

Olvidé por un momento todo lo que tenía en la cabeza para centrarme en lo verdaderamente importante: prestarle atención, poder traerla a Polin y cumplir todo lo que estaba fantaseando.

—Sí los tienes, corazón. Las mariposas ya han hecho su trabajo, han conseguido que tengas la mejor energía de la comarca. Aun así, no te preocupes, la misión no es solo para ti. Tendrás toda la ayuda que necesitas para poder enfrentarte a todo, hija.

—¿Cómo que tendré ayuda?

—Hace años, los astros eligieron a dos personas para emprender la misión y esta vez no va a ser diferente. Tienes que averiguar quién es tu

compañero y sacarme de aquí, querida, tienes que sacarnos de aquí.

Juntó las palmas de mis manos y comenzó a llorar de nuevo, pero no podía verla así. Necesitaba que sonriese y fuese feliz, pues ya le quedaba muy poco en aquella y oscura estancia.

—Tengo un millón de preguntas... —acuñé—. Pero antes, debes ponerme una sonrisa o, de lo contrario, no te diré nada y no podré realizar esta misión.

—Suéltalas todas —contesto aparentando alegría.

—¿Qué han hecho las mariposas para que yo tenga poderes? ¿Por qué yo y por qué ahora? ¿Por qué tengo que ir con otra persona? ¿Cómo la encuentro? Si te llevabas mal con Gerpelin, ¿cómo hiciste la misión con ella? ¿Cómo voy a esa misión? ¿Es la misma que vosotras hicisteis años atrás? ¿La abuela también tiene poderes? ¿Cómo es que puedo verte? —dije casi sin respirar entre pregunta y pregunta.

Mi madre sonrió con un gesto inocente. Parecía que esperaba con ansia que realizase esas preguntas, las mismas que quizá ella misma se hizo en su juventud, cuando los astros le otorgaron todas estas virtudes.

—Vamos por partes, mi amor. Con solo tocar un ala de las mariposas consigues todo el poder que necesitas para ser una de las mejores brujas de la comarca. Ellas saben cómo engatusarte para que termines sintiendo en tu piel el suave tacto de sus alas. Has sido elegida porque así yo lo he pedido, recuerda que vivo en la luna, esa que tanto te gusta ver, así que tengo cualquier poder, el que quiera, en mi mano —escrutó mientras me acariciaba la cara—. Lo hice ahora porque sé que tienes la edad suficiente para afrontar esta misión, pero recuerda que no puedes decirle nada a la abuela, corazón.

—¿Por qué no?

—Deja que termine de explicarte todo y podrás entenderlo mejor, no seas impaciente.

Asentí de nuevo.

—Tienes que ir con otra persona porque el cometido es muy complejo para que vayas tú sola. Debes buscarla por el color de sus dedos.

En cuento lo escuché, miré los míos. Pasaron a tener un ligero toque color violeta que antes no había aparecido, pero no me preocupé. Supuse que era por el contacto con las mariposas y si madre lo había dicho con tanta tranquilidad, entonces no era perjudicial para mí

—Hice la misión con Gerpelin porque no me quedaba otra opción — continuó—. Al principio, nos enzarzábamos en constantes discusiones, pero tras un breve periodo de tiempo que pasamos juntas en aquella misión, terminamos entendiendo que la mala relación de ambas familias no eran más que habladurías y que podíamos llevarnos a la perfección. Debes ir entrando en trance con la luna, para que tu alma vuele hasta ella y la tarea es exactamente la misma, con la diferencia de que ahora no tienes que salvar a Lilian sino a tu madre y a Gerpelin también.

Tragó un poco de saliva antes de seguir respondiendo a todas las preguntas y se llevó una mano a la cara para limpiar las lágrimas que brotaban de sus ojos. Aunque ya le había dicho que debía sonreír, era incapaz de hacerlo.

—La abuela tuvo poderes, muchísimos, pero todos ellos desaparecen cuando cumples los sesenta y cinco años. Nadie sabe por qué, pero no hay ninguna hechicera que haya alcanzado dicha edad y la abuela no termina de aceptarlo, no quiere asumir que ya no es la bruja que antes era —afirmo con tristeza—. Por último, Dafne, puedes verme porque tienes poderes; recuérdalo, tienes unas virtudes que nadie más tiene salvo tu compañero. Hay varios habitantes de la villa con ellos, pero solo dos en toda ella tienen los que se llaman «poderes magistrales». Solo tú puedes verme y solo la otra persona puede ver a sus seres queridos fallecidos.

—Mamá, no sé si podré hacer todo lo que me dices, no sé dónde encontrar las respuestas, no sé adónde acudir si no es a la abuela.

—¿Con quién hablas, querida?

Podría reconocer la voz del señor Foregen a kilómetros. Por un momento, iba a decirle que hablaba con mi madre, pero tan pronto como recordé mis habilidades, descarté la idea. Volví la vista al sitio donde estaba ella, pero, a mi pesar, ya no estaba allí.

—Me gusta hablar sola, señor Foregen, no se preocupe —dije con una amplia sonrisa antes de salir a paso ligero de allí.

Ahora, tenía una labor: buscar respuestas donde nadie más podría hacerlo

CAPÍTULO 4:

No me importó que el camino fuese vertiginoso y aunque estuve a punto de caerme más de una vez, no lo hice en ningún momento. En cuanto llegué a casa, fui rápidamente a la planta superior bajo la atenta mirada de mi abuela.

Tiré de la cuerda que desplegab las escaleras que iban al desván y subí a buscar el antiguo libro de mamá. Le había echado alguna que otra ojeada por encima, pero nunca tuve la necesidad de prestar completa atención a lo que decía.

Las páginas tenían el típico olor a libro antiguo y algunas se resquebrajaban con tan solo pasarlas, así que lo hacía con sumo cuidado para no terminar deshilando alguna que otra. Estaba escrito por puño y letra de mi madre y en algunos capítulos me costaba entender lo que decía, por lo que tenía que prestar más fijación de lo normal.

Después de leerlo al completo, no encontré nada que me fuese útil. Todo lo que ponía ahí ya me lo había explicado madre en persona, por lo que no me había servido de gran ayuda. Registré todo el desván con la intención de buscar algo más de información.

De pronto, recordé que mi abuela me tenía prohibida la entrada a una parte de la buhardilla. Aunque nunca supe el motivo, no pregunté mucho ni hice leña del árbol caído con el tema; no obstante, hoy necesitaba saber un poco más de mis raíces y de lo que tenía que hacer.

Avancé hasta el ala derecha y corrí la cortina de terciopelo azul que

cubría aquella parte para evitar que yo entrase. Cuando lo hice, descubrí una enorme biblioteca llena de libros y una mesa redonda con algunas infusiones y probetas.

Estaba completamente sorprendida, nunca imaginé que esa gruesa cortina podría esconder esta maravilla de los dioses. Desde muy pequeña adoro quedarme en el sofá, al lado de la chimenea, leyendo los mejores libros que cojo de la casa de Dinesh, el bibliotecario de la comarca, por lo que, para mí, era una auténtica odisea todo lo que estaba viendo.

Progresé a paso lento, con cautela, para que abuela no me pillase en mi labor. Me acerqué a las amplias estanterías que ocupaban casi la totalidad de la pared, acariciando los gruesos lomos de los libros que tanto mi madre como mi abuela, tenían allí. Algunos, estaban escritos en lenguas que ni yo misma podía entender; otros, sin embargo, podía leerlos a la perfección.

Todos eran completamente iguales: tenían un filo dorado en el lomo que los hacía aún más bellos si cabe, y la letra era de un color violeta con un agudo relieve. Mientras iba pasando la mano por cada uno de ellos, me di cuenta al momento de que tanto las letras como mis dedos tenían el mismo color, «¿Está relacionado entonces?».

Abrí uno de ellos e intenté leer lo que ponía. Tuve suerte, era el diario de mamá. No cotilleé, tampoco pretendía invadir su intimidad. Usé un poco la lógica, si era su diario, la misión debía estar en las últimas páginas, así que me fui directamente a ellas.

Querido diario:

Hoy emprendo la misión con Gerpelin. No, no creas que a mí me hace gracia. Siempre hemos estado enfrentadas, ya sabes que ninguna de las dos familias se lleva bien con la otra, pero no puedo hacer otra cosa, no hay otra opción. Tenemos que estar unidas para salvar a Lilian que es lo único que me importa ahora mismo. Me temo que no podré contarte cómo me va, pues

no puedo llevarte conmigo a tan compleja tarea. Mañana por la mañana voy a casa de mi compañera y haremos los rituales necesarios para poder emprender nuestro viaje a la luna y enfrentarnos con Kavenski. Volveré, lo prometo, no tardaré mucho.

Besos, Lucinda.

Toda mi ilusión por saber algo se desvaneció como el agua entre los dedos, como la nieve cuando un rayo de sol se entrelaza entre las nubes. Indagué por toda el ala con la esperanza de poder encontrar algo ante tanta negativa. Miré las infusiones con detenimiento, mas no eran simples hierbas curativas que usaba la abuela cuando me encontraba indispuesta.

En las probetas, lejos de haber mágicas pociones como en cualquier libro fantasioso, solo había más infusiones de las que la abuela suele tomar, por lo que abandoné velozmente la estancia.

Bajé a la habitación con el diario de mamá y su antiguo libro de secretos, poderes y hechizos. Quizá no me ayudarían a encontrar la salida, pero podrían alumbrarme el camino a seguir.

Todas las respuestas las encontraría en casa de Dinesh, el hombre que más libros nacionales conservaba de la villa.

CAPÍTULO 5:

La casa de Dinesh estaba relativamente cerca a la mía, solo tardé unos quince minutos en llegar a pesar de que fui a paso lento. Vivía en una de las mejores casas de Polin, solamente con la entrada podías quedarte completamente prendada.

Algunas de las paredes de sus habitaciones estaban forradas con páginas de libros antiguos, otras, con papel basado en alguna historia o mito griego. Siempre que podía y Dinesh me dejaba, me quedaba en su salón cogiendo libros cortos y pequeños que me duraban un suspiro porque era demasiado tediosos estar yendo y viniendo de casa.

—Buenas tardes, señor Dinesh.

—Buenas, Dafne, ¿vienes buscando una novela como siempre?

—No. Hoy necesito otra cosa plenamente diferente. ¿Has oído hablar alguna vez de Lilian?

Se quedó pensando durante unos minutos, elevando la vista al cielo, como si intentase recordar algo que hacía tiempo que no gobernaba su mente.

—Ay, mi niña. Creo que no debo contarte lo de Lilian. Aún eres muy joven para conocer todo lo que pasó con la hija de Deus. Debes buscar otra vía para saber lo que quieres. Te prometo que cuando sepas algo, estaré encantado de ayudarte y contrastar tu información, pero no quiero ser yo tu fuente principal.

Se le notaba en la cara. Se le notaba que quería decírmelo, que quería transmitirme toda la información que sabía, pero dudaba sobre si sería lo ideal o no, si saldría perjudicada o si me terminaría afectando más de lo esperado.

—Tranquilo, señor Dinesh —dije intentando calmarle—. Ya sé todo lo que tenía que saber. Está atrapada con el dios de la luna, junto a mi madre y Gerpelin Edethin. Ahora, necesito que me prestes los libros necesarios que contengan toda la información relevante y así poder salvarlas.

A decir verdad, madre no me dejó claro si podía contar mi misión o debería mantenerla en secreto, pero tomé la iniciativa de relatarlo para poder recopilar toda la documentación necesaria y no quedarme en el intento.

Dinesh sonrió pícaramente y se giró hasta una sección de su casa donde, suponía, tenía todo lo que necesitaba. Por primera vez, no lo seguí, me quedé en el recibidor a la espera de que volviese. Nunca había necesitado libros de aquella índole, por lo que desconocía si podía acudir a la estancia dónde él iba o no. Por pura precaución, decidí quedarme donde estaba. Al poco tiempo, apareció con una pequeña montaña de periódicos, recortes varios y un gran libro blanco y amarillo que rozaba la línea de la extravagancia.

Cogí todo con sumo cuidado de no tirar nada, pues se veía que Dinesh lo guardaba con gran meticulosidad y admiración, y volví a casa a paso aún

más lento si cabe que en la ida.

El camino se me hizo largo, no solo por la velocidad a la que iba sino porque no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Era necesaria tanta información o alguna era totalmente descartable? ¿Podría encontrar aquí todo lo que necesito o terminaría yendo de nuevo a casa de Dinesh?

A pesar de que no era la primera vez que tenía más preguntas que respuestas, era ahora cuando más me preocupaba, pues la vida de tres personas estaba en mis manos, bueno..., y en las de la otra persona.

—¿Qué es todo eso? —preguntó abuela con gesto serio cuando llegué a casa.

—Es un trabajo de investigación que estoy haciendo junto a Sylvia.

Sylvia era mi mejor amiga, vivía enfrente de mí, pero no nos veíamos mucho. No sabía con certeza a qué se dedicaban sus padres, pero viajaban constantemente por todo el país y eso hacía que mi amiga nunca estuviese en casa. A veces, cuando llegaba a Polin, venía a llamarme para contarme qué tal le había ido con el chico que había conocido en el lugar donde había residido durante algunos meses, o el lío en el que se había metido por alguno de ellos.

No teníamos esa relación que cualquier persona tendría con su mejor amiga. Si le tenía ese apelativo era por la única y exclusiva razón de que no podía dedicárselo a otra persona que no fuera ella.

En la escuela conocí a muchas personas, pero no todas pueden recibir la categoría de amigas, y menos el de «mejor amiga». Soy demasiado exquisita con el tema, siempre he dicho que puedo contar a todas las verdaderas personas que están a mi lado con los dedos de una mano y me sobraría más de uno.

—Pero Sylvia no está en casa, ¿cómo vas a hacer entonces el trabajo de investigación que dices? Además, ya hace años que terminaste la escuela,

¿para qué leñes estás haciendo ahora un trabajo de esa calaña?

—No, no está en casa, pero antes de irse me dijo que quería hacer esta investigación. Como no tengo nada que hacer hoy, me pondré a ello para que, cuando venga, tengamos el trabajo adelantado. Simplemente, queremos hacerlo por pura curiosidad, por conocer las historias de Polin. Vivimos aquí desde hace años y no conocemos nada sobre él —contesté intentando disimular. Gracias a los dioses, se me daba muy bien mentir.

Mi abuela asintió con una sonrisa. Parecía que había colado lo que le acababa de decir, o eso o se hacía muy buen la tonta en estas circunstancias. Me fui corriendo hacia mi habitación para examinar la documentación de manera más sosegada y obvié si mi abuela se había tragado el cuento o no.

Fui leyendo todos los recortes que tenía, eran titulares de diferentes periódicos, pero no podía saber a cuáles pertenecían ni la fecha de ellos.

«Lucinda Silvester y Gerpelin Edethin se embarcan en una misión: Salvar a Lilian de las garras del dios de la luna, ¿podrán con él?».

«Lucinda y Gerpelin llevan cincuenta días en su labor, ¿estarán bien y simplemente están tardando demasiado o ha pasado algo malo?».

«Ya son ciento noventa días los que llevan en paradero desconocido Lucinda y Gerpelin, ¿estarán vivas?».

«Último intento de búsqueda de los cuerpos de Lucinda y Gerpelin».

«El entierro de Lucinda y Gerpelin tendrá lugar mañana en el cementerio de Polin a las nueve y media de la mañana. Todos aquellos que quieran darles el último adiós serán recibidos con especial cordialidad. Lilian sigue en paradero desconocido, continúa en el abismo lunar».

Una leve lágrima comenzó a caer por mis sonrojadas y pecosas mejillas. Aunque sabía dónde se encontraban las tres, me entristecía el hecho de que no estuvieran en Polin como cualquier persona normal.

En ese momento y no en otro, supe que tenía que buscar a mi

compañero. No podíamos tardar más en traerlas a nuestro mundo real.

CAPÍTULO 6:

Por un momento, pensé en coger la bicicleta, pero pronto rechacé la opción de mi cabeza. Necesitaba andar con lentitud, admirando las manos de todos los habitantes de Polin. Era una ardua tarea, pero desconocía si había algún otro método para conocer a mi compañero.

Las dos primeras horas de búsqueda fueron bastante intensas, no lograba ver las manos de muchos de ellos. Nunca había sido consciente de lo difícil que es apreciarlas en personas ajenas. A veces, iniciaba conversaciones banales con la intención de que gesticulasen con los brazos y pudiese ver con claridad del color de sus dedos.

Miré el reloj, marcaban las siete y pronto tenía que irme a casa o, de lo contrario, abuela ya estaría buscándome por todo el pueblo. Entré en una de las mejores cafeterías del condado, me tomaría un café antes de volver y seguiría con mi búsqueda mañana. Me acerqué a la barra, pedí un con leche con hielo y me senté en una de las mesas que estaba cerca de la ventana.

No podía dejar de mirar las manos de cada persona que iba por la calle, tenía aún la esperanza de encontrarla hoy y no tener que reanudar la búsqueda mañana, pero toda la ilusión fue en vano. Me bebí el café muy despacio mientras leía el diario de mamá. En el fondo, estaba invadiendo su intimidad, pero era el único camino que tenía para conocer algo más del asunto.

—La abuela nunca te ha dicho que está mal leer los diarios ajenos, ¿verdad?

Miré hacia mi derecha; allí estaba mi madre, sentada en una silla de la

cafetería. No sabía qué hacía allí y, de hecho, me costaba asimilar que podía verla cada vez que quisiese.

—Eh... No tengo otra manera de conocer todo lo que me rodea, mamá. Siento si te ha sentado mal... —me disculpé, agachando la cabeza.

Mi madre me miró. De sus ojos desprendía una ternura que jamás había visto en la mirada de cualquier otra persona. Comprendí entonces que estaba usando un tono irónico y que no le molestaba en absoluto que estuviese leyendo su diario. Sabía que no había otra manera de conocer todo lo que tenía que hacer.

—No te preocupes, corazón. Puedes leer todo lo que quieras. Recuerda que solo tienes que pensar en mí con mucha efusividad para que yo aparezca, da igual dónde y cuándo.

Me quedé asombrada. Podría haber pensado en ella de aquella manera para que me guiase por el ala prohibida del desván, pero desconocía que tenía esa habilidad. Si volvía allí, lo haría con ella, para poder encontrar más respuestas que antes, que tampoco era algo muy complejo.

—¿Solo eso? Entonces... ¿Podemos estar juntas en el desván y que me digas a qué libro debo prestarle más atención?

Mi madre sonrío. Notaba que cualquier intervención que hacía era demasiado inocente. A pesar de mi edad, siempre he sido una niña, aunque no me había dado tiempo a serlo con tantos golpes que la vida me había dado.

—Entonces sería todo muy fácil, querida —añadió mientras me acariciaba la cara—. Recuerda que los dioses les dan sus peores batallas a sus mejores guerreros y tú eres la mejor de Polin, no puedes ir por el camino fácil. Busca bien, encontrarás todo lo que quieres saber antes de lo que esperas.

Y se desvaneció.

No sé qué me quiso decir con eso, ¿encontraré todo lo que quiera saber

antes de lo que espero? ¿Y cuándo lo espero? Ni siquiera yo sé lo que quiero, ¿cómo lo va a saber ella?

—Perdone, señorita. Tenemos que cerrar, ya son más de las nueve.

—Eh... Sí, claro —balbuceé—. Puede llevarse ya la taza, disculpe, me voy ahora mismo. Pensaba que era mucho más temprano, se me ha ido el santo al cielo.

Sus ojos entraron en contacto con los míos cuando me habló. Nunca había visto unos tan oscuros, profundos y negros. En Polin no era muy común que la gente tuviese los ojos de ese color. Normalmente, todos los teníamos verdes, azules o violetas.

El chico era bastante alto. A pesar de que yo estaba sentada y él no, se dejaba entrever su estatura. El pelo lo tenía alborotado, mucho, además. Parecía que llevaba días sin peinarse, aunque estaba segura de que no era así. Lucía un aspecto bastante aseado, su olor a buen perfume lo delataba.

Seguí leyendo el diario de mi madre con especial atención mientras el chico recogía la taza de mi mesa. A pesar de estar bastante concentrada en mis cosas, hubo algo que me hizo salir de mi ensimismamiento. El color de los dedos del chico. Eran tan violetas como los míos y entré en shock, en un gran shock.

No sabía cómo reaccionar, cómo hacer para iniciar contacto con él. No sabía cómo empezar la conversación. No sabía hacer absolutamente nada.

—Perdona..., ¿puedes enseñarme tus manos? —preguntó.

Me quedé anonadada, me había quitado uno de los mayores pesos de mi vida. Cerré el libro de mi madre y encima de él puse ambas manos. Acto seguido, puso sus manos encima de las mías con una amplia sonrisa. Estaba todo dicho: era mi compañero para salvarlas.

—Cierro la cafetería en diez minutos, no te vayas. Tenemos que hablar de algo —manifestó justo antes de volver a sonreírme e irse a la barra a llevar

mi taza.

CAPÍTULO 7:

Los diez minutos fueron los más largos que había vivido nunca. Mis ganas por saber algo más estaban comiéndome por dentro y si ya de por sí tenía poca paciencia, en ese mismo instante, tenía un poco menos que de costumbre.

—Antes que nada, mi nombre es Marlfield y, bueno, considero que no hace falta que te diga quién soy, ¿no?

—Mi compañero para salvarlas de la luna.

—Exactamente. Sé que parece algo difícil, pero tienes que poner de tu parte. Necesito salvar a mi madre de allí, no sabes lo que se siente al tenerla tan cerca y a la vez tan lejos.

Marlfield mostraba un tono un tanto desafiante. Supongo que no sabía que mi madre estaba cautiva en la luna igual que la suya.

—Eres un poco bocazas..., Marlfield. Mi nombre es Dafne, Dafne Silvester, ¿te suena de algo?

Rápidamente, su gesto cambió. Si antes mostraba una actitud provocadora, ahora se mostraba mucho más sorprendido que otra cosa. Parecía que le había afectado más de lo de esperado que mi madre estuviese con la suya.

—¿Pertenece a la familia Silvester?

—Por cómo lo dices, parece que tienes algún problema porque así sea.

—Bonita, no sé si sabes que tu familia y la mía son enemigas. Mi nombre es Marfield Edethin.

Que empleara el adjetivo «bonita» en ese contexto ya me parecía fuera de lugar. No me gustaba que una persona a la que no conocía de nada se tomase esa confianza como para hablarme de aquella manera.

—Bonito, te vuelvo a repetir por segunda vez que eres un bocazas de manual. Para tu información, conozco todo lo que tú ya sabes, he recibido todos los poderes que necesitaba para hacer lo que tenemos al frente. He hablado con mi madre, que por si no te has enterado, es Lucinda Silvester. Nunca antes la había visto, a los tres días de mi nacimiento emprendió su misión junto a la tuya. Le pregunté por la relación que tenían ambas y, lejos de decirme algo negativo, me comentó que tenían un buen vínculo y que toda la mala relación no eran más que habladurías —manifesté sin siquiera respirar.

Marfield estaba recibiendo mucha información en poco tiempo. Parecía que no era de su agrado todo lo que había escuchado. A simple vista, no le hacía mucha gracia la idea de que perteneciese a la familia Silvester.

—¿Sabes qué? De todo lo que has dicho solo me importa una cosa, ¿cómo has podido ver a tu madre? Yo sé que ella está allí porque mi abuela me ha contado todo, pero he sido incapaz de verla...

—Ahora yo debería ser igual de insolente que tú y no decirte cómo lo hago. La primera vez, la vi en el cementerio y ahora, hace una escasa media

hora. Con solo pensar en ella puedo tener contacto.

Marlfield agachó la cabeza, arrepentido de haberse dirigido a mí en aquel tono y con aquellas palabras.

—Siento haber sido así de directo, pero desde muy pequeño he escuchado y tenido presente la constante enemistad entre los Edethin y los Silvester.

—Yo no lo he tenido tan presente como tú, de hecho, me enteré esta misma mañana cuando vi a mi madre en el cementerio. Tenemos que superar eso, son solo rumores antiguos de los que solo ancianas en la frutería se encargan de divulgar.

—No te digo que no tengas razón, pero no puedo cambiar mi actitud de un día para otro. Son muchos años recibiendo la misma información, no puedo cambiar lo que he concebido durante tanto tiempo en cuestión de minutos.

Entendía, pero a la vez no, la actitud de Marlfield. Comprendía que no pudiese transformar la idea que desde pequeño ha recibido, pero madurar significa darles la relevancia necesaria a las cosas y quitársela a las que no la tienen.

Nos quedamos en silencio, aunque no durante mucho tiempo ya que mi futuro acompañante en la misión lo interrumpió.

—He de ser sincero, tanto conmigo, como contigo. En el momento en el que has dicho que te llamas Dafne Silvester, el corazón me ha dado un vuelco. No me apetecía compartir la misión contigo.

—A mí tampoco me apetecía compartir la misión con una persona que prejuicia a otra por cómo se apellida y por la familia de la que viene.

Si Marlfield pensaba que iba a callar todo lo que se venía a la cabeza, estaba completamente equivocado. Siempre he dicho que digo lo que pienso y no pienso lo que digo y, aunque a veces no sea lo mejor, ahora mismo

considero que es el mejor camino para dejar las cosas claras.

—Me quedo mucho más tranquilo si me dices que allí están bien entre ellas. No podré ponerte buenas caras así, de repente, pero supongo que mi actitud irá cambiando con el paso del tiempo, que además tenemos que compartir.

—Me alegra entonces saber esto. Además, aquí no estamos para ser amigos, estamos para salvar a Lilian, Lucinda y Gerpelin de dónde están. No tenemos lugar para nada más, no te preocupes por ello. Cuando la misión se acabe, nuestra relación también.

—Estás en lo cierto. Ahora, al grano, ¿has investigado algo sobre lo que tenemos que hacer?

—Sí, lo he hecho, pero no me ha servido de gran ayuda. Mi madre dejó su diario aquí antes de partir. Solo sé que hay que entrar en trance para que nuestra alma viaje a la luna. No sé en qué punto exacto debemos hacerlo, ni qué tenemos que hacer para llegar a ese lugar. No encuentro soluciones por ningún sitio.

—Yo no he visto a mi madre como lo has hecho tú. Tal vez, si voy al cementerio soy capaz de verla. ¿Me acompañas y así podemos reunir más pistas de las que ya tenemos?

Asentí intentando disimular la pequeña sonrisa que, sin querer, me había salido. Al final, aunque no lo tuviese en mente, necesitaría la ayuda de una Silvester para poder seguir adelante. Supongo que no le hacía mucha gracia la idea, pero solo tenía esa vía para poder salvar a su madre de dónde estaba.

Fuimos andando hasta el cementerio. Nunca lo había visitado de noche y he de admitir que daba un poco de miedo, mucho más del que me daba mi abuela cuando me viese llegar a casa a estas horas.

Si mi madre ocupaba el nicho número veintidós, Gerpelin era el

veintitrés. Aunque llevo muchos años visitando a mi madre, nunca me había fijado en la persona que descansaba al lado. Intenté no pensar mucho en ella, pues prefería que Marlfield tuviese ese momento a solas con Gerpelin, tal y como yo lo tuve con Lucinda.

Cuando ambos estábamos enfrente de la lápida, él comenzó a llorar mientras miraba a un punto vacío de la calle. Comprendí en ese instante que la estaba viendo, que la tenía ahí.

Me mantuve al margen, abandonando el lugar, no sin antes darle un beso a la lápida de mi madre. A pesar de saber que no estaba allí, sentía la necesidad de hacerlo, era tradición.

Al cabo de un buen rato, Marlfield vino a la puerta para buscarme y contarme todo lo que había hablado con su madre. Tenía los ojos hinchados de haber llorado tanto y su esclerótica, la parte blanca del ojo, la tenía bastante roja e irritada.

Esperé unos minutos antes de hacer la pregunta que ambos estábamos esperando que se realizase. Sabía que necesitaba tiempo para poder recomponerse de todo lo que había vivido.

—¿Y bien?

—Me alegra saber que has pasado por este momento antes, porque es muy difícil de describir. No puedo decirte nada al respecto. Es algo que roza la perfección, la magia, nunca antes había visto a mi madre y ha sido, sobre todo, impactante.

—Esta mañana, yo estaba igual que tú. Es algo que, como bien dices, no se puede describir. Siento ser tan directa, pero ¿te ha dicho algo que nos pueda ser útil para lo que tenemos que hacer?

—Me ha dicho que Lucinda te resolvió todas las preguntas que tenías y que yo podía hacer lo mismo. Podemos tener contacto con ellas cada vez que queramos, pero una vez llegemos a la luna, no podremos verla a nuestro

antojo y no podrán aportarnos datos tan relevantes como los recibidos en el primer encuentro.

—¿Y qué le has preguntado?

—No sé cuántas preguntas le hiciste tú, pero yo solo le he hecho una; el lugar en el que tenemos que entrar en trance. No me importa ahora mismo nada más, ya tendré tiempo para poder averiguar todo lo que me interesa, pero ahora mismo mi única intención es salvarla.

Me quedé asombrada. Razón no le faltaba, de hecho, la tenía toda. No necesitábamos saber nada más. Me estaba empeñando en conocer todo lo que tenía que hacer, pero, ¿de qué me iba a servir? Lo único que teníamos que saber cómo llegar allí y, el resto, vendría solo.

—¿Dónde tenemos que ir?

—Hay un descampado a las afueras de Polin, donde algunos vendedores ambulantes ponen sus puestos los martes. El día es indiferente, pero la hora no; tenemos que estar allí a las seis y cuarenta y dos, la misma en la que las tres fueron secuestradas. Mi madre me ha dicho que en el ala prohibida de tu desván encontraremos el libro que indica los cánticos a realizar para poder entrar en trance.

De nuevo, la sorpresa era más grande que yo misma. Supongo que mi madre se lo ha hecho saber a Gerpelin con el fin de que se lo contase a Marlfield y yo tuviese acceso a la información.

—De acuerdo. Mañana a las dos puedes venir a mi casa, buscamos el libro que necesitamos e inmediatamente después, vamos a la luna. No puedo esperar más.

—¿Tan temprano?

—Marlfield, vete acostumbrando. Soy la persona más puntual del mundo. Me gusta llegar a los sitios a la hora a la que debo y en un acontecimiento tan importante, como comprenderás, no quiero llegar tarde.

—Vale, como quieras, pero ahora déjame acompañarte a casa.

CAPÍTULO 8:

Tal y como esperaba, la abuela estaba muy enfadada. Nunca antes había llegado a estas horas a casa, ni tan siquiera había salido durante tantas horas, dejándola sin noticias, sin saber si me encontraba bien o no.

—¿Dónde te crees que vas, señorita? Ven ahora mismo a la cocina, tenemos que hablar.

Hice caso a sus indicaciones y corrí hacia la estancia para sentarme en una de las sillas a soportar la riña que me tocaba por llegar tarde a casa.

No me hacía mucha gracia estar allí, pero sabía que me no me había comportado de la manera más correcta y he de aceptar las consecuencias que acarrea no cumplir las normas de casa.

—¿Se puede saber dónde te has metido?

—He estado dando una vuelta por el pueblo. ¿Te acuerdas del trabajo de investigación que te dije que tenía con Sylvia? Pues necesitaba cotejar toda la documentación con la realidad, y eso hice.

—¿Y no podías hacerlo mañana? Sabes que no me gusta que vengas tarde y menos sin saber dónde estás. Has estado muchas horas fuera y yo aquí, esperándote como una tonta, sin saber si llegarías bien o no.

Dudé un momento sobre si seguir mintiendo o no. Por un lado, ya la mentira estaba dicha, pero, por otro, quería que fuese conocedora de todo lo que me deparaba.

Sin embargo, aunque mañana me fuese a la luna, ya se enteraría de manos de mi madre de todo lo que había pasado, así que, la mejor opción será

seguir enrevesando la mentira.

—No. Mañana viene Sylvia, mucho antes de lo que esperaba. Tenía que tener todo listo para su llegada, esperar más era inviable, *abu*.

Mi abuela se quedó un tanto pensativa. Pensé por un instante que había dicho la mentira más absurda que jamás había escuchado, pero por una vez, tuve la suerte de mi lado y creyó todo lo que le decía con los ojos cerrados. Eso sí, ya era la segunda vez y no sabía si volvería a colar algo semejante.

No me hizo más preguntas y dejó que me fuese a mi habitación, no sin antes cenar un buen plato de patatas asadas con pollo, uno de mis platos favoritos. Subí a mi cuarto con la intención de leer algo más en el libro de mamá, pero mi cansancio era tal que me fui directamente a mi cama.

Quería ocultarlo, pero en el fondo estaba muy nerviosa. Demasiado diría yo. Marlfield tenía razón, no debía investigar nada más, ya sabíamos cómo llegar al sitio, ¿qué más daba lo demás? Me daba incluso rabia sentir este nerviosismo y rogaba porque la tranquilidad apoderase mi alma lo antes posible.

PPP

La noche se hizo más larga que de costumbre. No podía conciliar el sueño como todos los días. Ni siquiera me esforcé por admirar la luna, ya no podía verla con los mismos ojos que antes. No podía soportar que allí estaba retenida mi madre, que llevaba tantísimos años secuestrada por aquel satélite que siempre me había gustado admirar.

En contraposición con la noche, la mañana llegó demasiado deprisa. Intenté no pensar mucho en lo que tenía que hacer dentro de un rato y pasé el mayor tiempo posible con mi abuela. A fin de cuentas, no sabía cuándo iba a volver, ni tan siquiera, si iba a poder hacerlo.

Aunque era lunes, hicimos tortitas con sirope de caramelo, un enorme bizcocho del que solo me comí un trozo y vimos su novela favorita en la

televisión, aunque escuchando tantas de sus teorías no me dio lugar a oír nada de lo que decía. Sentía pena y vacío por dentro, pues era la primera vez que me separaba de mi abuela más de dos días seguidos. Me costó mucho mantener el secreto y en varias ocasiones estuve a punto de decírselo, pero debía seguir las indicaciones de mi madre.

La una. Tan solo quedaba una hora para que Marlfield llegase a casa. Mi abuela seguro que se enfadaría si lo veía allí, nunca antes había llevado a algún chico a casa, aunque pensándolo bien, Marlfield venía por pura necesidad, no porque nos apeteciese estar juntos.

Le di un millón de besos a mi abuela mientras ella me miraba extrañada. No sabía a qué venían tantas muestras de cariño por mi parte. Aunque siempre le doy un beso antes de dormir, no soy una persona a la que le gusta estar dándolos todo el día.

Tan solo cincuenta minutos después, me asomé a la ventana de la cocina para ver si podía ver a Marlfield por algún lado. Al poco tiempo de estar allí, escuché el rugido del motor de un coche. Presté atención al conductor, era él. Venía mucho mejor vestido que ayer, se había quitado el uniforme de la cafetería y ahora sí parecía una persona normal y corriente.

—¿Y tú eres? —Escuché decir a la abuela.

—Marlfield, señora.

—Pero... ¿De qué familia eres?

Polin era un país muy pequeño, tanto como una aldea, de hecho, nunca lo habíamos considerado como un estado, sino como una villa o comarca. Cuando algo sucedía, se terminaba enterando todo el mundo y para sus habitantes era muy importante conocer todo lo que ocurría y a quién correspondía el hecho.

Recé para que no le dijese que era un Edethin. Mi abuela no podía saber que tenía relación con aquella familia. A pesar de que ella nunca me

había hablado de la enemistad que se tenían, estaba segura de que era conocedora de ello. Dado al silencio por parte de Marfield, supe que se estaba pensando la respuesta correcta para no fallar en lo primero a lo que nos tenemos que enfrentar.

—De los Fedenich. Soy Marfield Fedenich. Vivo a las afueras de la ciudad con mis padres, no sé si lo conoce, pero es el dueño de la panadería que está al lado de la plaza —contestó Marfield, saliendo del paso.

Sabía que tenía que aparecer allí cuanto antes o, de lo contrario, Marfield terminaría metiéndose en un buen lío del que no podríamos salir tan fácilmente.

—Eh..., abuela, creo que me busca a mí.

La cara de mi compañero lo decía todo. Necesitaba que lo sacase de aquel apuro en el que él mismo se estaba metiendo. Me sonreía mientras que con la mano derecha se acariciaba un poco la nuca.

—¿Sí, querida? No me ha dado tiempo a preguntarle. Pensaba que era el típico comerciante de periódicos o leche embotellada.

—Quizá es porque le has frito a preguntas. Algo te olerías cuando le has preguntado de qué familia viene, ¡que te he oído desde la cocina, muchacha!

Le volví a dar otro beso a la abuela y le susurré al oído un escueto «ahora vuelvo». No di más explicaciones, sencillamente, el momento no las merecía. Cuando llegase a casa con mi madre, ya podría aclararlo todo ella con lujo de detalles.

Me monté en el coche con Marfield, quien no me había quitado ojo desde que habíamos salido de casa.

—¿Por qué me miras tanto?

—No sé, ¿no teníamos que buscar el libro de tu madre dónde estaban relatados los cánticos que tenemos que decir? —preguntó con una sonrisa—.

Veo que solo tienes ganas de zarpar.

Me llevé ambas manos a la cabeza. Se me había olvidado por completo que teníamos que buscar el libro en el desván. Ahora, después de haberme despedido de mi abuela, no iba a volver a casa, de lo contrario, me haría mil y una preguntas que no quisiera resolver ahora mismo y de las que no sabría salir.

—¿Sabes? Según me dijo mi madre ayer, puedo verla cada vez que quiera, así que, voy a utilizar ese poder para poder preguntarle sobre lo que tenemos que decir para entrar en trance. Si vuelvo ahora, mi abuela me va a hacer muchas preguntas que no tienen respuesta.

No contestó, simplemente se limitó a levantar ligeramente los hombros. Supongo que no le había convencido mi respuesta o, quien sabe, no creía que podía contactar con ella, pero no se detuvo.

Llegamos a un lago lleno de flora al que no sabía que íbamos a llegar. No sabía con exactitud dónde teníamos que ir, pero era conocedora de que este lago no era el lugar que Gerpelin le había dicho a Marfield que teníamos que dirigir

Cuando llegamos, pensé con mucho esmero en mi madre, en su suave rostro, en su pelo oscuro y sus ojos claros. En la manera tan dulce que tenía de acariciarme la cara o sonreírme.

Al poco rato, una estela de humo apareció delante de mí. Era la primera vez que se manifestaba de aquella manera, pero según lo que me había contado mi abuela, ella era así en algunas ocasiones. Se encontraba mirándome orgullosa por haber conseguido, por primera vez, su aparición voluntariamente.

—Mamá, necesito que nos ayudes.

—Ah, ¿pero la estás viendo de verdad? —intervino Marfield, sorprendido por lo que acababa de hacer.

—¿Te quieres callar, por favor?

Realmente, tenía ganas de decirle de nuevo que era un bocazas de manual, pero no quería quedar de insolente delante de mi madre, que, aunque llevase viéndome toda la vida, el contacto físico con ella había sido escaso.

—Tranquila, cariño —manifestó mi madre—. ¿Qué necesitas?

—Tenemos que saber las palabras que tenemos que cantar para entrar en trance. Sí, sé que Gerpelin le dijo a Marlfield que estaban en tu libro del desván, pero, como de costumbre, se me ha olvidado que teníamos que ir a buscarlo y ya me he despedido de la abuela. Cualquiera entra ahí ahora..., la conoces mejor que yo y sabes que me va a atosigar.

Mi madre sonrió. De hecho, tras el primer encuentro, no dejaba de sonreír; era algo que me llenaba como persona. Ver la sonrisa de una madre es una de las cosas más bonitas que te puede dar la vida y no todos saben valorarla hasta que la ves por última vez.

Comenzó a recitar lo que tenía que decir y yo, con especial atención, la escuché complaciente. Necesitaba memorizar lo que me iba a decir y yo, en cuestiones de memoria y matemáticas soy bastante negada por lo que sabía que sería algo complejo.

Oh, Kavenski, ven a mí.

Aquí está mi alma, para que la tomes, para que la lleves a la luna.

Aquí está mi cuerpo, para que lo tomes, para que lo lleves a la luna.

Oh, dios Kavenski, ven a mí, llévame.

—Te has enterado, ¿no? Tienes que cantar eso para que Kavenski venga por tu alma. No puedes errar en ninguna palabra o tendrás que empezar de nuevo. Debes repetirlo hasta tres veces, si a la tercera no funciona, es que lo estás diciendo mal y debes empezar de nuevo, ¿de acuerdo?

Cuando quise contestarle se había desvanecido, como siempre. Le

conté a Marfield con todo lujo de detalles lo que me había dicho mi madre mientras me miraba atónito y nos íbamos al coche.

Fue tan servicial, que incluso me abrió la puerta del copiloto para que entrase en el coche justo antes de hacerlo él y el trayecto se hizo bastante ameno. Al principio, confieso que parecía una situación un tanto incómoda, pero a medida que íbamos avanzando en el camino, pudimos coger algo más de confianza.

Cuando estábamos a punto de confesar esos secretos inconfesables que nunca le cuentas a nadie, llegamos a nuestro destino. Ambos estábamos muertos de miedo. Aunque Marfield no lo quería reconocer, lo exteriorizaba de manera involuntaria. Sus brazos temblaban al igual que sus piernas y le costaba musitar palabra.

—¿Y ahora qué? ¿Estás preparado?

—No sé, supongo que sí. No estoy seguro de lo que vamos a hacer ahora mismo, Dafne, nadie está preparado para algo que no sabe lo que es.

—Yo tampoco lo estoy, pero tenemos que hacer esto si no, no podremos salvarlas y ya sabes que eso es lo único que nos interesa ahora mismo, poder sacarlas de allí.

Ambos nos arrodillamos al centro del descampado y nos agarramos las manos fuertemente mientras realizábamos el cántico que mi madre nos había indicado.

—Esto es una tontería, no vamos a ninguna parte —afirmó Marfield.

Quizá lo estamos haciendo mal y no estábamos verbalizando las palabras correctas, pero con tanto nervio me era imposible recordar con claridad lo que mi madre había dicho.

—No es ninguna tontería, tengo lagunas. No sé si teníamos que decir «aquí está mi alma» o «aquí está mi espíritu». ¿Qué hemos dicho antes?

—Creo que hemos dicho espíritu, pero no lo tengo muy claro.

—Pues ya está, ahora vamos a decir «alma». Si no funciona, intentaré encontrarme con mi madre de nuevo, para que me lo vuelva a repetir.

Ambos repetimos el cántico hasta en tres ocasiones, pero ninguna de ellas dio sus frutos, por lo que estábamos dispuestos a irnos de allí con las manos vacías y la intención de hablar con Gerpelin o Lucinda.

Estábamos montados en el coche cuando el cielo comenzó a nublarse. Lo que parecía ser un mediodía abierto, con nubes claras, pasó a ser uno de los más nublados de la temporada en Polin. Se podía escuchar los truenos incluso con las puertas del coche cerradas. Nos mirábamos, hablando con nuestros propios ojos, indicando el pavor que nos daba la situación.

Solo podíamos enfrentarnos a ella, hacer frente a lo que nos venía con un par de narices. Obviando y dejando a un lado el miedo, el nervio y la incertidumbre por lo que va a pasar, así que, nos bajamos del coche y volvimos a sentarnos en el centro del terreno. Ejecutamos el cántico tres veces seguidas, con las manos entrelazadas y la mirando a la luna, depositando toda la seguridad en aquel astro.

No sé cómo se sintió Marlfeld, pero yo pude afirmar que percibí una colonia de mariposas en el estómago. Un leve cosquilleo en mis extremidades y una gran presión en el pecho. Vertiginosamente, experimenté un cambio en mi cuerpo. Ahora pesaba muchísimo menos, podía volar como si de un fantasma me tratase, sin tener que ocuparme de mi propia gravedad.

Un gran haz de luz hizo que cerrase mis ojos de repente, sin tan siquiera quererlo y, cuando los abrí, me encontraba en un lugar muy diferente de lo que estaba acostumbrada a ver.

CAPÍTULO 9:

Todo eran nervios, inquietud. Sabía dónde me encontraba, pero desconocía cómo era todo lo que me rodeaba. No podía soltarle la mano a Marfield, que con la misma fuerza sujetaba la mía.

Sabíamos que estábamos en la luna, pero no era conocedora de las personas que allí se encontraban, de cómo era la flora y fauna del lugar. Si estaba habitado de seres diferentes a nosotros, ¿hablaríamos el mismo idioma?

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—No lo sé, Dafne. Supongo que tenemos que buscarlas, ¿no?

—Yo pensaba que las veríamos en cuanto llegásemos aquí.

Marfield me miró arqueando las cejas. Desconocía el motivo de su expresión, pero estaba totalmente segura de que le había hecho gracia mi intervención.

—¿Crees que, si fuese tan fácil, tu madre y la mía no lo hubieran conseguido?

Claramente, Marfield estaba en lo cierto. Si fuese sido tan fácil, mi madre y Gerpelin estarían con Lilian en Polin desde hace mucho tiempo, pero no era así. Si ambas eran las mejores brujas del país, debía ser una misión muy compleja si las tres se quedaron allí.

—*Touchée*. —No logré decir nada más.

Estábamos en algo parecido a un parque y pisábamos un suave y cuidado césped. Había un rayo de luz que iluminaba por completo toda la

estancia, algo a lo que no estaba acostumbrada a ver en Polin. Las nubes eran tan blancas como la nieve y el cielo tenía un tono añil digno de admirar. Lo más extraño de todo es que no había sol, y por pura intuición adiviné que, estando en la luna, tampoco podríamos verla desde aquí.

No había transeúntes, cosa cuanto menos curiosa. Parecía que solo estábamos dos personas allí, Marfield y yo, yo y Marfield. Nuestra única distracción era mirarnos, con esperanza de encontrar el camino hacia ellas, de descubrir algo que nos llevase al camino correcto.

Avanzamos un poco, a paso lento, andando con pies de plomo para evitar cualquier estrago y, sorprendentemente, nos encontramos con una persona un tanto excéntrica.

—¿Sabes? Voy a preguntarle a ese chico qué podemos hacer.

—Dafne, no creo que estén al tanto de lo que pasa aquí; todos nuestros esfuerzos serán en vano.

Levanté los hombros y giré un poco la cabeza, intentándole hacer ver que me daba igual su opinión y que haría lo que me apeteciese.

Como siempre digo, quien no arriesga no gana y no quería quedarme con las ganas de saber lo que hubiese pasado si le hubiese preguntado a aquel hombre.

—Perdone, ¿ha oído hablar alguna vez de Lucinda Silvester o Gerpelin Edethin? —pregunté de manera directa.

El chico me miró con cara de desagrado. Parecía no entender qué le estaba preguntando.

—¿Habla mi idioma? —dije como última opción ante su completo silencio.

—No soy un alienígena —me contestó tajante—. Hablo su idioma, que no quiera contestarte es otra cosa totalmente diferente.

—La chica te ha preguntado de manera educada. No veo motivos para

que usted se altere de esa manera —saltó Marfield, echándome un cable.

Lo miré fugazmente, dándole las gracias por lo que acababa de hacer. Se notaba que sabía mantener la compostura en los momentos adecuados y sacar la cara cuando debía.

—Lucinda es un fantasma que divaga por las calles de Moonet junto a otras dos, Lilian y *Girpilin*.

—Gerpelin, Gerpelin Edethin —corrigió rápidamente Marfield.

—Como se llame, que son fantasmas. Solo causan estragos en Moonet. Moonet, por si no lo sabéis, es esta ciudad en la que estáis.

—Pero..., estamos en la luna, ¿no? —añadí.

—¿Y qué te hace pensar que en la luna no hay países, poblados y villas como en la Tierra? —anunció el chico antes de irse.

Me quedé analizando sus palabras. No sé a qué se refería con que son fantasmas. ¿Lo serán realmente? Y si lo son, ¿dónde vamos ahora? Estábamos en un callejón sin salida del que no podríamos salir tan fácil como teníamos planeado.

—Yo pensaba que esto iba a ser diferente —sentencié.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, es una ciudad normal y corriente, con sus calles, sus personas, ¡Pero si estamos en un parque! ¡Un dichoso parque!

Marfield comenzó a reír de manera casi desmesurada. No sabía si se reía conmigo o de mí; es algo que nunca he tenido claro en las personas.

—¿Qué creías? ¿Que viajaríamos literalmente a la luna y nos sentaríamos en un cráter hasta que llegase el trío lalalá? —bromeó.

Rei escandalosamente, casi igual que él hace escasamente un minuto. Debía tomarme todo con un poco de humor si no quería volverme loca de atar en Moonet.

—No lo sé, *mecachis*. Yo no imaginaba esto así. En mi mente, había

una imagen de algo demoledor, totalmente devastado por culpa de Kavenski. No tiene muy buena fama en Polin...

—Dafne, ¿nunca te han dicho que el lobo siempre es el malo si es caperucita quien cuenta la historia? Siempre hemos oído una parte de la historia. Sí, sé que suena un poco mal, porque tiene secuestrada a mi madre, pero cuando la vi no tenía ni un ápice de cualquier daño. Supongo que está bien allí y que Kavenski trata bien a los habitantes de Moonet.

Callé. Callé sintiéndome como nunca antes me había sentido. Dada mi inteligencia, siempre he tenido salidas y respuestas para todo y todos, no obstante, por primera vez me habían dejado callada a mí.

No sé por qué no se me había ocurrido antes esa misma respuesta. Por favor, ¡soy la mayor relativista del mundo! Todo lo trato con mucha subjetividad y defiendo la idea de que cada persona pueda tener la moralidad, ética y valores que quiera.

—Al César lo que es del César, llevas razón. No sé por qué he soltado esa gilipollez. Pero, si es así, si de verdad están bien, no sé por qué hemos venido a por ellas, ¿la vamos a sacar del lugar en el que llevan tantos años solo porque a nosotros se nos antoja?

Parecía que Marlfield no le había mucha importancia a lo sucedido. Confiaba en que pensase que, en realidad, lo hacía igual que él y no prejuzgaba a algo o alguien habiendo escuchado solamente una parte del cuento, pero ignoró lo que le dije sobre el bienestar de nuestras madres.

—¡Hola!

Una amable niña pequeña, de unos seis años, rubia con ojos azules y un vestido verde agua se acercó a nosotros con una expresión sonriente. El pelo y sus trenzas me hacía recordar a Rapunzel, la del cuento de los Hermanos Grimm.

Tenía las manos recogidas tras la espalda y sus pecas hacían que te

perdieses en su linda y pequeña cara, aunque no paraba de dar vueltas sobre sí misma.

—¡Hola, guapa! —exclamó Marfield.

—Sois Marfield y Dafne, ¿verdad?

Ambos nos miramos con gesto serio. ¿Cómo sabía esa niña nuestros nombres? Lógicamente, nunca habíamos visto a esa chica, ni mucho menos habíamos pisado Moonet anteriormente por lo que no cabía la posibilidad de que nos conociese.

—¿Cómo sabes nuestros nombres? —cuestioné.

—No vengo a contestar vuestras preguntas, vengo a entregaros esto.

Su actitud arrogante sorprendió mi inocencia. A juzgar por su apariencia, pensaba que sería una chica dulce que nos ayudaría con lo que tenemos que hacer, pero a diferencia de eso, nos contestaba con una disposición incorrecta para mi gusto.

De detrás de su espalda, sacó en sus pequeñas manos un trozo de papel verde. Se traslucía el trazado de las letras con rotulador negro, pero no podía leerse con claridad lo que ponía sin abrirlo.

Giré la cabeza y con la mirada, le pregunté a Marfield si debía abrir dicho papel o no. Me sonrió y asintió con la cabeza, por lo que entendí que debía leerlo y así lo hice.

Marfield y Dafne:

Tenéis una misión. Ahora mismo no sabéis que tenéis qué hacer y probablemente os habéis llevado una sorpresa al ver Moonet. Por el camino, os vais a encontrar a personas que os irán diciendo lo que tenéis que hacer. Normalmente, serán niños, pues son todos hijos de los astros, los que están al mando de todo lo que sucede aquí. Antes de que llegéis al final para averiguar el destinatario, os adelanto que soy Kavenski. Sí, el mismo que tiene a vuestras madres y Lilian secuestradas. No os preocupéis, están bien,

pero no van a salir de aquí porque no me ganaréis en la batalla. Sin embargo, os voy a dar la opción de hacerlo.

Antes de venir hacia mí, debéis reunir seis piedras preciosas y una caja de plata. Esta está forrada de terciopelo rojo oscuro y tiene seis huecos en los que las rocas entran a la perfección. Una vez que vuestra piel toque simultáneamente las seis piedras, bajaré de dónde estoy con las chicas y entablaremos la lucha más peligrosa que Moonet habrá vivido en sus últimos años.

PD: La primera piedra está en las Colinas Fillol. Corred a por ella y buscaos las habichuelas para encontrarla.

Os espero. Si morís en el intento, descansad en paz.

Kavenski.

CAPÍTULO 10:

A pesar de habernos encontrado con dos personas en un periodo tan corto de tiempo, ahora no podíamos ver a nadie que nos abriese camino hacia las Colinas Fillol. No teníamos ni idea de dónde se encontraba el lugar al que Kavenski nos había ordenado ir y no sabíamos qué hacer para poder llegar.

Era el momento de utilizar nuestros poderes, de hacer uso de aquellas facultades que las preciosas mariposas nos habían otorgado. No estábamos acostumbrados a tener esas virtudes entre nosotros, pero debíamos utilizarlos cuando lo necesitásemos.

—Voy a usar mis poderes para saber dónde está la colina y así llegaremos antes, de manera directa y rápida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Dafne, pero hagámoslo después. Yo sé que tienes ganas de reunirte con tu madre, yo con la mía también, pero necesito un café o de lo contrario, no seré persona hasta dios sabe cuándo.

Con su dedo índice apuntó hacia una cafetería que estaba abierta, pero no había nadie dentro. No me transmitía la confianza suficiente como para entrar a tomarme algo allí.

—No hay nadie en la calle, Marlfield. No sé si es buena idea entrar ahí.

—¿Por qué no? Quizás es que esta hora es en la que suelen comer los habitantes de Moonet. No tenemos ni idea de las costumbres de aquí, Dafne. No podemos juzgar sin saber.

De nuevo, me dejó callada, parecía que tenía la costumbre de hacerlo. Solo llevábamos un día juntos, sin contar el efímero encuentro de ayer, y ya había tenido que cerrar la boca en dos ocasiones porque no había encontrado una respuesta decente.

—Pero... ¿Cómo puedes ponerte ahora a beber café, tan tranquilamente, sabiendo que tenemos que irnos? No tenemos ni idea de dónde está y tengo que usar mis poderes por segunda vez; no sabremos cómo saldrá.

—Pues haciéndolo —dijo encogiéndose de hombros—. Que nos pongamos a dar vueltas como un par de tontos en apuros o te esfuerces con tus poderes no nos asegura que vayamos a encontrar antes la colina, así que, mientras, si me lo permites, me quedo esperando allí —terminó diciendo, señalando la cafetería.

A pesar de que no estaba muy a favor de tomarme nada ahora, acepté la propuesta de Marlfield. Quizá eso serviría para matar un poco el rato y hacer que el día termine más deprisa. Hablaba de

tiempo, de terminar el día, sin embargo, no éramos conscientes de la hora ni del transcurso del tiempo.

—Un café manchado y un... —pidió Marlfeld.

—Con leche y un poco de hielo, por favor —completé.

La cafetería estaba completamente vacía a excepción del anciano camarero que nos había atendido en la barra y una mujer, que juraría que era su esposa, en la cocina. Pensé en preguntarle sobre la Colina Fillol, pero no estaba segura de ello.

Era un hombre de avanzada edad, seguramente conocía todo acerca de Moonet, pero, ¿y si era peligroso acudir allí y no nos querían dar la dirección? Yo, como siempre, pensando las cosas treinta veces antes de dar el paso, dándole importancia a cosas que realmente no la tienen.

—Disculpe... ¿Martin? —dije mirando el cartel que tenía en el pecho —. ¿Sabe usted dónde se encuentra la Colina Fillol?

—Querrás decir las Colinas Fillol —contestó amablemente.

—Pues si usted lo dice, así será. —Sonreí.

—¡Miranda! ¿Dónde tenemos el mapa de Moonet?

El anciano se movía con cierta torpeza yendo al lugar donde se encontraba su mujer. Iba buscando el mapa por todos lados con cierta desesperación y, tras un largo rato, volvió a la barra con un pergamino cerrado.

Tenía aspecto antiguo, de hecho, se podía percibir cómo un poco de arena caía de él, del mismo papel estropeado. Estaba enrollado con un fino y oscuro lazo rojo oscuro. Tenía algunas manchas de lo que parecía ser aceite, pero hice caso omiso de ellas y lo cogí de las manos de Martin con total seguridad.

Lo abrí con cuidado bajo la mirada de Marlfeld, quien, por encima de mis propios hombros, intentaba cotillear lo que estaba haciendo.

Se podría decir que el mapa estaba dividido en cuatro partes: a la derecha, se encontraba la Isla Verliss y las Colinas Fillol junto al Monte Guernya. A la izquierda, estaba la Isla Myroa y una gran porción de tierra donde se hallaba, por un lado, las Montañas Fogkan y el Castillo Hekenol y por otro, el centro de la ciudad y el Lago Penae.

—¿Nos puede decir dónde nos encontramos ahora mismo, Martin?

—Claro. Ahora mismo estáis aquí —afirmó, tachando con una «equis» roja el centro de la ciudad.

—¿Y cómo vamos hasta las Colinas Fillol? Imagino que tenemos que coger un barco, ¿no?

—¿Lo has averiguado tú sola? —intervino, después de mucho tiempo, Marfield, soltando una carcajada

—Idiota... —musité.

—Sí, claro. Tenéis que ir al puerto de la ciudad que se sitúa al noreste. Allí encontraréis a Hyenei, el chico que se encarga de todos los trayectos. Decidles que vais de mi parte y no os cobrará nada por el viaje.

Marfield y yo le dimos las gracias una infinidad de veces y le dejamos una gran propina por el servicio que nos había dado en el bar.

Nos fuimos rápidamente al puerto según las indicaciones de Martin y con ayuda del mapa que nos había regalado. A pesar de no esperarlo, llegamos antes de lo que teníamos planeado y cuando éramos consciente de lo que estábamos haciendo, ya nos situábamos en pleno mar, del que, por cierto, desconocíamos el nombre.

Hyenei fue muy amable y, en cuanto le dijimos que conocíamos a Martin, nos dejó viajar totalmente gratis hacia las colinas. Marfield le dijo que éramos una pareja joven que quería conocer la ciudad y que, por lo tanto, necesitaríamos hacer más viajes en barco y a pesar de que insistimos en pagarle algo significativo cada vez que montáramos en uno de sus vehículos,

no conseguimos que aceptase ni una moneda.

Nada más llegar a Fillol, nos encontramos con un gran número de pequeños animales que deambulaban por el denso bosque, desde ardillas hasta colonias de mariposas que me hacían recordar el inicio de todo esto.

Aunque fue hace apenas dos días, parecía que llevábamos una eternidad en esta misión. No sabía si era por la intensidad con la que estábamos viviendo todo o porque el tiempo pasaba más rápido de lo normal cuando tienes que hacer algo importante en tu vida. Parecía que todo se centraba en eso y no le daba importancia a nada más.

—Bueno, ¿y ahora qué? —afirmé.

—Pues... ¿Avanzamos a ver qué nos encontramos? Seguro que podemos hallar la solución antes de lo esperado.

Asentí levemente con la cabeza mientras dirigía el paso que ambos debíamos seguir a pesar de que no conocía mucho la zona. El mapa que Martin nos había facilitado estaba dibujado a rasgos generales, no profundizaba mucho en detalles. Se notaba que era un pergamino antiguo, si fuese más moderno sería mucho más preciso.

—Dafne, ¿y si utilizamos nuestros poderes?

—¡Dios mío! ¡Estás en lo cierto! Se me olvida que tenemos poderes para solucionar esto. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque no me he acordado, cabeza de chorlito, de hecho, fuiste tú la que lo dijo antes, no sé cómo se te ha olvidado. —Sonrió.

Con mucha fuerza, pensé en mi madre, en los poderes que las mariposas me habían otorgado mientras me miraba con sumo cuidado mis dedos violetas. Poco a poco, en mis brazos se dibujaron unas leves líneas azules con luz propia que daba energía y miedo a partes iguales.

—Pero, ¿qué estás haciendo? —dijo Marlfield, extrañado a la par que asustado.

Quise contestarle, hablar, pero había algo dentro de mí que me lo impedía. Ni siquiera salía un hilo de voz de mi garganta y me estaba aterrorizando la idea.

Fijamos la visión en dichas líneas y nos dimos cuenta al poco tiempo que era un mapa de las Colinas Fillol. Estaban bien especificadas todas las diferentes zonas. Marfield estaba sobresaltado, con los ojos completamente abiertos, admirando la capacidad que tenía para poder solucionar los problemas con tan solo el uso de mis poderes.

Seguimos la línea que indicaba el mapa de mi brazo y llegamos a un gran árbol. Podría casi decir que tenía muchísimos años, pues su tronco dejaba entrever su vejez. Bajo él, en sus raíces, podíamos ver un pequeño gnomo con un gorro azul y una gran barba que le llegaba casi a las rodillas.

—¿Lo despierto? —pregunté.

—Si lo ves conveniente, hazlo. Eres tú la que tiene los poderes y la que estás dirigiendo todo desde que hemos llegado a las Colinas Fillol...

Dudé por un momento. No sabía cómo iba a reaccionar aquella criatura ante la intromisión que íbamos a hacer. Le toqué el brazo en un par de ocasiones, intentando que se despertase y así lo hizo. Acto seguido, le hice la pregunta del millón.

—Eh... Buenos días.

—Buenos días. ¿Quién eres tú y por qué me has despertado?

—Mi nombre es Dafne y el suyo Marfield. Tenemos una misión: llevarnos la piedra que escondes debajo de ti. Es algo importante para nosotros, necesitamos que nos la des.

En mi brazo, además de haber más de una línea color azul, había un punto rojo que no dejaba de parpadear. Yo suponía que era el lugar donde se escondía la piedra y estaba justamente bajo aquel gnomo.

—¿Perdona? ¡Llevo años custodiando esta piedra para que vengas tú

con tu sonrisa de niña pija a quitármela!

—Verá..., nuestras madres están secuestradas con Kavenski y solo admite seis piedras para que luchemos contra él e intentar salvarlas de allí.

—Pero..., allí hay tres. Lucinda, Gerpelin y Lilian.

—Gerpelin es mi madre —dijo Marlfield señalándose a sí mismo—. Lucinda la suya.

La criatura dudó.

—¿Y qué me dais a cambio? No quiero perder la piedra, así como así... Me gusta el collar que llevas, niña.

Miré la piedra que indicaba. Era un colgante de mi madre al que le tenía mucho cariño y afecto, pues era una de las pocas cosas que me quedaba de ella. Estaba compuesto por un gran diamante tintado de verde y una fina cadena de plata. No vacilé, me desabroché el colgante mientras Marlfield me miraba con cara de asombro, y se la posé en su pequeña mano a la par que de mis ojos emanaban unas insignificantes lágrimas.

Estaba perdiendo lo único que tenía de mi madre, sin embargo, si no se lo daba, la perdía a ella. Prefería mil veces entregar un objeto que lo que tanto anhelaba, su cariño y compañía.

—¿Puedes darnos ahora la piedra? —indicó Marlfield. Yo no podía hablar.

—Tened cuidado con ella y guardadla aquí.

Sacó una caja cuyo aspecto encajaba con la descripción que Kavenski hizo en su nota. De su bolsillo, Marlfield extrajo una talega de tela que no sabía que llevaba e introdujo dentro la caja la piedra que nos acababan de dar. Acto seguido, metió la caja en aquella talega y se la colgó a los hombros con cuidado.

Yo me quedé embobada mirando el paisaje y cuando miré hacia la derecha, vi que Marlfield estaba ocupado hablando con un chico que a simple

vista no tendría más de seis años.

—¿Quién era ese chico?

—Me ha dado esto...

CAPÍTULO 11:

No quería llorar, pero notaba cómo se iban envidriando mis ojos. Sabía que, si los cerraba, al menos una lágrima comenzaría a recorrer mis mejillas. Me prometo no romperme, mantener la compostura, pero, realmente, era una tarea difícil que sabía que no podía llevar a cabo tan fácil.

—¿Te pasa algo? —preguntó Marlfield, rompiendo el incómodo silencio que se había instalado en la estancia casi sin darnos cuenta.

—No te preocupes. No es nada, de verdad. Suelo emocionarme con mucha facilidad...

—Dafne..., no sé, puedes hacer lo que quieras, claro está, pero si tenemos que compartir un determinado periodo de tiempo, ¿qué menos que llevarnos lo mejor posible? Sé que fui yo el primero que se mostró reticente con el tema, pero creo que es lo mejor, ¿no crees?

—Ese collar era de mi madre, lo único que tenía de ella.

No le di más explicaciones, sabía que con eso era suficiente para que entendiese mi actitud. Su madre estaba en las mismas condiciones que la mía y ambos sabíamos que perder algo que pertenecía a alguna de ellas era un paso complicado.

Marlfield miró con asombro cómo me brillaban los ojos, pero no salía ninguna lágrima. Me negué a que así fuese; nunca sabes lo fuerte que eres hasta que debes mostrarte fuerte ante los demás.

Se quedó un rato callado, en silencio, como hace unos pocos minutos. En muchas ocasiones, lo mejor es no romper la paz que deja el sigiloso

ambiente.

—Por un lado..., pienso que lo mejor es volver y pedirle a aquel gnomo que te devuelva el collar, pero por otro...

—Por otro quieres que salvemos a tu madre; ahora es lo único que te importa y no creas que no te comprendo.

—Bueno, digamos que no soy tan egocéntrico; no solo mi madre está en peligro, la tuya también lo está. Piensa que este sacrificio servirá para poder estar con ella hasta que la muerte, esta vez la de verdad, os separe y para eso queda muchísimo tiempo.

Sonreí como pude para evitar que él se entristeciese, lo último que quería era pasar esta misión entre sollozos y desde que había empezado no había hecho otra cosa.

—Cambiando de tema, creo que lo mejor sería encontrar un sitio donde poder dormir. Tenemos que descansar y seguir mañana. A fin de cuentas, nos enteramos de todo esto ayer y todavía no lo he terminado de asumir.

—Sí, es la mejor idea que has tenido en todo el día. Aquí no creo que encontremos un alojamiento de lujo, pero, quizá, en este árbol podamos descansar medianamente bien —contestó.

Lo miré mientras arqueaba las cejas, «¿Cómo vamos a dormir debajo de un árbol como si fuéramos dos setas? ¡Moriremos de frío!».

—Polin es demasiado frío, pero pienso que Moonet lo es incluso más. Como nos quedemos aquí pasando la noche vamos a amanecer completamente congelados, como dos cubitos de hielo.

—Pues usemos nuestros poderes, ¿para que los tenemos entonces?

—¿Crees que podemos usar nuestros poderes para todo? —dije antes de sonreír.

Sabía que teníamos nuestros poderes para algo, pero tampoco podíamos tenerlos como la solución a todos nuestros problemas. No sabíamos si traía

alguna consecuencia negativa el uso continuo de nuestras habilidades, por lo que era mejor prevenir que curar.

—Algo así. Aunque esta vez, voy a utilizar yo los míos, si es que tengo, claro, porque después de ver todo lo que tú eres capaz de hacer, no sé si quiera si soy un simple mortal.

Lo miré, depositando toda la confianza posible en él, con la esperanza de que consiguiera lo que tenía en mente y que la primera vez que utilizase su magia fuese de utilidad. Yo sabía mejor que nadie que era fácil invocar nuestras virtudes, pero al hacerlo por primera vez, estaría, cuanto menos, nervioso.

Noté cómo mis piernas y mis brazos iban entrando en calor de manera repentina. Percibía mi piel mucho más caliente que de costumbre, de hecho, me ardía la frente, pero no llegaba a quemarme ni incomodarme. Los ojos comenzaron a secarse un poco, pero tampoco me resultaba molesto, simplemente notaba cómo debía parpadear más de lo esperado.

Comencé a entrar en calor, y todo el frío que antes tenía había desaparecido por completo. Ahora me sentía mucho mejor y sabía con certeza que podía estar horas debajo de este árbol que iba a pasar una buena noche.

Miraba a Marfield. A simple vista, estaba experimentando la misma sensación que yo, lo notaba en su expresión de completa concentración. No tardó mucho en mirarme mientras sonreía, expresando la victoria de su primer hechizo.

—Hay algo de nuestra magia que me sorprende demasiado. No soy capaz de concebir el motivo del que sea así.

—¿A qué te refieres? —respondí.

—Que no hacemos conjuros. No tenemos que pronunciar una palabra mágica para que nos salga lo que queremos, no tenemos que mirar las oraciones en un libro antiguo. Nos basta con pensar en lo que queremos para

que se haga realidad, así, sin más dilación ni distracción.

—Siento echar a perder tus ilusiones, pero me temo que no es así. Cuando estuve en el desván de mi casa, ese del que te habló tu madre, encontré un libro con unos conjuros al que no le presté demasiada atención. Supongo que ahora es más fácil porque, al fin y al cabo, somos un par de críos que no tienen ni idea de la vida.

—Sea lo que sea, ahora mismo podemos hacerlo por el camino fácil. No vamos a hacer suposiciones sobre lo que pasará cuando seamos mayores, ¿o acaso no sabes que pensar en el futuro es la angustia del presente?

Me sorprendió su intervención. De él me esperaba cualquier cosa, menos esa pregunta. Parecía que el espíritu de un ilustre poeta se había reencarnado en el cuerpo de mi compañero sin previo aviso.

—Aunque parezca un poeta de hace un par de siglos, estoy de acuerdo contigo. Ahora, con tu permiso, voy a descansar porque estoy demasiado cansada y aún nos quedan cinco piedras por encontrar. El camino se hará más largo de lo que parece.

Sin entretenerme mucho más, me recosté en las raíces de un árbol cercano a dónde estaba aquel gnomo que antes me había arrebatado el collar de mi madre. No me hizo falta nada para arroparme, pues el calor que desprendía mi cuerpo era más que suficiente como para no pasar frío en toda la noche. Sin duda, Marlfield había hecho un buen trabajo.

Quizá, y solo quizá, no era tan pedante como parecía al principio y podríamos ser grandes amigos cuando salgamos los cinco de Moonet.

Marlfield y Dafne:

Ya tenéis la primera piedra. Ha sido fácil, ¿verdad? Se irá complicando más en cada prueba, así que preparaos para la siguiente. La siguiente roca la tenéis en las Montañas Fogkan.

Os espero. Si morís en el intento, descansad en paz.

Kavenski.

Segunda misión: Montañas Fogkan.

CAPÍTULO 12

Me desperté buscando con la mirada a Marlfeld, mas no lo encontraba. Solo podía escuchar el cantar de los pájaros y el ligero movimiento que realizaban los arbustos cuando una pequeña ardilla correteaba detrás de ellos.

Viendo que no lo encontraba, me levanté para hacer una mejor búsqueda. Recorrí toda las Colinas Fillol chillando su nombre, no obstante, no obtuve respuesta alguna por su parte.

No tenía un reloj que marcara la hora, pero sabía que llevaba buscándolo un buen rato. Me encontraba en un callejón sin salida; no había personas a quien preguntarles si habían visto a Marlfeld o no. Podría estar en cualquier sitio, haciendo algo que sea de utilidad para nosotros, pero descarté la idea tan pronto como fui consciente de que estaba perdida de la mano de Kavenski en un solitario bosque del que no sabíamos cómo salir.

Mientras divisaba tranquilamente el paisaje, encontré una gran roca en la que poder sentarme mientras esperaba que diese señales de vida. Sabía que no se había ido a Polin porque tenía las mismas ganas que yo de tener a su madre cerca, pero no podía hacerme una idea de dónde leñes se encontraba.

Cogí una margarita y comencé a mirar con atención a la mariquita que estaba paseando por uno de sus blancos pétalos. En un principio, mi intención quitar las hojas de una en una, pero tras ver al insecto caminando a sus anchas, no pude hacer eso con la flor.

—¿Qué estás haciendo? ¡Pareces una granjera! —Escuché detrás de mí. Sabía quién era, ya reconocía su voz a kilómetros de distancia.

Me giré para poder contestarle mientras le miraba a los ojos. Si había

algo que no me gustaba en alguien es que no hiciese eso y, por eso, yo siempre intentaba realizarlo.

—Nada. Estaba jugando un poco con la mariquita que estaba en esta margarita. Me he despertado hace un buen rato y no te he encontrado por ningún sitio. Estaba un poco aburrída, he visto la piedra y aquí me encuentro.

—Pobre Dafne, con qué facilidad se aburre —dijo antes de soltar una carcajada—. Estaba hablando con Hyenei para poder ir a las Montañas Fogkan.

—Pero, ¿cómo has hablado con él? Se fue cuando nos dejó aquí, ¿no?

—Cuando me he levantado, aun estabas dormida y viendo lo bonita que estabas, me daba pena despertarte.

Sin quererlo, terminé sonrojándome. Lo sabía porque cada vez que me pasaba, notaba cómo el calor subía hasta mis pómulos.

—Fui a dar una vuelta y allí estaba, en el mismo sitio dónde nos dejó. Le pregunté qué hacía allí y me dijo que está en temporada baja en Moonet y que la gente no suele salir de la otra isla, donde está la ciudad.

—¿Entonces lleva aquí desde ayer? Si yo vi que, cuando nos dejó, emprendió en su barco el mismo camino a la inversa.

—Pues..., no lo sé. A mí me ha dicho que ha pasado la noche aquí, de hecho, me ofreció su barco para dormir, pero he declinado su oferta. Me parece demasiado abusivo viajar y dormir gratis.

Asentí mientras sonreía. Me pareció correcta la decisión que Marfield había tomado. No era justo que estuviésemos con todo el morro disfrutando de todo lo que nos aportaba Hyenei.

—Despídete de la margarita esa con la que estabas jugando, anda, que nos vamos ya de aquí.

Solté una carcajada tras su intervención. Al contrario de lo que pensaba, me lo terminaría pasando medianamente bien con Marfield. Me

levanté de aquella roca y seguí los pasos de mi compañero, que era quien había investigado el lugar tiempo atrás. Sin la ayuda de las líneas de mis brazos, yo no sería capaz ni de llegar a la orilla en la que Hyenei nos había dejado ayer, a pesar de que estaba cerca de dónde estábamos.

—Muchachos, ¿dónde vamos ahora? —preguntó Hyenei.

—Queremos ir a las Montañas Fogkan, nos han dicho que es un sitio precioso que debemos visitar —mintió Marfield.

—¿Qué vais a ver allí? ¿El monte Tubrynn?

Ambos nos miramos, sonriéndonos con cierta complicidad. Decidimos reservar el verdadero motivo de nuestra visita a los habitantes de Moonet para evitar que saltasen las alarmas. Solo eran conocedores de la verdad las criaturas de las que debíamos recoger las piedras.

—Sí, el monte Tubrynn —dijo Marfield fingiendo seriedad y formalidad.

Como siempre, llegamos pronto. Yo no sé si el mapa de Martin estaba dibujado demasiado grande o que era muy antiguo y antes Moonet era así, pero lo que en el pergamino se mostraba con bastante lejanía, en la vida real estaba a dos zancadas en barco.

Nos bajamos del galeón de Hyenei y de nuevo, nos encontramos con un denso bosque por descubrir, sin embargo, esta vez no tenía mucho miedo. Sabía que con ayuda de mis poderes podría encontrar fácilmente el camino, tal y como hice ayer.

—No vamos a ser bobos, ¿no? Haz lo mismo que hiciste ayer con los brazos para ver dónde está la piedra.

Lo intenté. Juro por todos los dioses que lo intenté. Pensé con fuerza en aquellas líneas azules que se iluminaban en mis brazos justo un día antes, en la presencia de mi madre, de Gerpelin, aunque no la conocía, ¡pensé en todo! No salía de mi cabeza la idea de que volviesen a aparecer en mis

extremidades superiores, pero no conseguí nada.

Marlfield me miró extrañado, pero no decepcionado, por lo que seguí intentándolo un rato más. No quería decepcionarle, pues en su mirada se dejaba entrever que estaba depositando toda su confianza en mí y no era momento para desilusionarse. Cerré los ojos con más efusividad si cabe que antes, pero todo esfuerzo era inútil; no servía para nada.

—No puedo —dije con resignación.

—¿Cómo que no puedes? Voy a intentarlo yo esta vez, igual puede conseguir algo...

Marlfield hizo lo mismo que yo. Veía cómo cerraba sus párpados con fuerza, pero a juzgar por su expresión facial, no conseguía nada. De sus brazos no salía ninguna luz, ninguna línea que nos indicase el camino de la próxima piedra. Tampoco yo sentía nada como la última vez que usó sus poderes. Los intentos eran en vano y solo estábamos perdiendo el tiempo.

—¿Por qué no nos sale? —pregunté.

—Kavenski dijo que la primera piedra sería la más fácil. Creo que iba en serio y esto se va a ir complicando poco a poco. Supongo que tenemos que investigar la montaña por nosotros mismos a ver qué encontramos.

Acepté casi derrotada. No me gustaba la idea de estar solos por aquí. No sabíamos qué nos acechaba y mucho menos, que nos deparaba. A pesar de ello, no había otra opción, era esto o no poder salvarlas de aquel sitio dónde estuvieran.

No éramos consciente del trascurso del tiempo, pero estaba anocheciendo, llevábamos todo el día dando vueltas por la montaña y no encontrábamos nada. La luz solar ya se había disipado y habíamos perdido toda esperanza de encontrar algo en el día de hoy. Si no habíamos sido capaces de hacerlo con la ayuda del sol, sin él era totalmente inviable e imposible.

A pesar de que estábamos exhaustos, quedaba alguna que otra oportunidad de encontrar cualquier cosa. Si hallábamos una piedra por día, esta misión solo duraría un poco más de una semana, suponiendo que la batalla final dure más de uno.

Sin esperarlo, se levantó un poco de viento que hizo que mis vellos se erizasen de manera casi vertiginosa. Al mismo tiempo, se escuchó el sonido de una campanita. Marlfield y yo nos miramos con complicidad y fuimos en busca del lugar del que procedía dicho sonido.

Nos llevó a una oscura y profunda cueva cubierta de enredaderas. Era bastante difícil entrar dado a que las plantas cubrían toda la parte de lo que sería la puerta. No sabíamos qué iba a haber allí, pero teníamos muy claro que era un buen sitio para pasar la noche en el remoto caso de que nos tuviésemos que quedar en las montañas.

Avanzamos en la profundidad de la cueva con cautela para evitar que algún animal nos atacase. Solo podíamos divisar grandes flores con pétalos de una diversidad de colores. No podía distinguir un solo tipo de flor puesto que había una infinidad de ellas.

En el fondo, vimos cómo un pequeño bulto se movía con cierta lentitud. Tenía el mismo ritmo de una respiración. Nos asustamos y, aterrorizados, salimos de la cueva mucho más rápido de lo que entramos.

—Marlfield, dime, por favor, que eso no era un oso o moriré aquí mismo del susto.

—Pues no tengo ni la más mínima idea de lo que era, pero a juzgar por su tamaño, tenía más pinta de mofeta que de oso.

—¿Hola? —musitó una dulce voz detrás de nosotros.

Nos giramos bruscamente para ver quién era esa persona que nos había hablado. Parecía una chica, pero ¿quién en su sano juicio sería capaz de vivir o dormir en aquel sitio?

—Mi nombre es Nathalian, ¿el vuestro es?

Enfrente de nosotros, teníamos una elfa preciosa, la más bonita que había visto nunca, ni tan siquiera la habían descrito más bella en los cuentos infantiles que mi abuela me contaba. Tenía el pelo corto y muy, pero que muy rizado, de un color rojo vino iluminado por la corona de pequeñas luces que llevaba en la frente.

La cara la tenía cubierta de diminutas pecas que recorrían sus pómulos y parte de su nariz y sus ojos estaban delineados de una manera casi perfecta en color negro. En sus puntiagudas orejas llevaba una multitud de pendientes de color oro y esas mismas perlas las tenía también en su clavícula.

—Mi nombre es Marfield y el suyo Dafne. Sentimos haberla despertado, porque imagino que eres la que estaba en la cueva, ¿no?

Nathalian asintió sonriente. Parecía que no le había molestado que hubiésemos interrumpido su sueño. En cierto modo, no era nuestra intención.

—No queremos nada en especial, Nathalian. Tan solo estábamos dando una vuelta por la montaña y el sonido de las campanas que tienes en la puerta nos hizo llegar hasta aquí. Por simple curiosidad hemos entrado, no deberíamos...

—Bueno... —interrumpió Marfield—. Eso de que no queremos..., en realidad, queríamos pasar la noche aquí. No tenemos otro sitio y hace muchísimo frío. Tenemos que volver a la ciudad andando y como sabrás hay un largo camino para recorrerlo a pie, por lo que preferimos descansar un poco.

—No os preocupéis. Podéis pasar la noche en mi cueva, no hay ningún tipo de problema. Es bastante grande, así que. No tendremos problemas de espacio. ¡Vamos, pasad que mirad el frío que hace!

Nathalian nos miraba con cariño mientras entrábamos en su cueva. Era mucho más larga de lo que habíamos recorrido, pero supuse en ese momento

que dormiría cerca de la entrada para evitar intrusos y ladrones como nosotros.

Para ser una caverna, era todo demasiado coqueto y romántico. Tenía un par de estanterías totalmente naturales, construidas por la misma forma de la piedra de las paredes, cosa que ella había aprovechado para poner unas probetas con líquidos de color marrón.

Rápidamente, al ver la forma de aquellos recipientes, me acordé de mi abuela. No había tenido tiempo para pensar en ella antes y me sentía la peor nieta del mundo. No sabía si se encontraba bien o no y pronto, me arrepentí de haberme despedido de aquella manera tan fría.

Sabía que debía ser así, pero que fuese de aquella manera no significaba en absoluto que quisiese que todo se produjese como se hizo. Solo me consolaba la idea de pensar que pronto volvería con madre y que la alegría que le daría sería muy difícil de describir.

Nathalian nos dio un par de mantas para resguardarnos del frío, pues teníamos que dormir directamente en el suelo. Según ella, ya estaba acostumbrada a la temperatura de la cueva, pero para mí y Marfield hacía demasiado fresco y no sabíamos con certeza cómo íbamos a pasar la noche.

Nos dejó a nuestro lado un vaso de leche y un plato de galletas, y aunque teníamos el estómago vacío porque no habíamos comido nada desde que llegamos aquí, solo nos tomamos el vaso de leche y guardamos las galletas en la talega de Marfield para tener provisiones durante el tiempo que estuviésemos en Moonet, que todavía no sabíamos cuánto sería.

—Y si me permitís la pregunta..., ¿qué hacéis aquí? No todo el mundo se atreve a venir por estos lares.

—Nada en especial. No somos de Moonet, venimos de visita y queríamos ver cómo era esto. Tenemos una semana para poder visitarla entera y queremos aprovechar el máximo tiempo posible.

—¿Y de dónde sois? Si se puede saber, claro...

—De Polin —intervine.

—¿De Polin? ¿De qué me suena?

Nathalian se quedó pensando durante varios minutos, con la mano puesta en la barbilla y la mirada perdida en el techo de su casa. Estaba completamente convencida de que sacaría el tema de las chicas, pero como no quería meter la pata me mantuve en silencio.

—¡Eureka! ¡Ya sé por qué me suena el nombre de Polin! No lo sé muy bien a ciencia cierta, pero, por lo visto, hace muchos años, dos chicas vinieron a por otra que ya estaba aquí y ahora están retenidas con Kavenski... ¡Seguro que fue noticia nacional durante mucho tiempo!

Nos miramos sin que Nathalian se diese cuenta. No sabíamos si decir la verdad o no, si era la persona adecuada o si no tendríamos que seguir buscando mañana y terminábamos contando más de lo debido.

—¿Y qué sabes de ellas? —pregunté con curiosidad. En función de su respuesta, le contestaría de una manera u otra.

—No mucho. Como ya os he dicho creo que, dos de ellas, vinieron a salvar a una que ya estaba aquí y Kavenski, que por si no lo sabéis es el dios de la luna, terminó por retenerla a las tres. No se habla mucho del tema, pues al principio las tres deambulaban por la ciudad sin rumbo fijo. Eran como fantasmas a los que todo el mundo temía. Ahora, no se ven con tanta frecuencia, solo los locos de atar del pueblo aseguran seguir viéndolas.

—¿Y qué hacían para que Moonet estuviese tan aterrado con aquellas chicas? —añadió Marlfield.

—Nada en especial, robaban a algunos ciudadanos por orden de Kavenski. Es por eso por lo que muchos habitantes no quieren saber nada de ellas. Fuimos pocos los que entendimos que no lo hacían por voluntad propia y que se veían obligadas a obedecer las órdenes que les imponían.

Me quedé pensando un poco. Pensaba que Nathalian debía conocer de dónde veníamos y el motivo de nuestra visita. Quizá ella podría ayudarnos con la búsqueda de las demás piedras o, a lo mejor, tiene información de las chicas que no tenemos nosotros.

Realmente, es ella la que ha vivido durante tantos años en el pueblo, es ella la que sabrá todo lo que ha ido ocurriendo y cómo le ha ido repercutiendo a Lucinda, Gerpelin y Lilian.

—Nathalian, no pensaba contarte esto, pero..., creo que debes saberlo. Conocemos a las tres chicas de las que hablas. De hecho, somos hijos de dos ellas. Mi madre es Lucinda y la suya Gerpelin. Vinieron hace muchos años a rescatar a Lilian, la hija del rey de Polin y al final, quedaron las tres atrapadas aquí.

—No me digas eso, pequeña. No sabes cuánto lo siento. Sé que es duro vivir sin vuestra madre, yo tampoco la tengo, la perdí hace mucho tiempo de las garras de una ondina rubia y peligrosa..., pero, entonces... ¿Estáis aquí para salvarlas?

—Así es —afirmé—. De hecho, tenemos que conseguir seis piedras preciosas para que Kavenski se digne a luchar contra nosotros. Si ganamos la batalla, estarán salvadas, si no lo hacemos, quedaremos los cinco en la luna hasta que otros vengan a rescatarnos y no sabemos cuándo será eso.

—Pues ya que hablas de piedras..., yo tengo esto —dijo sacando un pequeño cuarzo rosa—. ¿Sabéis si os vale?

La cogí con mimo y acto seguido abrí la caja que Marfield llevaba en su talega. Examiné con atención los huecos que tenía la caja y comprobé que el segundo de ellos tenía el tamaño perfecto para aquella preciosidad que Nathalian nos había regalado, así que, la introduje ilusionada.

—¿Encaja? Es la segunda piedra, ¿no? —preguntó Marfield.

—Tiene toda la pinta de que sí.

Marlfield me dio un abrazo con cariño al que pronto se unió Nathalian. No pensábamos que íbamos a encontrar la piedra de la manera en la que lo hemos hecho. A decir verdad, no habíamos entrado en la cueva con ese fin, pero como siempre decía Sylvia, «vine buscando cobre y encontré oro».

Pasamos la noche como pudimos. A pesar de que hacía un frío de muerte en aquella solitaria cueva teníamos mucho que agradecerle a Nathalian, pues nos había dado la piedra sin vacilar, sin esperar ni pedir nada a cambio y eso, teniendo en cuenta nuestras condiciones, era algo bastante bonito y especial.

PPP

Nos despertamos con el sonido de las gotas de agua cayendo al suelo; parecía que, de día, predominaba la humedad en aquella cueva.

—Nathalian, Dafne y yo tenemos que irnos. Muchas gracias por tu hospitalidad, de verdad. Ahora, tenemos que ir a buscar la tercera piedra o, de lo contrario, no podremos salvar a las chicas, se nos echa el tiempo encima.

—Claro, querido. Tenéis una gran misión entre menos. Eso sí, ¡no podéis irnos sin darme un beso! ¡Es mi recompensa por haberos dado el cuarzo rosa!

Ambos sonreímos. Qué fácil había sido todo con Nathalian; desprendía amabilidad y simpatía por cada poro de su piel.

Cada uno le dio un beso, uno en cada mejilla y nos fuimos en busca de la siguiente persona que nos diese la próxima nota de Kavenski. Aprovechando el buen día que hacía, dimos una vuelta con la dulce compañía de los pájaros.

—Dafne, siento haber sido tan estúpido al principio. Como estás pudiendo comprobar, yo no soy así. Desde muy pequeño me habían inculcado que todo lo relacionado con los Silvester era tóxico.

—No te preocupes, Marlfield. Al principio, nada es fácil. Sé que en el

fondo no te gustaba la idea de que fuese una Silvester, pero ya ves que podemos llevarnos bien, ¿no?

—Claro que sí. Supongo que podremos ser grandes amigos...

—¡Hola! —dijo una entrañable voz, interrumpiendo a Marfield.

—¡Hola! —contesté—. ¿Quién eres?

Parecía no tener más de cinco años. Llevaba una camisa blanca, acompañada de un pantalón de pana marrón y una boina del mismo color. Su expresión era inocente y tímida, algo que me llamaba mucho la atención.

—Mi nombre es Enayer y vengo a daros esto. —De su bolsillo derecho, sacó una nota un poco arrugada.

En ese momento, supe que Kavenski se había puesto en contacto con nosotros para poder ir a la siguiente misión.

Marfield y Dafne:

Ya tenéis en vuestro poder la segunda piedra. Esta no ha sido tan fácil, ¿a que no? ¡Pues esperad a la siguiente, que va a ser mucho mejor! Tenéis que acudir a los Lagos Penae.

Os espero. Si morís en el intento, descansad en paz.

Kavenski.

Tercera misión: Lagos Penae.

CAPÍTULO 13:

Le pedí a Marfield que me diera de su talega el mapa que estábamos utilizando para guiarnos por allí. Teníamos que saber dónde se encontraban los Lagos Penae para conocer si debíamos ir andando o en barco.

Estaban en la misma isla en la que nos encontrábamos, aunque a una distancia considerable, por lo que teníamos que salir pronto o la noche estaría en nuestros talones, pero teniendo en cuenta la escala del mapa, lo mismo llegábamos en un santiamén, nadie conocía la respuesta.

—Estamos en la misma isla, pero tenemos que emprender camino ya o de lo contrario no llegaremos a tiempo.

Marfield asintió y en silencio, anduvimos un largo trecho. La tierra estaba un poco mojada, parecía que había llovido la noche anterior, pero obviamente, no lo sabía con seguridad porque estaba en otra parte de la isla junto a Marfield.

Tuve ganas de empezar una conversación en muchas ocasiones, sin embargo, no lo hice. Parecía que Marfield no tenía mucha intención de hablar, o igual estaba en la misma situación que yo. Me tendría que quedar con la duda hasta el fin de los días.

Cuando llegamos, solo vimos un gran lago con un montón de arbustos alrededor, pero a simple vista no había indicios de que algún ser viviese allí, por lo que nos miramos completamente resignados y estuvimos casi la mayoría del día un poco cabizbajos.

—Esto cada vez se hace más difícil, Dafne.

—Ya no los dijo Kavenski, cada piedra iba a ser más compleja. Piensa que solamente nos faltan cuatro y así se te pasa antes el disgusto.

—¡Cuatro son muchas piedras! —atacó.

—¡Tampoco son tantas! No seas un agonías. Nos llevará tiempo, sudor y lágrimas, pero es lo que tenemos que hacer. Ya sabíamos que no iba a ser fácil, ¿no? ¿O te recuerdo eso que me dijiste de sentarme en un cráter a esperar al trío lalalá?

—¿Compensará todo el esfuerzo que estamos haciendo para poder sacarlas de aquí?

Me quedé muda a la par que boquiabierta. Cualquier esfuerzo que hiciésemos por nuestras madres y Lilian era poco para lo que se merecían. No han compartido con nosotros nuestro primer amor, ni nuestro primer viaje en bicicleta, las fiestas de fin de curso, ni tampoco los regalos de Navidad..., pero igualmente, eran nuestras madres y si no habían estado en aquellos momentos había sido solo y exclusivamente porque estaban aquí recluidas.

—¿Cómo que no te compensa? ¿Crees que tu madre no se merece lo que estás haciendo por ella?

—Dafne, a mí me gustan las cosas que van deprisa. Esas que consigues con el chasquido de los dedos, por las que no hay que luchar ni trabajar mucho para conseguirlas, ¿me entiendes?

—Claro que te entiendo. Pero eso es lo que le gusta a todo el mundo: no hacer nada y obtener todo lo que quieres. Sin embargo, ten siempre en cuenta que las mejores cosas son aquellas por las que tienes que dejarte la piel y el aliento. Mi madre me dijo que los dioses siempre les dan sus peores batallas a sus mejores guerreros y, como nosotros, no hay ninguno en Polin.

—Soy consciente de todo lo que me dices, de que las cosas que más se trabajan son las que más se valoran después. Pero, de verdad, no llevamos aquí ni tres días completos y ya estoy abrumado.

Me acerqué a él y lo miré fijamente a los ojos. Nunca lo había hecho desde tan cerca y he de admitir que me perdía en ellos como antes lo hacía con la luna.

—Marlfield, vamos a conseguirlo. Vamos a salvarlas. Yo sé que tu paciencia puede caber en un dedal, pero tienes que ponerle ganas y empeño, por favor. Todo será más rápido así.

—¿Por qué me lo prometes si es algo que no está en tu mano?

—Porque haré todo lo posible para que así sea.

CAPÍTULO 14:

Después de aquella conversación, todo fluyó mejor de lo esperado. Estuvimos bastante rato buscando al ser al que debíamos enfrentarnos para poder conseguir la siguiente piedra, pero no teníamos ninguna respuesta.

—¿Sabes una cosa? Creo que lo más probable es que nos toque negociar con una ondina y no me gusta nada la idea.

Lo miré encogiéndome de hombros, diciéndole con lenguaje no corporal que no entendía el motivo de su actitud negativa hacia estas criaturas.

—Las ondinas son muy perversas. Muchos pescadores han muerto al tener contacto con alguna de ellas, ¿no escuchas lo que dicen las abuelas de Polin?

—¡Pero hace muchos años que dejó de extenderse ese rumor! Las ondinas tienen un carácter neutro, no son seres perversos.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que nos está mirando una.

Marlfield apuntó con su mirada al mismo punto que lo estaba haciendo la mía y pudo divisar una preciosa ondina de cuerpo verde. Con la mano derecha, se tocaba su escamosa cara, permitiéndonos ver sus palmeados dedos. Al igual que Nathalian, tenía las orejas puntiagudas y una larga melena azul celeste.

Sus ojos eran cautivadores. Podrías mirarlos durante un largo periodo de tiempo sin cansarte. Sus largas pestañas y sus amplias pupilas invitaban a pasar dentro de ella. Tenía algún que otro diamante alrededor de la cara, pero no eran tan brillantes como los de Nathalian. Estos parecían que estaban rayados, que llevaban mucho tiempo sumergidos en el agua y se habían dañado.

—Sabes que tienes que hablarle tú, ¿verdad? Yo no puedo hacer nada con ella.

—Dafne, ¿en serio me estás pidiendo eso?

—¿Me vas a preguntar a cada rato si estoy segura de las cosas? ¡Claro que voy en serio! Eres un chico, trata de seducirla, eso les encanta. Es el único punto débil que tienen las ondinas, aunque no sea de tu agrado, coge aire y hazlo por quien tenemos que hacerlo.

Marlfield cambió su expresión y puso una enorme cara de asco. No sé muy bien si porque no le apetecía la idea de enrollarse con una ondina o porque solo de imaginárselo ya le daban escalofríos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó entre risas la criatura. Solo con eso, podía cautivar a una persona a su antojo. Terminará siendo verdad eso que me había dicho Marlfield sobre el carácter de las ondinas.

—Ve...venimos porque necesitamos una piedra. Supongo que la tiene usted...

Nunca antes había visto tan nervioso a Marlfield. Seguramente, su abuela le haya contado alguna que otra historia donde las ondinas eran las antagonistas y tenía pavor de que se enfrentase a él como en los cuentos a los que está acostumbrado a escuchar desde pequeño.

—¿Esta? —Introdujo su mano en el agua y de ella, sacó una piedra preciosa de color ámbar, tal era su brillo, que por un momento tuve que apartar la vista de ella porque mis ojos no aguantaban con tanta luz.

—Sí, ¿me la podrías dar, por favor?

Yo los escuchaba desde la otra punta del lago. Marlfield estaba tan inquieto que no era capaz de darse cuenta que no íbamos a conseguir la piedra así como así. Cada una sería más difícil de conseguir, por lo que, que nos la diera con una simple pregunta era demasiado extraño.

—Claro, querido. Acércate.

Marlfield me miró con miedo. Supongo que no sabía si ir o no, si detenerse, quedarse o coger el toro por los cuernos. Percibía que no le estaba haciendo mucha gracia la misión, tal y como me había dicho, no le gustaban las cosas difíciles y se notaba mucho en la actitud que tenía ante esto. Sé que en el fondo tiene ganas de salvar a su madre de dónde está, ¿quién nos la tendría? Sin embargo, no se ve con fuerzas para poder seguir adelante, aunque tiene más de la que él piensa.

Para mi sorpresa, Marlfield dio un paso al frente, decidido a ir por la piedra que aquella ondina de pelo azul celeste le ofrecía mientras yo, desde la lejanía, admiraba cómo mantenían una conversación. La ondina parecía estar alterándose un poco, me jugaba el cuello a que Marlfield estaba haciendo de las suyas y estaba riéndose un poco de ella. Podía resultar muy vacilón si se lo proponía y ya estaría un poco reprimido como para no soltar una de las suyas.

Aparté la mirada para centrarla en el mapa de Martin. No sabía cuál

sería el próximo destino dónde encontraríamos la cuarta piedra, pero igualmente me puse a mirar qué posibilidades había. Quería volver ya a casa, pero siendo sincera, el Castillo Hekenol me llamaba mucho la atención y tenía intención de visitarlo ya fuese por la misión o con las tres mosqueteras de la luna.

Eché un vistazo a cómo iba Marlfield con la ondina, mas no vi nada. Ni uno, ni otro. El lago estaba completamente vacío, a excepción de algún matorral y unas amapolas que podían apreciarse al fondo. Comencé a chillar su nombre, dejándome la voz y la garganta en ello. «¿Dónde leñe se podría haber metido?».

No obtuve respuesta durante un largo periodo de tiempo y el miedo comenzaba a apoderarse de mí. Me encontraba sola en aquel lago, sin amparo de Marlfield; no es que lo necesitase como cuestión de vida o muerte, pero dos siempre son más que uno y, para colmo, no tenía ningún arma para defenderme.

Seguí insistiendo en la búsqueda de Marlfield, poniendo todo mi empeño, pero de nuevo, no obtuve respuesta. Estaba al filo de la desesperación, iba dando tumbos sin rumbo fijo en cualquier dirección. Por segunda vez, había desaparecido y me había quedado al borde del infarto.

—¿Qué buscas, querida? —la ondina, como por arte de magia, había aparecido entre las aguas.

—¿Dónde está Marlfield?

Necesitaba ser directa, así que, no me andaría con rodeos tontos. Quiero que me responda y que lo haga ya.

—En un lugar mejor —aseguró sonriendo pícaramente—. ¿Por qué? ¿Quieres saber de él?

—¿Puedes decirme dónde está?

—Ya te lo he dicho, pelirroja, en un lugar mejor. ¿Te hacen falta más

explicaciones?

La rabia empezó a apoderarse de mi cuerpo. Odiaba que las personas no fueran al grano. Si tienes algo que decirme, dímelo y ya está, no hace falta que me lo intentes explicar con cuarenta palabras diferentes porque, al fin y al cabo, el mensaje es el mismo.

—¿Qué es ‘un lugar mejor’?

—Está debajo del mar.

Volvió a sonreír. Parecía que disfrutaba con aquella situación. Disfrutaba sabiendo que Marlfield podía morir si estaba mucho tiempo allí. Se divertía viendo cómo yo sufría por mi compañero.

—¿Se va a ahogar! ¡Sácalo de ahí! ¿Por qué has hecho eso?

—Porque se ha negado a darme un beso ¿Quién puede negarse a darle un beso a esta preciosidad?

—¿Y eso es motivo para hacerlo? —chillé.

Notaba cómo la rabia se había convertido en ira e iba apoderándose de todo mi ser sin siquiera pretenderlo. No me gustaba estar así, me consideraba la persona más tranquila del mundo, pero la ocasión no era para menos.

—¡Claro que lo es!

No lo pensé. Me quité la poca ropa que llevaba y entré al agua rápidamente. Tenía que sacarlo de ahí y, si no lo hacía, por lo menos no iba a quedarme con las ganas de intentarlo. Siempre digo que es mejor arrepentirse de algo porque salió mal a quedarse con las ganas de saber qué habría pasado.

Nadé como nunca antes lo había hecho. Los brazos comenzaban a dolerme y no encontraba el cuerpo de Marlfield. La ondina me miraba de una manera más que perversa y sonreía ante mi desesperación.

Cuando llevaba casi una hora, o eso me parecía a mí, intentando buscar a Marlfield, unas pequeñas burbujas llamaron mi atención. La ondina apartó la vista de ellas, restándole importancia, con la esperanza de que yo hiciese lo

mismo, pero no fue así. Introduje mi cabeza bajo agua y comencé a bucear con los ojos abiertos.

Notaba cómo la sucia agua hacía efecto en mis retinas, pues comenzaban a escocerme los ojos de una manera descomunal. No podía rascarme, no tenía tiempo, ganas, ni era el momento de irritarme los ojos ahora mismo. Mi única intención era buscar a Marlfield fuese como fuese, vivo o..., o muerto.

Me hice hueco entre una infinidad de peces pequeños que nadaban a sus anchas al igual que yo. Aparté de mi vista alguna que otra alga que se interponía en mi camino y, cuando casi estaba perdiendo la esperanza vi su cuerpo aparentemente inerte entre las rocas.

Aumenté la velocidad para llegar velozmente hasta él, abriendo más los ojos si cabía. Me acerqué a él y con cuidado lo cogí del brazo. Le di gracias a los dioses porque los cuerpos pesasen menos debajo del agua o, de lo contrario, no podría haberlo salvado de aquella trampa mortífera.

La ondina no me retuvo en ningún momento, dejó que, con total libertad, intentase sacar a Marlfield del agua. Supuse que estaba segura de que no podría hacer nada por él, lo que ella no sabía es que utilizaría todas y cada una de mis capacidades para devolverle la vida del chico.

—¡Marlfield! ¡Marlfield! —vociferé mientras le daba un par de tortas en la cara, intentando que despertase.

—No se va a despertar, lleva un buen rato debajo de agua y ha tragado demasiada. Te has quedado sin amigo. Si no es para mí, no será para nadie — soltó la ondina de manera repelente.

—¡Calla, vieja estúpida!

Hasta yo misma me sorprendí de haber utilizado esa palabra. Nunca antes había ofendido a nadie, pero había sacado lo peor de mí en cuestión de segundos.

—¿Vas a estarte calladita o quieres acabar igual que él, guapa?

Me levanté bruscamente, dejando a Marlfield en el suelo y, con el dedo índice la apunté muy cerca de la cara.

—Como Marlfield haya muerto por tu culpa, tendremos graves problemas. No sabes con quién te estás metiendo, no eres conocedora de ningún aspecto de nuestra vida, así que, yo que tú me mantendría al margen si no quieres terminar en malas condiciones.

Volví a acomodarme al lado del cuerpo de Marlfield sin dejar lugar a que la ondina me reprochase algo.

—¡Marlfield! —Volví a intentarlo.

—Shh, cállate —susurró—. Estoy vivo, despista a la ondina.

Me levanté con lágrimas en los ojos e intenté hacerle ver a aquel ser que Marlfield había fallecido y que mi llanto era de pura tristeza en lugar de alegría. Ella sonrió y dijo alguna que otra palabra en voz muy baja que no logré escuchar; aunque tampoco es que pusiese mucho empeño en hacerlo.

Se fue victoriosa, con su melena ondeando en el viento y sonriendo una vez más; no paraba de hacerlo, de regocijarse por su cometido. Su paso era lento y yo necesitaba que se marchase pronto para poder hablar con Marlfield de todo lo que había sucedido. Seguía de rodillas, encima de su pecho llorando por él a moco tendido, por su pérdida. Ya que hacía el teatro, debía hacerlo bien.

—No esperaba que llorases tanto por mí —dijo Marlfield en todo jocoso.

—Era puro teatro... —mentí.

En el fondo, no era así. Había sido teatro, pero, en el fondo, me había dolido la idea de que podía perder a Marlfield. No se lo haría ver, pero, seguramente, me terminaría pillando.

—Bueno..., digamos que ha sido una mezcla de ambas cosas, ¿no? —

volvió a preguntar, metiendo el dedo en la llaga mientras sonreía.

Como sabía, me pilló de lleno, pero no podía hacer nada al respecto. Al César lo que es del César, tendría que terminar reconociendo que la idea de perderlo no me había gustado nada.

—¿Cómo esperabas que me pusiese si casi te pierdo?

—Eres una exagerada, ¿eh?

—No, leñe, no es ninguna exageración. A pesar de que nos conozcamos de hace tres días, estamos juntos en eso. A nadie le apetece que otra persona muera en sus brazos.

Marlfield se incorporó del suelo y cogió mi cara con una amplia sonrisa en la suya, dándome un gran beso en la mejilla.

—Dafne, no te preocupes tanto por los demás y hazlo un poco más por ti misma. Ahora, vámonos de aquí.

—Pero... ¿Y la piedra?

—Aquí —confesó sacando de su espalda un topacio—. La cogí durante el forcejeo con Filmedan, la tenía enredada en el pelo.

—¿Quién es Fildeman y que te ha pasado?

—Fildeman es el nombre de la ondina. Me pidió un beso y me negué por completo. ¡Pasaba de poner mis labios contra los suyos, pero qué asco! —dijo no mucho antes de hacer un gesto de desagrado.

—¿Y después...?

—Después enredó su pelo en mi cuello. Por un momento, pensé que se trataba de un simple juego, pero más tarde descubrí que no, que estaba intentando matarme, sin embargo, el oxígeno no me faltaba en ningún momento.

—¿Cómo que no te faltaba?

—A ti tampoco.

—¿Qué dices? ¿Cómo no iba a faltarme el oxígeno?

—Seguro que cuando me has encontrado, llevabas mucho tiempo buscándome. No sé cuánto exactamente, pero desde que te he localizado hasta que me has sacado del agua, han pasado más de diez o quince minutos y, en ningún momento, has salido a tomar una bocanada de aire.

Me quedé petrificada, pues llevaba razón. En ningún momento noté que me faltase el oxígeno, aunque tampoco tuve la necesidad de salir a tomar un poco de aire. La ondina se propuso matar a Marfield, lo que ella no sabía es que este era capaz de respirar debajo del agua y salvarse de aquello.

—¿Nos podemos ir ya de aquí? —pregunté.

—Sí, claro, aunque no sé dónde se encuentra la otra piedra.

—Nadie lo sabe. Ya vendrá algún niño a comunicarnos cuál es nuestro próximo destino.

Ambos empezamos a andar, mirándonos el uno al otro, sintiendo la fuerza que el otro desprendía por haber salido de allí intactos.

—¿Dónde os creéis que vais? —La voz de la ondina, era inconfundible.
—Dafne, ¡corre!

CAPÍTULO 15:

Corrimos, corrimos lo más deprisa que pudimos. No sabíamos si la ondina estaba detrás de nosotros o no, simplemente nos limitábamos a avanzar a una velocidad vertiginosa., sin siquiera mirar atrás. Si lo hacíamos, podíamos perder todo lo que habíamos recorrido.

—¿Podemos parar de correr? —dije en la medida de lo que pude y la respiración me permitió.

Ya llevábamos un buen rato huyendo de Fildeman, por lo que ya estaría a una distancia considerable y no estábamos en peligro.

—Sí, pero no vamos a detenernos. Podemos aminorar el paso, pero no me fío ni un pelo de esa mujer, ser, ondina o lo que leches quiera ser.

—Si seguimos andando, no vamos a encontrar la pista para la siguiente piedra, Marfield.

—No te preocupes. Kavenski es inteligente y los astros ni te cuento, seguro que encontrarán la manera de hacernos saber a dónde tenemos que ir, no te preocupes por eso.

El clima cambió por completo. De repente, empezó a hacer mucho frío, de hecho, pocas veces había tenido esta sensación. En Polin, era muy típico que hubiese ese tipo de tiempo, pero no llegaba a tal extremo. A lo lejos, se podía divisar una niña de corta edad, no tendría más de cinco años.

Vestía un pijama de rayas verdes un tanto desgastado y su aspecto era un poco triste, pero no me planteé preguntarle por su estado de ánimo, pues sabía su cometido: darnos la pista de la siguiente piedra. Con aquellos niños,

no se podía hablar de otro tema que no fuese ese pues te esquivaban el asunto en cuestión de segundo.

La chica no habló, se limitó a ponerse delante nuestra con una desoladora mirada y a darnos el papel que tenía en un bolsillo del pantalón.

Marlfield y Dafne:

Esta piedra no ha sido fácil, ¿verdad? ¡Marlfield, casi te mueres! No ha habido suerte... La siguiente piedra está en el Castillo Hekenol. Tened cuidado con..., ¡mejor no, no os digo nada!

Os espero. Si morís en el intento, descansad en paz.

Kavenski

—No sé cómo Lilian y nuestras madres pueden estar bien ahí cuando a mí me desea la muerte...

—Yo tampoco lo sé, creo que nos quedaremos con las ganas de saberlo. Supongo que con todos los años que llevan allí habrán entablado una buena relación, pero vete tú a saber lo que les decía al principio.

Vi la ira en la cara de Marlfield. Seguramente, se estaba imaginando el trato que habría podido recibir su madre en este lugar. No era del agrado de nadie pensar que su madre estaba pasando por eso, pero era la única realidad aplicable a nuestro caso.

—Ahora, todo lo que me dijiste antes pierde sentido, quieres salvarla sea como sea, ¿verdad?

—Sea como sea.

CAPÍTULO 16:

No sabía con certeza el motivo, pero tenía muchas ganas de visitar aquel castillo. Sentía curiosidad por saber qué se escondía detrás de aquel edificio. Desde muy pequeña, me ha llamado la atención todo lo relacionado con lo medieval y lo antiguo, con los caballeros y traslados a caballo.

—¿Dónde está el castillo Hekenol? —le pregunté a Marfield.

—Idiota, eres tú quien tiene el mapa —contestó sonriendo.

Solté una carcajada; mi intervención había sido más que estúpida. ¿Cómo se me había ocurrido preguntarle a Marfield por algo de lo que tengo yo solamente la respuesta?

Miré el pergamino, había localizado rápidamente dónde se encontraba el castillo Hekenol, principalmente porque se encontraba justo al lado de los Lagos Penae y el dibujo que el cartógrafo había realizado en su tiempo llamaba mucho la atención.

—Hay un problema. No sé dónde estamos. Hemos corrido muchísimo, no sé en qué dirección tenemos que ir o si hemos recorrido ya parte del camino.

Vi que Marfield estaba concentrado en el horizonte, como si estuviera viendo algo que fuese importante para nuestra misión, pero no le pregunté por la labor que estaba haciendo. Preferí esperar a que él me comentase qué era lo que había hallado.

—Dafne, puedo ver algo allí a lo lejos. Ven, acércate y dime que no son imaginaciones mías —dijo justo antes de agarrarme suavemente del brazo.

Me puse a la misma altura que él y dirigí una atenta mirada hacia donde apuntaba su dedo. Al igual que él, vi algo, un gran farol que alumbraba toda la estancia. Le pregunté a Marfield si quería dirigirse allí y, con la mirada, aceptó mi propuesta.

Nos fuimos acercando poco a poco y lo que de lejos eran densas tinieblas, de cerca se convertían en un gran castillo con grandes ventanales y una multitud de amplias ventanas. Estaba totalmente segura de que se podría ver todo Moonet desde ellas, pues algunas eran bastante altas.

Estaba construido en un ladrillo blanco muy fino, tanto, que parecía una obra arquitectónica hecha de perla. Arriba del todo, casi rozando una gárgola, se encontraba un amplio logotipo que parecía ser un logo familiar.

A simple vista, podría decir que el castillo era de esos típicos que aparecen en las novelas que pertenecen a un linaje, sin embargo, si lo pensaba mejor, era una idea que debía descartar al momento, pues no es que fuese algo propio de Moonet, o eso pensaba yo.

—¡Dios mío de mi vida! Es enorme —exclamé.

—¡Ya te digo! ¿Será esta nuestra próxima parada?

—Tiene toda la pinta de que sí, pero es cierto que lo hemos encontrado demasiado rápido. Si cada piedra es más complicada, no cuadra que tengamos que encontrar la siguiente aquí, pero pinta de castillo sí tiene.

—Dafne, ya sabes que todas las piedras son totalmente diferentes. La primera solo nos costó la entrega de tu collar mientras que la segunda nos demoró casi un día completo para poder encontrarla, y menos mal que hablamos con Nathalian, si no, no tendríamos el cuarzo rosa tampoco. De la ondina ni siquiera te la menciono, ¿no? ¡Un poco más y me muero!

—Hablando de eso... ¿Cómo es que pudimos respirar bajo el agua? —pregunté.

—Supongo que serán cosas de nuestros poderes, no lo tengo muy claro porque los tenemos parcialmente anulados, pero no lo sé. No puedo darte una respuesta porque sería arriesgarme a algo que no sé a ciencia cierta.

—Es un buen adjetivo para definirlo. Pero he de añadir algo. Desde ayer, intento ponerme en contacto con mi madre ¡ya lo hice una vez, no es algo complicado! Hice lo que me dijo, mas ella no se apareció. Vamos, que eso de que los poderes están parcialmente anulados..., más bien completamente —Hice especial énfasis en la palabra—, anulados.

El soltó una carcajada conmigo. Lo miré y me di cuenta que su sonrisa era mucho más bonita de lo que antes me había parecido, pues por primera vez me había fijado en ella.

Sabía que no podría enamorarme de él así como así, pero si decidíamos mantener la amistad en Polin, probablemente surgiría algo entre nosotros, o no, no lo tengo muy claro, pero... si no lo tengo claro, ¿por qué hablo con tanta certeza entonces?

—¡Se escucha vuestra risa desde la planta superior de la casa! ¿Quiénes sois?

Una chica de pelo negro como una noche cerrada y ojos oscuros, pero cristalinos se acercó a nosotros. Iba muy abrigada, mucho más que nosotros de hecho y portaba un arco de grandes dimensiones en su mano derecha. Las mangas de su vestido eran demasiado largas y toda su vestimenta estaba cubierta de pelo de animal.

A su llegada, se unió un enorme lobo blanco de ojos verdes que aterrorizaba a cualquier persona que se pusiese a su lado, sin embargo, se mantenía bastante dócil bajo las órdenes de la chica; ni siquiera se atrevía a hacer un mal gesto.

A simple vista, no era ningún ser ni criatura mitológica, parecía ser una chica normal, pero no lo sabía con seguridad. Aun así, no nos demoraríamos

mucho en contarle la verdad. Si es la poseedora de la piedra, bien y si no, iríamos hasta la próxima parada.

—Mi nombre es Marlfield y el suyo Dafne.

—Encantada, me llamo Estrlyn

—Te podríamos mentir, pero creemos que eres nuestra próxima comisión. Nuestras madres son Gerpelin y Lucinda, las chicas que están recluidas en la luna junto a Lilian. Tenemos que salvarlas y para que Kavenski, nos deje luchar contra él para poder volver con ellas a Polin, debemos recaudar seis piedras preciosas. Quizás tú sea dueña de una de ellas —continuó Marlfield.

—¿Yo? No lo creo —sonrió—, pero sé que madre si tiene alguna que otra en su joyero. Es una mujer muy simpática, pero ahora que me habéis contado vuestra historia, he recordado algo que hace poco pasó en casa.

—Y... ¿Nos lo puedes contar? —pregunté.

—Sí, claro. Vino un niño, no era muy mayor, supongo que tendría unos seis o siete años y entre sus manos portaba un trozo de papel con una anotación dirigida a mi madre. El chico no me la quiso entregar a mí a pesar de que le dije por activa y por pasiva que en ese momento no se encontraba mi madre en casa.

—¿Pero sabes que ponía en la nota? —interrumpí.

—Bueno, madre tardó en llegar, pero cuando lo hizo, leyó algo en voz alta y decía algo así como que teníamos que custodiar nuestro patrimonio con mucho realce. Indicaba que dos niños jóvenes vendrían a quitarnos la piedra que durante años perteneció a mi abuela y que debíamos de impedir por todos los medios dársela y que, en caso de acceder, pidiésemos una gran contraprestación.

—¡Pero será...! —exclamó Marlfield con rabia.

Al igual que él yo también sentía ira, rabia, pero, sobre todo,

impotencia. Pensaba que todo el mal humor que tenían los seres mitológicos eran producto del azar, que cada uno tenía una actitud y una manera de ver las cosas, pero resultaba que no, que Kavenski estaba detrás de todos ellos, pues los había influenciado a su antojo.

—No os preocupéis, forasteros. Madre no es mala persona y, desde que recibió la nota, sabía que no le iba a hacer caso a Kavenski. Si me seguís, os indico el camino a casa para que podáis reuniros con ella, ¿de acuerdo?

Asentimos y seguimos sus pasos con cuidado de no acercarnos al lobo, a pesar de que Estrlyn, nos insistió en que no era agresivo y no podría herirnos. La casa era inmensa y los ventanales que se podrían apreciar desde fuera, desprendían muchísima luz hacia el interior. Algunas vidrieras de colores hacían contraste con las pequeñas motas de polvo que había en algún que otro mueble, creando una atmósfera mágica que en pocas ocasiones había podido percibir por mí misma.

La puerta de la entrada era muy grande y justamente en el recibidor había dos escaleras que llevaban a la parte superior de la casa decoradas con una alfombra de terciopelo negra. Toda la decoración era muy sobria y elegante, al contrario de todo lo que nos habíamos encontrado antes y de lo que esperábamos ver después de conocer a Estrlyn.

El servicio llegó pronto a recibirnos con un trato y educación inmejorables y nos hicieron esperar en una amplia sala llena de cuadros, que seguramente fuesen populares, pero yo no lo conocía. La señora de la casa, es decir, la madre de Estrlyn estaba reunida con un alto representante de Moonet y no podía recibirnos ahora.

La espera se hizo muy amena, Marlfeld y yo hicimos balance de todo lo que nos había ocurrido en tan solo tres días, en lo difícil que había sido a veces el proceso y de cuánto echábamos de menos a nuestras respectivas madres. Por lo visto, a él le contaron que Gerpelin había muerto en un

accidente de tráfico unos meses después de su nacimiento.

mujer del servicio doméstico nos dio paso a la habitación de la señora. Fue de agradecer, pues no era ese el momento para abrirle tu corazón a nadie. No era la ocasión para escuchar cómo otra persona se desmoronaba ante ti.

—Buenas. Mi nombre es Sque, ¿el vuestro?

—Me llamo Dafne, él es Marfield.

—Ya me ha contado mi hija Estrlyn algo sobre vosotros, sois de los que hablaba Kavenski en su nota, ¿verdad?

—Supongo que así es. Créame cuando le digo que no queremos su piedra por el valor que tenga, si no por el que tiene para Kavenski. Nos da igual si vale más o menos, si es rosa, azul o naranja, nos es indiferente. Lo único que queremos es poder salvar a Gerpelin, Lucinda y Lilian de la luna, el resto nos da igual.

—Entiendo. No os voy a poner oposición alguna. Kavenski me ofreció echar a Dafne a los lobos. Por lo visto, Marfield debía morir en la prueba anterior y, si no lo hacía, quedar malherido y ahora, quería quitarse a Dafne del medio. Su única intención era que no pasarais a la siguiente fase, es decir, a esta, y si lo hacíais, que llegaras en malas condiciones, Marfield. Para asegurarse de todo eso, quería que el lobo de Estrlyn devorase a Dafne.

Ambos nos emocionamos, las lágrimas podían más que cualquier otra fuerza mayor. Si ya de por sí teníamos los sentimientos a flor de piel antes, en la sala de espera, recordar ahora que habíamos estado al filo de la muerte nos hizo recapacitar sobre el valor de la vida y lo poco que la teníamos en cuenta.

Sque nos calmó y relajó con un té helado. Nos dijo que confiásemos en ella y que podríamos pasar la noche allí. Marfield me lanzó una mirada de desconfianza, sin embargo, yo creía en aquella mujer. Tenía algo que la hacía diferente a todos los seres que nos habíamos encontrado antes. Me transmitía

paz y seguridad y podría afirmar que la habría visto en algún otro lugar mucho tiempo antes.

Del segundo cajón de su mesita de noche, sacó un pañuelo amarillo. En él, estaba envuelto la cuarta piedra que tantísimo ansiábamos: una preciosa amatista de color malva. Cuando le retiró la seda que la recubría, un rayo de luz entró en contacto con ella, iluminando la estancia de un color violeta cautivador.

—Tomad. Tened mucho cuidado con ella, la piedra era de mi madre y no me gustaría perderla en vano. Si os va a servir para rescatar a las vuestras, aquí la tenéis, pero tratadla con el mayor tacto del mundo, por favor.

—No se preocupe, Sque, todo está bajo control. La piedra solo tendrá un uso, poder salvar a nuestras madres.

—Espero que así sea y podáis reuniros con ellas pronto. Ahora, idos con Margaret, la chica del servicio. Os va a indicar cuál es vuestra habitación. ¿Preferís tener una para cada uno?

—No —soltó Marlfieid a la ligera, sin dejarme tiempo para dar mi opinión—. Si puede, me gustaría dormir en la misma habitación que ella.

CAPÍTULO 17:

Antes de recriminarle algo a Marlfield pensé en todas las opciones que había tenido sobre la mesa para terminar eligiendo dormir en la misma habitación que yo, pero no encontraba ninguna pesquisa que me ayudase, así que, decidí preguntarle directamente por el motivo de dormir juntos.

—¿Por qué has elegido una misma habitación para los dos si hay habitaciones de sobra?

—Porque hay cosas de las que tenemos que hablar y no es conveniente que nadie lo sepa, ¿no crees que esto ha sido demasiado fácil?

—¿El qué?

—Leñe, Dafne, nos ha dado la piedra así porque sí. No nos ha preguntado mucho sobre el tema y encima, nos ofrece una cama

donde poder pasar la noche, ¡y qué cama! Yo creo que ni los mejores hoteles de Polin tienen esto.

Comencé a pensar. Por un lado, la teoría de Marfield tenía mucha consistencia, por otro, dudé mucho de que Sque fuera capaz de hacernos algo así. Que sí, que la conocía de hace muy poco tiempo, pero había algo en su mirada que me transmitía paz, que demostraba que podía confiar en ella.

—No sé, Marfield. ¿A ti no te gustaban las cosas fáciles? ¿Por qué te quejas ahora? Hay veces en las que la vida te ofrece un camino menos complejo para conseguir las cosas y tú lo sabes mejor que nadie, porque siempre tomas el mismo.

—Lo sé. Pero ha sido todo muy raro, de verdad. Encima nos ha ofrecido un té que vete tú a saber qué lleva y si es mortífero o no.

Mientras escuchaba sus suposiciones, destapé el lado de la cama que me correspondía. No le había dicho dónde iba a dormir, pero tendría que aceptar que el lado derecho era el mío, siempre duermo en el mismo.

—Si fuese malo lo que nos ha dado, ya tendríamos algún síntoma de malestar, pero no es así, ¿no? Al menos, yo estoy bien.

—Yo también me encuentro bien, aunque no tanto viéndote destapar ese lado de la cama, ¿qué haces?

—Siempre duermo en el lado derecho, es una manía que tengo desde muy pequeña. Aunque duerma sola, tengo que hacerlo ahí.

—Te entiendo, y lo hago porque yo duermo en el mismo lado. Era el que más cerca de la puerta estaba y, como siempre he sido tan miedoso, necesitaba tenerla cerca por si tenía que huir despavorido a causa del monstruo imaginario que vivía debajo de mi cama.

Sonreí mientras contaba aquello. No sé por qué, pero me transmitía muchísima ternura. Me imaginaba como un Marfield pequeño correteaba

desde la cama hasta la puerta con cara de miedo. No sé por qué, me recordaba mucho a mí...

—Pero lo importante viene ahora..., ¿quién le va a dejar su sitio a quién? —pregunté sonriendo.

—Va, Dafne, déjame ese lado. No podría dormir en el izquierdo, estoy acostumbrado desde pequeño a dormir ahí...

—¡Pero yo también estoy acostumbrada a dormir en ese sitio desde pequeña!

Puse mis brazos en jarra y nos miramos cómplices de aquella tontería. En realidad, ninguno de los dos estaba discutiendo con el otro. Parecíamos más una pareja de recién casados que otra cosa.

—Va, venga —cedí—. No te preocupes, que te dejo el lado derecho de la cama... ¡pero solo por esta vez!

—Ah, ¿das por hecho con eso que vamos a dormir más veces juntos?

Me quedé helada. «¿Realmente he querido decir eso?». No, no, claro que no he querido decir eso, aunque analizándolo bien sí que ha sonado así por mucho que no quisiese. No sabía si tendríamos que dormir más veces juntos, pero estaba completamente segura de que, si lo hacíamos, él tendría que visitar el lado izquierdo.

—Bueno... No sé. No sé si vamos a tener más oportunidades durante este viaje. Quizá, tenemos que hacerlo más veces de la que esperamos.

Ambos nos quedamos un rato en silencio. Yo me giré hacia el lado contrario, optando una posición fetal, mientras que él hizo lo mismo que yo. Al cabo de un rato, Marlfield interrumpió el silencio de la noche, pero no me despertó porque ni siquiera había podido conciliar el sueño.

—Dafne, ¿estás dormida?

—¿Si lo estuviera te estaría contestado ahora mismo?

—Pero... ¿Vas a dormirte ya? Me gustaría retomar la conversación que

empezamos antes de habernos reunido con Sque.

—Necesitas exteriorizarlo, ¿verdad? —afirmé, más que pregunté.

—Nunca se lo he contado a nadie y tengo la necesidad de hacerlo.

—Adelante, Marlfield.

Ambos nos reincorporamos en la cama. Pusimos la almohada de pie, junto al cabecero y encendimos una de las lámparas de la mesita de noche para poder hablar más cómodos. Se avecinaba una de esas madrugadas largas en las que duermes poco y sientes mucho.

—Pues..., como te decía, según mi abuela, mi madre murió en un accidente de tráfico unos meses después de mi nacimiento. Nunca me atreví a ir al cementerio a verla, de hecho, cuando viniste conmigo, solamente había ido otra vez más. Era la segunda vez que la visitaba y verla allí fue...

—Algo muy especial —completé.

—Algo muy especial, sí. No supe cómo reaccionar en ese momento, simplemente me limité a llorar.

—Sí, ya te vi. De hecho, me fui porque sabía que al final terminaría pensando en mi madre y no quería robarte el momento, pero, desde la puerta, pude comprobar que estabas viviendo un momento mágico.

Le pregunté por su padre. Sabía que era algo complicado, que quizá no quería contestarme, pero me era necesario saber qué había pasado con él. Después de conocer parte de su historia, sentía que debía conocer las piezas del puzle que me faltaban para poder completarlo.

Marlfield tragó saliva antes de contestarme, y a los pocos minutos confesó que su padre se suicidó cuando él todavía estaba en el vientre de su madre. Debía ser duro saber que, por pocos días, meses, o incluso semanas, tu padre no había podido conocerte.

Afirmó no haber ido al cementerio a verlo. Según él, una persona que se suicida tiene los suficientes motivos para hacerlo, pero no le perdona que fuese antes de su nacimiento, pues a él le hubiese encantado saber que su padre supiese cómo eran sus ojos, o el color de su pelo.

Intenté calmarlo, intenté decirle que desde el cielo guiaba sus pasos y que estaba acompañándolo siempre, pero no me sirvió de nada. Estaba encasillado en la idea de que su padre no lo conocía y que era algo demasiado importante para él.

Tras un largo tiempo hablando, nos dimos cuenta, por el reloj de la habitación, de que eran más de las cuatro de la madrugada. Debíamos irnos a dormir o si no, no podríamos levantarnos con buen pie al día siguiente para seguir con lo que teníamos pendiente.

—Tenemos más cosas en común de las que parece. Supongo que por eso estamos juntos en esto. Éramos nosotros o nadie más.

—Dafne, ten claro que o eres tú o nadie más.

CAPÍTULO 18:

Dormí como un lirón, a pesar de que habían sido pocas las horas de sueño. Creo que, de todas las noches que habíamos pasado en Moonet, era la que más había descansado. Me consta que Marlfield durmió con un ojo abierto y otro cerrado. Entre la conversación de anoche y que aún no terminaba de fiarse de las intenciones de Sque y su hija, no pudo pegar ojo.

Es cierto que cualquier teoría que Marlfield sujetase tenía consistencia, pero yo poseía ese sexto sentido que parece ser nadie más tenía, por lo que llegué a la conclusión que había sido un poco más inteligente que él, al menos, en este caso.

Quise salir de la cama, pero debía hacerlo con cuidado. Por un lado, quería despertarlo y poder hablar un poco con él, pero, por otro, sabía que llevaba pocas horas dormido. Seguramente, se habría quedado despierto hasta que su cuerpo se lo hubiese permitido.

Desde la cama, pude ver una gran puerta de madera blanca, con un tirador aparentemente de plata. Puerta que no vi cuando entramos anoche. Me levanté un poco desnortada porque, por primera vez, debía salir por el lado derecho al haber dormido en el izquierdo y no es que estuviese acostumbrada del todo a ello.

Atravesé la puerta y, para mi sorpresa, vi un baño de grandes dimensiones. El plato de ducha ocupaba gran parte del suelo y podían bañarse tres o cuatro personas a la vez. Desde que estamos en Moonet, no he tenido la oportunidad de asearme y he de confesar que, en algunas ocasiones, me he

sentido un tanto sucia. No encontraba el momento ni el lugar para poder terminar con aquella sensación y supe en ese mismo instante que era ahora o nunca más.

Me desnudé mientras cantaba mi canción favorita y relajé todos mis músculos cuando el agua hirviendo caía por mis suaves y pequeños hombros. Necesitaba estar sola, conmigo misma, como diría Sylvia «*me, myself, and I*». La compañía de Marlfield estaba siendo más que grata y, de hecho, podía empezar a sentir que lo quería. Sabía que era muy precipitado para sentir cosas así, pero era lo único que podía percibir de su presencia.

A pesar de llevar poco tiempo juntos, hemos vivido momentos muy intensos. Siempre he considerado que nunca es el tiempo, si no la persona. Hay veces que la persona adecuada es capaz de hacerte sentir una colonia de mariposas en tan solo un segundo, mientras que otra, con la que quizá llevas toda la vida, no te despierta ni el más mínimo sentimiento de amor.

Salí reflexiva de la ducha, me puse la misma ropa de antes y la ropa interior la lavé en el lavabo para, posteriormente, secarla con el secador de manos. No era muy buena idea, pero no me quedaba otra, era eso o volver a ponerme la ropa íntima sucia, y no entraba en mis planes hacerlo.

Cerré con sigilo la puerta del baño al salir. No sabía si Marlfield estaba dormido o no, por lo que era mejor prevenir que curar.

—No jodas que hay agua caliente...

—¡Buenos días a ti también, Marlfield! Ah, por cierto, ¡voy a lavarte la boca con jabón y el mismo agua caliente por el que estás preguntando! —
Sonreí.

—Entonces..., ¿puedo ducharme?

—Pues no sé, no le he preguntado a nadie si podemos hacer uso del baño, la verdad, pero supongo que no se darán cuenta. Déjalo todo como está y si nos dicen algo, decimos que no hemos sido nosotros.

—Espérame aquí unos diez minutos a que me duche, bajamos y nos vamos a por la siguiente piedra, no podemos perder más tiempo aquí.

—No estamos perdiendo tiempo, Marlfield. Tenemos que descansar o de lo contrario, no podremos luchar contra Kavenski.

—¡Ni lo menciones! —vociferó ya desde la ducha—. No quiero ni pensar en el día que llegue ese momento, no nos veo capaz de poder derrotarlo... Dios, ¡qué fría está el agua!

Comencé a reír a carcajadas. No me había dado cuenta de que debía comentarle que los colores del grifo estaban al revés.

—¡Los colores están al revés! El rojo es para el agua fría y el azul para la caliente.

—¿Por qué todo el mundo es tan raro aquí?

—Porque estamos en la luna, ¡idiota! —grité mientras hacía la cama.

Éramos una escena digna de matrimonio, hablando a voces mientras cada uno hace sus labores. Recogí todo el desorden que tenía la habitación a pesar de no ser nuestro, pero no quería dejarlo todo manga por hombro cuando nos habían recibido con tanta hospitalidad.

Marlfield salió pronto, mucho antes que yo. Supongo que lavarme el pelo y ponerme a reflexionar sobre las cosas de la vida tomó más tiempo del esperado. Vi cómo se acercaba a la mesita de noche del lado dónde había dormido mientras yo lo miraba atónita.

No sabía por qué se acercaba ahí. Parecía que no recordaba que la habitación no era de nosotros y no podíamos abrir muebles ajenos.

—¿Por qué miras los cajones?

No obtuve respuesta por parte de Marlfield. Se limitó a mirar con asombro el contenido de aquel cajón, el cual yo todavía desconocía y sinceramente no me atrevía a preguntar. Lo mismo, estábamos ante algo que no me hacía gracia ver.

—No me asustes, Marfield, ¿qué estás viendo?

Estaba totalmente segura de que Marfield lo había abierto por error, que no había sido consciente de que no podía hacerlo. Por pura inercia, como si estuviera en su casa, abrió aquel cajón que no le pertenecía.

—Tengo enfrente de mí la siguiente misión, tenemos que ir a la Isla Myroa, ¿puedes buscar dónde está?

Cogí el mapa, y vi que lógicamente, al ser una isla, debíamos contar con la ayuda de Hyenei, o no podríamos ir.

—Pero..., un momento, ¿no eran los astros los que se encargaban de las misiones y eran niños los que debían entregárnosla?

—No sé, Dafne, aquí huele a gato encerrado y yo estoy dispuesto a saber qué pasa.

CAPÍTULO 19:

Bajamos rápidamente al recibidor con la única intención de que Sque nos aclarase lo que estaba sucediendo. La planta superior era demasiado grande y, sin la compañía de Margaret, no encontrabas la salida hacia el salón por lo que nos quedamos divagando por la estancia de arriba más de lo esperado.

—¿Has escuchado eso?

—¿Qué se supone que debería haber oído? —pregunté.

—Calla. —Ambos lo hicimos—. ¿No te has enterado, en serio?

—Y tan en serio, Marlfield. Estoy empezando a pensar que estás loco, te lo prometo...

—¡Son las pisadas de un niño! ¡Está correteando por todos sitios! Puedo escuchar el sonido de sus pies por toda la planta.

Le hice una mueca y moví el brazo, intentando quitarle hierro al asunto, sin embargo, parecía que Marlfield se mantenía en sus quince sobre que había visto a aquel infante, por lo que le terminé dando la razón como a los tontos y seguí buscando las escaleras.

Me separé de él por un momento, pues él se quedó quieto durante un rato en el mismo lugar donde estábamos, supuestamente, para poder escuchar de nuevo las pisadas del niño e identificar de dónde vienen. Yo preferí gastar mi valioso y poco tiempo en cosas más importantes, como buscar la salida de aquel laberinto.

Cuando pensaba haberlas encontrado, una grave fuerza me empujó por

ellas, haciéndome rodar por todos y cada uno de los peldaños. Podía notar cómo se iban hincando en mis vértebras, sin embargo, no sentía daño algo. Cuando llegué abajo, me levanté y justo enfrente de mí, un niño rubio, con ojos azules y unas gafas enormes de pasta negra me miraba fijamente.

Pensé en acercarme a él, lo mismo era familiar de Sque y se había perdido como nosotros, pero rápidamente, a juzgar por la forma en la que me miraba, lo relacioné con el empujón que hace unos segundos había recibido. Lógicamente, yo no podía verme, pero sabía que mi gesto no era del todo alegre, pues a pesar de que no me había dolido el golpe, había notado cómo todos los bordes de los peldaños se hundían con mi espalda.

Él se reía malévolamente mientras me saludaba con la mano derecha, escenificando una autentica escena de película de terror.

—¡Marlfield! —vociferé aterrada—. ¡Marlfield! ¡Ven aquí, por dios!

Vino flechado hacia el lugar dónde me encontraba. No sabía con seguridad si conocía mi localización, pero con solo escuchar mi voz, supo encontrarme y yo, interiormente, se lo agradecí.

—Ahora sí, Marlfield, ahora sí lo he visto. Es rubio, con ojos azules y lleva unas gafas de pasta enormes. Me ha empujado por detrás y me he caído por las escaleras. Después, se ha quedado mirándome, así, sonriendo por su hazaña... Del susto, casi me quita la vida.

—¡Tengo que ver a Sque ya! Seguro que es su hijo, porque Estrlyn es muy joven para ser madre. ¡Debe controlar a la gente que mete aquí, que casi sales malherida!

Asentí con la cabeza intentando calmarme, aunque fue en vano, pues todo nerviosismo seguía en mi cuerpo y era completamente imposible poder eliminarlo. Dado a mi estado, Marlfield me cargó sobre su espalda puesto que, de lo contrario, podía caerme rodándole nuevo por aquellas escaleras debido a mi temblor.

—¿Dónde está Sque? —preguntó Marfield un tanto enfadado en cuanto llegamos a la planta inferior—. ¡Tengo que quejarme sobre su hijo!

—La señora Sque no tiene ningún hijo, querido —contestó Margaret saliendo de la cocina mientras se limpiaba las manos en un viejo y descolorido trapo.

—¡Pues será el suyo, señora!

—Le puedo asegurar que no. Por desgracia, mi marido murió hace ya diez años y yo no me veo capaz de compartir lecho con otro hombre que no sea él.

No sabía si Margaret estaba en lo cierto o no, pero una cosa tenía segura y es que el niño tenía menos de diez años, por lo que, si se confirmaba lo que aquella sirvienta decía, el hijo tampoco podría ser de ella.

—¿Y de Estrlyn?

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó la mencionada, que acababa de incorporarse a la sala.

—¿Tienes un hijo? —Marfield podía ser muy directo si se lo proponía.

—No, que yo sepa al menos. Habláis del chico rubio de arriba, ¿verdad?

—¿De quién si no? ¿Es que acaso hay más niños? ¡Pero lo mejor no es eso! ¿Por qué tenéis la nota de la siguiente misión si eso quedaba en competencia de los astros y aquellos pequeños infantes?

—Creo que cuando me presenté, me olvidé contaros que puedo transformarme en cualquier criatura que habite el planeta Tierra en cuestión de segundos y que mi madre, realmente, no es una persona.

CAPÍTULO 20:

Ni Marfield ni yo dábamos crédito a lo que nos acababan de desvelar. No éramos capaces de comprender cómo Estrlyn podía transformarse en lo que quisiese y cómo nos había ocultado la verdad así porque sí. A pesar de haberla conocido ayer, había depositado confianza en aquel hogar. Al final sería Marfield quien terminaría llevando la razón.

—¿Qué nos quieres decir con eso, Estrlyn? —pregunté, atónita.

—Creo que no hay mucho que explicar, ¿no? Y si tengo que hacerlo, es porque no sois muy inteligentes.

—¿¡Inteligentes?! ¿Cómo puedes venirnos con esas, después del susto que acaba de llevarse Dafne con tus tonterías de niña pequeña?

—Uy..., qué feo queda que digas eso después de haberte dado cama esta noche, Marfield —sonrió pícara.

—¡Me da igual! Ahora mismo me importa un comino la hospitalidad que nos hayas brindado, lo único que tiene importancia ahora es Dafne ¡Y mira cómo está!

Seguía con el susto en el cuerpo. A pesar de la insistencia de Marfield, yo seguía confiando en que estábamos a salvo en este castillo, que no nos pasaría nada y que estaríamos bien si estábamos aquí. El chasco ha sido tal, que, aunque fuese un mínimo roce por detrás, me ha afectado más de lo que cualquiera podría esperar.

—Ah, pero, ¿sois pareja? Lo digo porque como la defiendes tanto...

—Ese no es el tema, Estrlyn. El tema es por qué has hecho esto, no,

¡mejor aún! ¿Quién es tu madre?

Estrlyn estalló en una carcajada, era la única que se estaba riendo en la sala. Margaret la había abandonado tras una intensa mirada de la chica. Se dejaba entrever que estaba muy supeditada a las órdenes de las señoras del castillo.

—Eso no es asunto vuestro. Mirad, voy a ser buena. Si no queréis que os pase nada malo, huid e idos ya a la Isla Myroa. No queráis ver a mi madre cabreada o, de lo contrario, no saldréis de aquí con vida.

—¡Me da igual no salir con vida! ¿Es que no ves que soy el primer enfadado en este castillo, o qué?

—Ya, Marlfield. Solo ha sido un susto. Es culpa mía, me ha afectado más de lo esperado, no hay que darle más vueltas.

Marlfield suspiró con rabia. Lo último que quería es que montase un número en aquel castillo y, menos aún, tras haber conocido las amenazas de Estrlyn. Solo quería salir de allí e irme a la Isla, a conseguir la penúltima piedra que nos quedaba.

—Marlfield, vámonos antes de que nos arrepintamos de estar aquí.

Tiré de su camiseta hacia mí con mucha fuerza, pero no se desprendía ni un milímetro del suelo. Lo intenté en varias ocasiones, pero todas ellas fueron nulas, por lo que no conseguiría mi propósito: salir de allí sana y salva.

Ante la insistencia, Marlfield clavó sus ojos en los míos y yo le devolví una mirada esperanzadora. Necesitaba irme de allí. De repente, no estaba agusto, no me encontraba bien y nuestro cometido allí había terminado.

Volvió a mirar a Estrlyn, podría decir que, si las miradas matasen, ella acababa de ser asesinada en manos de Marlfield. No separó su vista de la de ella y, lentamente comenzó a girarse hacia el lado en el que yo estaba. Musitó alguna que otra palabra que ni yo misma alcancé oír y abandono la sala

despacio, como si estuviese en una película a cámara lenta.

No vimos a Sque por ningún lado, cosa que, encarecidamente, agradecí, pues no quería tener ningún enfrentamiento ella que hiciera que perdiésemos la piedra que nos había dado porque entonces tendríamos que volver a conseguirla y ya todo sería mucho más complejo. Salimos del castillo, ahora un poco más aprisa debido a mis ganas de irme de aquel lugar.

—¿Por qué te has puesto así? De verdad, no era necesario.

—No es justo, Dafne. No es justo que te hayas llevado ese susto por culpa de esa chica. Ya es demasiado mayor para diferenciar lo que está bien de lo que no, ¿no crees?

—¡El susto es una tontería, por el amor de dios! No ha sido para tanto, lo que pasa es que estaba un poco sugestionada por tus teorías..., y, claro, sin comerlo ni beberlo que te ataquen por detrás...

—La cuestión no es que el susto haya sido una tontería o no, Dafne. La cuestión es que lo has pasado mal y no me ha hecho ni pizca de gracia verte así.

Me acerqué a él, me puse levemente de puntillas, le di un dulce beso en la mejilla y le alboroté un poco el pelo, intentándole quitar hierro al asunto para que se tranquilizase y calmase la situación.

—Venga, va, no te pongas así. Tenemos que hablar con Hyenei y, la verdad, es que no tengo ni la más remota idea de dónde puede estar.

—Probablemente, estará en su puerto. Solo tenemos que ir hasta allí. En el mapa de Martin creo que no sale, pero sé llegar, no te preocupes.

Partimos rumbo hasta el puerto de Hyenei. El frío y la nieve que antes había alrededor del castillo, ahora se había disipado por completo, casi que por arte de magia. Volvía el día abierto que había conocido en Moonet, pero, de nuevo, éramos incapaces de ver el sol.

El camino se hizo bastante ameno, Marfield y yo hablamos de temas que nunca habíamos sacado, conociéndonos más si cabe el uno al otro. A decir verdad y a pesar de no haber entrado en mis planes, Marfield ha resultado ser un acompañante de diez. Temía el hecho de que no encajásemos. Después de la primera impresión que tuvimos, no pensábamos ninguno de los dos que acabaríamos haciendo buenas migas.

Terminamos hablando de Lucinda y Gerpelin; siempre estaban en nuestras mentes, pero no teníamos la suficiente capacidad como para poder invocarlas. Parecía que, desde que use los poderes en las Colinas Fillol, estos se hubiesen ido y aún desconocemos el motivo.

Hyenei, como siempre, no nos dejó pagar ni una moneda por el trayecto y nosotros, con una amplia sonrisa, le volvimos a agradecer el favor que hacía por nosotros. No nos gustaba estar de prestados, así que, esperábamos que la vuelta de la Isla Myroa fuese el último viaje que hiciésemos en barco.

No teníamos la nota de Kavenski, pues Marfield, con la sorpresa, la había dejado en el cajón dónde se la encontró, pero hemos llegado a la conclusión de que todos los niños que nos hemos ido encontrando son Estrlyn, la chica de las mil caras, según la había apodado Marfield.

No sabíamos a qué nos tendríamos que enfrentar, pero sí sabía con certeza que podría hacerlo de mano de mi acompañante, que podría cerrar los ojos y dejarme caer y que él me cogería. Deliberé por un instante sobre el ser al que nos enfrentaríamos ahora, ¿qué sería? ¿Una dríada? ¿Un troll? ¿Un hipogrifo?

CAPÍTULO 21:

Llegamos antes de lo esperado a la Isla Myroa. Necesitábamos encarecidamente encontrar las dos piedras que faltaban. De su talega, Marfield sacó la caja con todas las preciosidades que debíamos encontrar para derrotar a Kavenski. Solo había dos huecos por rellenar que ansiaba ver completos.

La noche se acercaba y nosotros seguíamos dando vueltas por la isla sin un rumbo fijo. Por un lado, quería terminar ya con esto, conseguir las dichas piedras y poder salvar a mi madre de donde estaba, por otro, no quería llegar y escuchar la bronca de mi abuela.

No me daba mucho tiempo a lo largo del día de acordarme de ella, porque, a fin de cuentas, siempre tenía la mente ocupada en lo que teníamos que hacer, aunque Marfield y yo estábamos deseando ir a Polin de una vez por todas.

—¡Quiero encontrar ya la penúltima piedra! —exclamé.

—Yo también lo quiero y no por eso chillo, tonta —añadió sacando la lengua—. Se tardará el tiempo que tengamos que tardar y ya está, no podemos hacer nada más.

—¡Pero, jolín! ¡Quiero irme ya a casa!

Marfield se acercó a mí y me agarró suavemente la cara.

—Yo también quiero irme, pero antes tenemos que terminar esto. Mi madre, la tuya y Lilian confían en nosotros. ¿Acaso les vamos a defraudar?

Negué con la cabeza.

—Pues, entonces, manos a la obra. ¡Tenemos que averiguar qué criatura tiene nuestro tesoro!

A pesar de que el cielo estaba cada vez más oscuro, hicimos caso omiso y seguimos buscando, aunque no nos acompañase la luz natural. No encontrábamos ningún ser que resguardase lo que estábamos buscando y sabíamos que no podríamos encontrarlo de otra manera que no fuese esa.

Esta isla estaba desierta, a diferencia de las Colinas Fillol, no habitaba ningún ser ya fuese humano o animal. Era muy curioso cómo la gran mayoría de los seres humanos se concentraban en el centro de la ciudad y todo lo demás quedaba completamente desierto.

Teníamos claro que cualquier ser que tuviese que presentarse sería en forma de flora, pues fauna había bien poca y tampoco había ningún sitio donde pudiese vivir ninguna criatura.

—Dafne, tengo sueño, muchísimo. Llevamos todo el día buscando y aunque sigamos, sabemos que no vamos a encontrar nada más porque no podemos ver nada con tanta oscuridad.

—Pero, ¿cómo vamos a dormir sin tener lo que estamos buscando?

—No te preocupes, mañana se verá. Ahora, tenemos que descansar o de lo contrario no podremos tener la suficiente energía mañana para poder seguir buscando, es justamente lo mismo que me dijiste ayer en el castillo.

Ambos nos tendimos sobre las raíces de un anciano árbol a descansar. Nos podría dar la suficiente sombra para los dos en cuanto el día se abriese por la mañana. No quería dormirme, pero notaba cómo los párpados se cerraban solos, no podía poner oposición a ellos, por lo que terminé rápido bajo los brazos de Morfeo.

Me faltaba el aire, y sentía el sabor de la tierra en mis labios, quería chillar, avisar a Marfield, pero había algo que me estaba coartando, que me prohibía abrir la boca. Intentaba respirar, pero todo intento era en vano, sin

embargo, no notaba cómo me ahogaba y supuse rápidamente que los poderes estarían detrás de ello, al igual que cuando Estrlyn me tiró por las escaleras. Abrí lentamente los ojos, con cautela, intentando que nadie ni nada me viese, pues aún no sabía lo que me estaba pasando.

Me lo tomé con mucha calma, no pataleé ni armé el espectáculo. Mi abuela me enseñó que en estos momentos lo mejor era tranquilizarse y así lo hice. Marlfield estaba durmiendo al lado mío, de hecho, casi estábamos rozándonos.

Con la pierna, lo moví un poco, pero no conseguí despertarlo. Cada vez iba notando más presión en los labios e incluso saboreé el sabor de mi propia sangre por unos segundos, aunque no me preocupé. Mi principal cometido era que Marlfield pudiese salvarme de lo que fuese que me estuviese intentando matar. Volví a patearle la pierna y esa vez conseguí que se moviese, pero no que abriese los ojos.

Esperé unos segundos, por miedo a que lo que me estuviese atrapando se enfadase y volví a intentarlo, volviendo a golpear a Marlfield en la pierna. Para mi suerte, esta vez sí se despertó y rápidamente se levantó e intentó liberarme de aquellas garras. Estas, al ver que Marlfield estaba intentando salvarme, pusieron más efusividad en apresarme y ahora el sabor a sangre era permanente.

—¿Pero, por qué tiene que pasarte todo a ti?!

No podía contestarle, tenía la boca tapada, sin embargo, le daba algún que otro indicio de lo que quería escuchar como respuesta con mi mirada.

—Creo que le has dado al roble un mal golpe mientras dormías, la dríada ha recibido el mismo daño que el árbol y lo ha intentado defender a toda costa, intentando matarte.

En mi cara, Marlfield pudo notar que no sabía qué era una dríada, pues nunca había oído el nombre de aquel ser mitólogo o de lo que quiera que

fuese.

—¿Que qué es una dríada? Son duendes de los árboles. Normalmente, tienen forma femenina y son solitarias.

—¿Crees que no me estoy enterando de lo que estás diciendo? Puedo presentarme yo solita, majo. —Una voz femenina muy, pero que muy dulce, sonó detrás de mí

—Si me estás escuchado, te ruego que la sueltes, te ha hecho daño sin querer.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo sé que ha sido sin querer? ¡Me estaba atacando!

—Estaba dormida. No podría haberte hecho daño en esas condiciones. ¡No es plenamente consciente de sus actos! ¡Libérala!

La dríada sonrió con complicidad. Parecía que no le hacía mucha ilusión la idea de dejarme escapar de allí. Sufría por Marlfield, pensaba que lo estaba pasando mal cuando, en realidad, aquello no era nada. Notaba un poco de agobio, pero podía no respirar con normalidad y no sentir presión en el pecho, aunque eso ni la dríada ni Marlfield lo sabían.

—¿Qué quieres? ¡Te doy lo que sea si la salvas! ¡Quédate con mi vida, pero déjala!

Me moví, me moví muchísimo, con mucha fuerza. No quería que la dríada aceptase el trato de Marlfield. A fin de cuentas, yo estaba bien, lo único que necesitaba es que me quitase las raíces y la tierra de encima para poder estar en perfectas condiciones.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Me vas a dar cualquier cosa si la salvo?

—¡Cualquier cosa, claro que sí! ¡Nunca he estado tan seguro de algo!

—Llevo muchos años, muchísimos diría yo, buscando una amatista de color malva.

No. No. No. ¡No puede ser! ¡Es la piedra que nos había dado Sque! Si

se la da, perderemos una y tendremos que dar marcha atrás. No podíamos permitirnos el lujo de perder más tiempo aquí. ¡Teníamos que volver ya a Polin!

—¡Tómala! —exclamó Marfield sacando la amatista de la caja sin pensárselo dos veces—. Es toda tuya, pero ahora sálvala.

La dríada sonrió y cogió con sus raíces la piedra que Marfield le entregaba, mientras que yo sollozaba en silencio por la pérdida de la amatista. Sé que mi compañero de misión antepondría mi vida ante todo, pero no podía cometer el error de entregarle una piedra al ser que debíamos quitarle otra.

Pronto, sentí que todo lo que me presionaba ya no lo hacía y los músculos los percibía mucho más relajados. Seguía saboreando la sangre en mi boca, sin embargo, tras unos minutos dejé de hacerlo, pues ya nada me hacía daño en los labios. Cerré y abrí los ojos un par de veces, intentando volver a mi ser.

Tenía las ganas irrefutables de hablar con Marfield, de comentarle el error garrafal que había cometido al entregarle la piedra. Que no tendría que haber hecho eso y que ahora, sería más difícil quitarle la que tanto anhelaba.

La dríada abrió una caja parecida a la que nosotros teníamos, sin embargo, esta era de color dorado. A simple vista, parecía que ambas habían sido fabricadas a la vez y por la misma persona, pero solo eran intuiciones de una chica que estaba demasiado cansada de estar en una tierra que no era la suya.

—Distráela —musitó Marfield.

—¿Qué? —contesté susurrando.

—Distráela, voy a quitarle la caja.

Dudé unos minutos sobre qué podía hacer para distraer a aquel ser, pero pronto se me ocurrió la idea de preguntarle sobre las piedras que tenía en la caja.

—¿Las dos piedras son tuyas? —intervine.

—Ahora sí. Hacía mucho tiempo que quería la amatista, así que, gracias.

Me sorprendió el gran cambio de humor que tuvo aquella criatura. Supuse que solo eran agresivas cuando recibían daño, aunque, como en mi caso, hubiese sido sin querer hacerlo.

—¿Me dejas verlas?

—Claro, toma.

Me entregó la caja con total confianza. A pesar de que minutos antes había intentado ser ahogada por ella, me sentía mal por engañarla de aquella manera, pero era eso o dejar a mi madre para siempre en la luna y eso no iba a consentirlo.

Aproveché que tenía la caja en mis manos y salí corriendo con ella. El plan no era ese; el plan era que Marfield se la quitase mientras estaba distraída conmigo, pero después del agobio que había sentido por su culpa, tenía la necesidad de quitarle yo esa piedra que nos pertenecían.

Ahora solo quedaba saber el destino de la última piedra y solo estaríamos a un paso de salvarlas de la luna.

CAPÍTULO 22:

Ambos sabíamos que no iba a ser fácil, que la última piedra sería lo más difícil de conseguir. Ya Kavenski nos había advertido de que la siguiente misión sería más compleja que la anterior, por lo que ya íbamos avisados de lo que nos íbamos a encontrar.

Al poco rato de estar merodeando por la Isla Myroa, un niño de no más de seis años se acercó a nosotros con un rostro angelical que me hizo recordar el de Estrlyn. En sus ojos podía ver los de ella y la forma de su cara era idéntica a la de la chica; no podía mirar al niño de la misma manera sabiendo que Estrlyn podría estar detrás de él.

Nos dio una nota que, como siempre, indicaba el siguiente destino a visitar. En este caso, volvíamos a acudir a una isla, pero esta vez debíamos ir a la Isla Verliss, que, según el mapa de Martin, se encontraba en la otra punta de Moonet.

No nos apetecía mucho, para ser francos. Los viajes en barco con Hyenei eran muy agradables, pero, también, muy aburridos. Marlfield y él se ponían a hablar de temas que no me interesaban y siempre estaba deseando llegar al destino.

Intentamos ver si la otra piedra que tenía la dríada nos servía para rellenar el hueco que nos quedaba, pero no encajaba del todo. Lograba entrar, pero la forma que tenía el hueco no era la de la piedra, por lo que teníamos que buscar la última que quedaba, aunque no nos apeteciese.

Marlfield siempre sabía el lugar en el que se encontraba Hyenei. No sabía cómo lo hacía, pero siempre lo terminaba encontrado y llegando a su puerto. A pesar de que, con esta, ya era la segunda vez que acudía allí, yo aún no me sabía el camino de memoria, por lo que admiraba la capacidad para retener que tenía mi compañero.

Muy educadamente, Hyenei nos preguntó por nuestro destino, a lo que, rápidamente, Marlfield contestó. Estuvimos hablando de muchos temas, entre ellos, sobre el lugar en el que habíamos pasado la noche.

Nos invitó a que lo avisásemos la próxima que pasásemos la noche a la intemperie. Tenía camas de sobra en el camarino de su barco y podíamos dormir mucho más cómodos. Marlfield y yo asentimos, pero interiormente declinamos la oferta por el simple hecho de que, demasiado estaba haciendo aquel señor por nosotros como para seguir aprovechándonos de su simpatía y hospitalidad.

Los tres nos montamos en el barco de Hyenei y partimos rumbo a la Isla Verliss con la esperanza de encontrar pronto la piedra que nos faltaba y no sufrir mucho percance. Marlfield y yo nos fuimos a la proa para poder hablar con tranquilidad de todo lo que nos ha ido sucediendo.

—Ambos hemos estado al borde de la muerte... —inicié la conversación.

—Jolín, Dafne, anda que las conversaciones que sacas..., hemos estado al borde de la muerte, pero a la vez no. A mí, bajo agua, no me faltaba el aire, de hecho, estaba igual que en la tierra.

—¡Pues igual que yo con la dríada! No podía respirar, pero mi cuerpo no tenía la necesidad de hacerlo, no sé por qué. Solo sentía cierto agobio por estar atrapada en las ramas de la criatura, pero nada más. De hecho, cuando Estrlyn me tiró por las escaleras, tampoco sentí dolor, solo notaba cómo los peldaños de la escalera se clavaban entre mis vértebras.

Marlfield me miró sorprendido, pero con una sonrisa. Supongo que para él ha sido una tranquilidad saber que no estaba en peligro.

—Eres consciente de que vamos a jugarlos la vida más veces, ¿no? —aseguró—. Kavenski va a hacer todo lo que esté en su mano por quitarnos de en medio rápido y evitar que salvemos a las chicas.

—¿Tú lo crees? A fin de cuentas, no podemos morir.

—Y tanto que lo creo, Dafne. Él no es consciente de que no podemos morir y es una manera de ahorrarse la guerra que tiene pendiente. Kavenski no es tonto, va a evitar tenerla, aunque si te digo la verdad, no sé por qué.

—Estoy dispuesta a morir si así salvo a mi madre de dónde quiera que esté.

—Dafne... —carraspeó—. Si tú mueres por tu madre, nunca va a estar del todo completa, sabe que has muerto por ella, ¿crees que llevaría una vida normal?

Negué con la cabeza. Nunca me había planteado eso como lo decía Marlfield. Siempre he pensado que daría la vida por mi madre si hiciese falta, pero nunca me había parado a analizar las consecuencias psíquicas que traería mi muerte para mi madre.

—Sin embargo, ella aquí está bien, así nos lo ha hecho saber y, además, conoce tu situación, es consciente de que estás bien con tu abuela en casa y de que estás a salvo de cualquier cosa que venga.

—Tienes razón —dije mientras me revolvía el pelo—. Quiero que todo esto acabe pronto, ¿sabes? No sé cuánto tiempo más podré aguantar aquí, en estas condiciones.

—Vas a poder aguantar todo lo que venga, Dafne. Ya sabes que eres una persona fuerte, ¿hace falta que yo te lo diga?

—Le tengo miedo a la idea de no ser capaz de continuar con esto. Prefiero mil veces morir a tener que tirar la toalla.

—No vas a hacer ni una, ni la otra, solo tienes que confiar en ti misma y todo saldrá sobre ruedas.

Marlfield volvió a dirigirse a mí, mirándome a los ojos de una manera muy dulce y especial y yo, por dentro y sin que él lo supiese, morí de amor cual niña pequeña que acababa de comprar una gominola.

No sabía si era sano sentir cosas por alguien en tan solo cinco días, supongo que mucha gente no daría credibilidad a mis sentimientos y es que para ser sincera, no se la daba ni yo.

Por un lado, pensaba y creía que cinco días no eran suficientes para enamorarte o querer a una persona, pero por otro, sabía que enamorarte, a veces, podía durar menos de un segundo.

Y yo estaba en el segundo caso, en ese del que en un segundo te puedes llegar a enamorar. No sé si era eso o no, nunca antes lo había sentido, pero sentía mariposas cada vez que me hablaba de una manera más especial y me derretía de amor cada vez que se preocupaba de mí.

Quizás, no tuvimos un buen comienzo, pero me aseguraría de que tengamos el mejor final.

CAPÍTULO 23:

No tenía la certeza sobre si es que el viaje se estaba haciendo muy largo o que Hyenei iba más lento de lo normal, pero he de admitir que me estaba cansando muchísimo del trayecto, mucho más que de costumbre.

Cada vez que veía una porción de tierra, la admiraba con esperanza de que fuese la Isla Verliss, pero, para mi decepción, no era más que eso, una simple porción de tierra que vete tú a saber cómo se llamaba.

Marlfield podía ver en mis ojos el hastío que gobernaba en mí y me miraba con una sonrisa, intentando subirme el ánimo que tenía en aquel momento.

—Perdone, Hyenei, ¿sabes si queda mucho para llegar?

—Pensaba que la Isla Verliss estaba más cerca, pero la verdad es que no. Vamos a llegar mucho más tarde de lo esperado.

—Pero... —dije abriendo el mapa—, en el mapa de Martin no se refleja tal distancia.

—Querida..., esos mapas son muy antiguos. Han pasado siglos desde que los cartógrafos dibujaron en estos pergaminos. Algunas islas ya no están dónde indica el mapa puesto que por cuestiones naturales se han terminado moviendo. Además, el conocimiento que había antes no es el que hay ahora y todo está realizado de forma orientativa y no desde el conocimiento.

Asentí con la cabeza aceptando que nos quedaría un buen camino que recorrer. A pesar de que esto no estuviera en manos del azar, también llamado Kavenski, no cabía duda de que esta piedra nos costaría mucho más

que todas las anteriores.

—¿Piensas tener esa cara de zapato todo el viaje? —preguntó Marlfield justo antes de chasquear la lengua.

—Jolín, ¿acaso piensas que hay un plan mejor? —contesté con una sonrisa.

—Pues sí, claro que lo hay. Solo tienes que sonreír y todo lo verás de una manera diferente.

—¿A qué quieres jugar aquí? —respondí con los brazos abiertos y dando vueltas por toda la proa—. ¡No podemos hacer nada!

—Pero ¿cuándo he dicho yo algo de jugar? Eso sí, podemos jugar al veo, veo.

Ambos estallamos en una carcajada tan sonora que hasta Hyenei despegó por un momento los ojos del mar para centrarlo en nosotros.

—¡Nunca os lo he dicho, pero hacéis muy buena pareja! Me recordáis mucho a Anys...

—¿Anyns? —preguntó Marlfield.

—Mi mujer..., falleció hace una década, pero aún no me hago a la idea de su pérdida...

Hyenei miro hacia el cielo, intentando no derramar ninguna lágrima, no obstante, no consiguió su objetivo y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos tan fuerte como si de una catarata se tratase.

Marlfield y yo intentamos tranquilizarlo, mas no obtuvimos ningún resultado. El mejor plan no era que se alterase mientras conducía, por lo que, nos quedamos parados en mitad del mar hasta que volviese a la calma.

—¿Crees que te sentirás mejor si nos hablas un poco de ella?

Hyenei asintió y comenzó a hablar de Anyns, contando cómo la conoció, cómo vivieron juntos y, por último, cómo falleció. Me pareció una de las historias de amor más bonitas del mundo.

Hyenei seguía yendo al cementerio todos los días a cuidar de la tumba de su mujer a pesar de haber pasado diez años de su fallecimiento, «¿hay un amor más puro que aquel que ni la muerte puede separar?».

La historia de Hyenei hizo que el trayecto se me hiciese más rápido y ameno. Cuando nos quisimos dar cuenta, solo nos quedaba la mitad del camino si es que no surgía ningún contratiempo, ya que, por lo visto, quedaba poco combustible.

Marlfield y yo volvimos a la proa, pero esta vez a sentarnos para disfrutar el uno del otro, pero no nos dio mucho tiempo. Una ola de un tamaño más que descomunal se acercaba a nosotros a una velocidad vertiginosa.

CAPÍTULO 24:

El miedo se apoderó de todo mi cuerpo, de hasta el último centímetro de él. No sabía cómo actuar ni reaccionar. No quería retirarme y dejar allí solo a Marfield, pero, por otro lado, no quería quedarme, podría morir allí.

Miré aterrorizada a los ojos de Marfield, buscando una respuesta en ellos, pero encontré la misma solución que en mí misma. Ambos nos quedamos en la proa, divisando aquella ola que podría acabar con nosotros. Cualquiera en nuestro lugar se hubiese marchado de allí, pero estábamos completamente bloqueados.

Entonces, el agua llegó hasta nosotros y comenzamos a ahogarnos; abrimos los ojos bajo aquella cantidad de agua para poder vernos, pero no conseguíamos hacerlo con total definición. Notaba cómo el líquido entraba en mis pulmones, impidiendo que pudiese responder con facilidad, pero no me ahogaba, seguía con vida.

Supuse en ese mismo instante que Marfield estaría en la misma situación que yo, pues cuando la ondina lo intentó ahogar, no consiguió matarlo.

Intentaba salir moviendo los brazos con mucha rapidez y agilidad, pero no conseguía poder ascender a la superficie. El barco había quedado completamente inundado y el agua no paraba de entrar, pues, aunque la ola hubiese pasado, la marea estaba demasiado revuelta.

A duras penas, logramos ir a la cabina donde se encontraba Hyenei. Casi escalando en el barco, intentando no hundirnos, nos quedarnos a la

deriva de él. La cantidad de agua que entraba cada vez era mayor y no podíamos mantenerlo a flote.

Para nuestra sorpresa, Hyenei no se encontraba allí, buscamos rápidamente por todo el barco, pero no había ni rastro de él. No nos rendimos, seguimos buscando algo que le perteneciese, su camiseta, el catalejo que llevaba siempre colgando de su bolsillo, mas no encontrábamos nada.

—¿Crees que...?

—¿Qué, Marlfield? ¡No, no puede ser! ¡Tiene que estar en algún lugar del barco!

—Dafne, no está. Hemos mirado, esto tampoco es tan grande como piensas, si no está aquí, la marea se lo ha llevado.

Ambos nos quedamos cabizbajos, sin saber qué hacer de nuevo, al lado de la cabina dónde Hyenei se había encontrado siempre que hemos ido a algún sitio. Sentíamos pena por la pérdida. No es que hubiésemos compartido muchos momentos, pero sentir que puedes salvar una vida y no hacerlo es una de las peores sensaciones que he sentido a lo largo de mi corta vida.

—Marlfield, tenemos que salvarnos, el barco se hunde ¡vamos a morirnos aquí y no va a enterarse nadie!

No obtuve respuesta, Marlfield no estaba, se había esfumado como la ceniza de un cigarro en el viento y yo, en aquel momento, no podía dejar de rezar porque no hubiese corrido la misma suerte que Hyenei.

Seguí buscándolo, con los ojos vidriosos, intentando no ahogarme en aquel barco de pacotilla que iba a terminar con la vida de todos. Chillé su nombre en varias ocasiones, pero seguí sin obtener respuesta, seguía buscándolo, pero tampoco lo encontraba por ninguna parte.

No perdía la esperanza. Intenté usar mis poderes para saber dónde estaba, mas no eran de gran utilidad. Intuía que estaban completamente

anulados, pero no quería quedarme con las ganas de intentarlo.

De repente escuché una voz completamente desconocida. No sabía a quién pertenecía, pero entendía a la perfección lo que me decía.

«Por favor, sigue buscando con la misma voluntad de lo que lo estás haciendo, necesito que encuentres a Marlfield sano y salvo».

Contesté, contesté al aire esperando una respuesta, pero no la obtuve. No me quedaba más opción que aceptar la orden e intentar cumplirla con todos los medios que disponía.

CAPÍTULO 25:

Volví a buscar a Marfield, a gritar su nombre, y bucéé con la esperanza de encontrarlo, pero seguía sin poder localizar su voz y figura en algún punto del barco. El agua ya me llegaba por las rodillas y nadaba al estilo perro buscando su cuerpo.

—¿A quién buscas?

Marfield, era Marfield. Su voz era inconfundible. Me giré bruscamente, esperando encontrármelo allí.

—¡Marfield! Por el amor de dios, ¿dónde te habías metido?

—Buscando esto.

De su espalda, sacó dos chalecos salvavidas. Entre todas las posibilidades que tenía en la cabeza, creo que, buscar un salvavidas era la última que se me hubiese pasado. Tenía más papeletas que se lo hubiese comido un tiburón hambriento.

—¿Y por eso has tardado tanto? —ataqué, aunque me estaba dando la herramienta para salir de allí con vida.

—Estuve buscando en el camarote, pero no encontré absolutamente nada. Allí —me dijo señalando un hueco que había dentro del barco—, hay un pasadizo secreto. No podemos entrar porque ya está completamente inundando, pero dentro había algunas reservas de naufragio. Lástima que nos haya entrado tanta agua.

—¡Te voy a matar! ¿Pero es que no piensas las cosas antes de hacerlas? ¡Me has dado un susto de muerte! Pensaba que habías...

—Que había corrido la misma suerte que Hyenei, ¿no? Anda ya, que melodramática eres. Ahora, ponte este chaleco, tenemos que salir de este barco cagando leches o de lo contrario, moriremos ahogados.

Me tiró el chaleco desde la posición en la que estaba y a pesar de no haberme puesto uno en mi vida, supe hacerlo a la perfección. Ambos saltamos de lo que quedaba a flote de aquel barco y nadamos hasta llegar a una porción de tierra.

No sabíamos dónde nos encontrábamos. Solo teníamos las piedras en nuestro poder. Habíamos perdido el mapa de Martin y la ropa que teníamos puesta estaba completamente mojada, por lo que seguramente, no duraríamos mucho tiempo sanos.

—¿Crees que esto será la Isla Verliss?

—No lo sé, pero debemos quedarnos aquí. No aguanto más la ropa mojada, necesito salir del agua y poder escurrirla un poco o moriremos de frío.

Marlfield apoyó mi idea y con su ayuda, pude seguir nadando hasta la orilla de aquella isla. La arena era íntegramente blanca, algo que nunca había visto en Polin. No había animal alguno que nos diese pie a poder sujetar alguna teoría sobre contra quién debíamos enfrentarnos allí.

Tampoco había algo de información que nos dejase claro si estábamos en la isla correcta o no. No sabíamos dónde estábamos ni qué nos íbamos a encontrar por el camino.

—Creo que no nos hemos equivocado de sitio, estamos en Isla Verliss.

—¿Cómo lo sabes? —respondí.

Marlfield se limitó a levantar su brazo derecho y apuntar con su dedo índice hacia el horizonte. Giró la cabeza y me miró para que siguiese lo que señalaba y así lo hice.

Ante mis ojos, tenía una caravana, como aquellas que salen en las

películas, con las puertas de la parte trasera abiertas de par en par. Dentro de ella, vendían unos batidos y cafés de escándalo, lo sabía por la cantidad de personas que había alrededor de ella y los grandes vasos que tenía en sus mesas. En el letrero de arriba se podía leer «Cafetería Cederty, la mejor de toda la Isla Verliss».

Bingo. Habíamos dado con la tecla. Después de muchas penurias y sufrir la pérdida de Hyenei, hemos llegado a nuestro destino sanos y salvos, ahora, solo teníamos que encontrar a alguien que nos indicase lo que teníamos que hacer allí y dónde podríamos encontrar la pieza que nos faltaba para completar el puzle perfecto y poder salvar a nuestras madres de aquel que, para nosotros, era el peor de los calvarios.

CAPÍTULO 26:

No sabíamos adónde acudir, pero, al menos, había gente en aquella cafetería a la que preguntarle por la zona. No pude evitar recordar el momento en el que conocimos a Martin, pues fue exactamente igual, en una dulce y pequeña cafetería.

Marlfield pidió un café con leche, como si tal cosa, y a mí me pidió otro, pero esta vez sin hielo. Necesitaba algo caliente. Parecía que no había pasado nada. Es una persona que, en el fondo, le da muy poca trascendencia a lo que ocurre. Yo, sin embargo, estaba más que atacada.

—Dafne, ¿puedes sonreír un poco, que estamos bien?

—Vamos a ver, querido, ¡pensaba que habías muerto y, para colmo, hemos perdido a Hyenei! La pregunta es, ¿cómo puedes estar así, tan campante?

—Pues estándolo, Dafne. Son muchas las cosas que me han pasado a lo largo de mi vida, no me preocupo por banalidades. Que sí, que la muerte de Hyenei no es ninguna nimiedad, sé lo que estás pensando, pero es que salvar a mi madre es más importante y necesito tener actitud positiva para ello.

—Pues si piensas así..., no sé, no comparto tu opinión.

—Claro que pienso así. Gracias a los dioses, tú no has corrido la misma suerte que yo. Al criarme sin mi madre, fueron muchas las carencias que tuve y no, no tiene nada que ver con las mismas que has tenido tú, porque no he tenido la fortuna de tener una abuela como la tuya. Desde muy, muy pequeño tuve que aprender a vivir solo, sin tener ese apoyo con el que tú has contado

siempre.

Me enterneció el corazón. Seguía sin comprender cómo podía pasar por alto algo tan importante como la muerte de un ser humano, o, sin ir más lejos, el peligro que habíamos corrido. Sin embargo, entendía que, si su vida no había sido tan fácil como la mía, le daba más valor a cosas que él considera que lo tenían.

—Olvida lo que te he dicho. Hay muchas cosas que no sé de ti, a veces, puedo resultar un tanto bocazas, no sé a quién me pareceré.

—No eres una bocazas. Pero recuerda esto: no tenemos idea de la cantidad de gente que vive realidades dolorosas en silencio. Por eso, siempre hay que guardar una sonrisa para todo el mundo.

Sonreí. Creo que Marlfield era la única persona que, si se lo proponía, podía dejar a cualquiera sin palabras.

—Pues, podrías aplicarte el cuento, muchacho. El primer día no me recibiste así y no sabías ni conocías nada de mí.

—Y no te falta razón, no creas que no te la voy a dar cuando la tengas, pero, bueno, hay momentos en los que los impulsos tienen más fuerza que tu propia filosofía de vida.

El chico de la cafetería interrumpió nuestra conversación poniendo los dos vasos encima de la barra, esperando que le pagásemos ya la consumición.

Saqué mi cartera de la talega de Marlfield y pagué tanto mi café, como el suyo. Ya invitó el día que conocimos a Martin, por lo que lo justo era que ahora pagase yo lo que habíamos tomado.

La estancia era un lugar agradable, a pesar de no ser un local, la parte de fuera estaba muy bien decorada. Todas las mesas y sillas eran de color blanco, con ligeros adornos en un tono verde pastel. Dentro de aquella caravana, solo estaba el dependiente y una ayudante, además de toda la maquinaria suficiente para poder llevar aquello.

La gente estaba sentada fuera, entre ellas charlaban de algo relacionado con Moonet, puesto que se podía escuchar por encima que casi todos hablaban del mismo tema, pero no lográbamos oírlo con claridad.

Marlfield y yo nos sentamos en una mesa un tanto alejada del resto, necesitábamos un poco de serenidad y tranquilidad después de lo sucedido. No había necesidad alguna de que la gente se enterase de la pérdida de Hyenei por cuchicheos entre cafés.

Una vez hubimos terminado, llevamos nuestros vasos dentro de la caravana, con la intención de hacerle más ameno el día a aquel trabajador que, probablemente, llevaba toda una jornada laboral.

Abandonamos la cafetería tan rápido como la conocimos y nos pusimos en marcha con la búsqueda de la última piedra que faltaba. Recorrimos toda la isla, de cabo a rabo y a paso lento, sin perder detalle de nada de lo que nos rodeaba, pero para nuestra mala suerte, no encontrábamos nada que nos fuese de ayuda.

Le preguntamos a un centenar de personas que nos fuimos encontrando por aquella habitada isla, pero ninguno decía conocer algún lugar donde se hallaran criaturas mágicas, por lo que llegamos a pesar en que si lo siguiente a lo que nos enfrentaríamos sería una persona humana.

La noche caía y nuestro sueño cada vez era más notorio a pesar de haber consumido un poco de cafeína. El cuerpo cada vez pesaba más y nos era imposible poder seguir con aquella incensada y compleja búsqueda.

—Creo que esta isla es lo más parecida al centro ciudad que vamos a encontrar en todo Moonet —apunté.

—Ya, me estoy dando cuenta. Quizás podamos encontrar algún hostel donde poder pasar la noche, así podemos evitar dormir a la intemperie.

Asentí sonriente. No era mala idea poder dormir en una cama de nuevo, aunque eso no me trajese buenos recuerdos. Una de las cosas que más echaba

de menos de Polin era poder dormir sobre blando, tapada hasta las cejas y con cuatro mantas por encima de mí. Aquí, a pesar de que no pasaba frío, aunque durmiese fuera, la espalda sufría todos los ataques que le daba por dormir sobre un suelo húmedo y duro.

Tras mucho andar, encontramos una pequeña casa. En ella, vivía un matrimonio mayor que muy amablemente nos cedieron la habitación de su hijo para poder pasar la noche. Nos prepararon algo caliente para cenar y fueron muy serviciales.

—Veremos a ver por dónde vamos a escapar esta noche... De otra gente que no me fío.

CAPÍTULO 27:

Volví a dormir tranquilamente, mientras que Marfield lo hizo con los ojos entreabiertos. La última vez que sospechó de alguien resultó tener, aunque fuese solo en cierta parte, un poco de razón, así que, no le recriminé que durmiese así.

A pesar de ello, seguía tranquila, confiaba en mi sexto sentido, aunque me hubiese fallado en la otra ocasión. Sabía que esa pareja nos cuidaría como si fuéramos sus hijos. Según nos habían contado la noche anterior, en aquella isla no había ningún lugar donde alojarse, por eso ellos siempre acudían al porche con la intención de atraer clientes.

Cuando vieron que sus nuevos inquilinos se trataban de dos jóvenes que necesitaban desesperadamente un lugar donde dormir, se negó completamente a recibir dinero de nuestra parte a pesar de que le insistimos una y otra vez. Nos ofreció algo de ropa que agradecemos encarecidamente y una ducha de agua caliente.

La mañana fue muy ajetreada, Marfield ayudó a German, el anciano hombre, a poner unas estanterías en el cuartillo del jardín. Parecía que hacía mucho tiempo que no tenían contacto con gente como nosotros. Yo, por otro lado, estuve en la cocina haciendo con Emma un delicioso bizcocho con pasas.

Marfield tenía prisa por marcharse, pero yo, aunque tenía muchas ganas de salvar a mi madre, necesitaba un poco de paz y tranquilidad. Echaba mucho de menos a mi abuela y Emma había sido lo más parecido que había

tenido en estos días, por lo que debía entender que no me quería ir así como así.

En cuanto le expuse mis motivos, Marfield sonrió, mirándome fijamente a los ojos. En el fondo, él necesitaba igual que yo ese merecido descanso. En estos días, él tampoco había tenido el calor de una persona allegada y contar la compañía de German, en el fondo, era un auténtico regalo.

Pasamos la tarde entre risas, juegos y una gran merendola. El día no podía ser mejor, sin embargo, muy a mi pesar, ahora sí teníamos que abandonar aquella casa que tantísimo nos había dado en apenas dos días. Y es que, aunque suene reiterativo, lo importante no es el tiempo, es con quién pasarlo.

—Chicos, ¿por qué no os quedáis unos días? —preguntó Emma muy amablemente.

—No podemos, Emma. Tenemos un montón de cosas que visitar. No llevamos aquí muchos días y queremos aprovechar el viaje al máximo.

—¡Claro! Pero no os olvidéis de nosotros, ¿eh? ¡Podéis volver siempre que queráis!

—Hemos pasado dos días más que geniales, chicos —apuntó German —, muchas gracias por vuestra compañía.

La pareja se despidió de nosotros sonriendo. No paraban de hacerlo desde la puerta mientras agitaban sus manos como símbolo de despedida.

Ambos hablamos de lo sucedido, y coincidimos en que todo fue demasiado rápido; desde que conocimos a Emma y German hasta que nos fuimos de aquella dulce casa, pasaron solo dos días, pero trascurrieron mucho más deprisa que todos los anteriores.

Quizá sea verdad eso que dicen que, cuando te lo pasas bien, el tiempo pasa más deprisa y, por primera vez desde que llegamos aquí, realmente

estábamos pletóricos.

Seguimos recorriendo la isla, con la intención de encontrar el lugar dónde poder encontrar la sexta y última piedra que nos quedaba. Buscábamos por todas partes, cada rincón, cada centímetro de aquella isla, pero todo era inútil. No encontrábamos nada allá dónde íbamos.

Tampoco sabíamos ante quién debíamos enfrentarnos, estábamos demasiado ciegos en este último cometido. Por un momento, tuve las ganas de comunicarme con Kavenski, aunque, en realidad, no sabía cómo hacerlo, pero sentía la necesidad de hablar con él.

—Quiero hablar con Kavenski.

Tragué saliva. Sabía que a Marfield no le harían ni piza de gracia mis intenciones, pero era lo único que teníamos ahora mismo sobre la mesa para poder continuar.

—Pero..., ¿tú estás loca? ¿Cómo vas a hablar con Kavenski?

—Necesito hacerlo. Esa piedra será difícil de encontrar, vale, todos los sabemos, pero, ¿cómo de difícil? ¿Es que vamos a jugarnos la vida de nuevo? ¿Es que esto se basa en ir superando pruebas en las que nos salvamos de una muerte segura?

—No lo sé, Dafne, no lo sé. Me encantaría darte una respuesta, pero no tengo ni idea de qué decirte.

—Exactamente por eso debemos hablar con Kavenski, porque él es el único poseedor de toda la verdad y nosotros necesitamos saberla.

CAPÍTULO 28:

Mi madre me dijo que, cuando quisiera ponerme en contacto con ella, solo debía pensar muy fuerte en lo que ella me transmitía, así que, a pesar de que mis poderes estaban anulados, hice lo mismo con Kavenski. Pensé muy fuerte en él, en cómo podía ser, en su figura, en su esencia. Pensé tan fuerte que hasta los parpados me dolían de cerrarlos con tanta fuerza. Era tal la intensidad que parecía que me iba a salir de mí misma.

No sabía si iba a funcionar o no, ni si saldría de allí con vida o no. Lo único que sí sabía es que iba a hacerlo costase lo que me costase; aunque eso fuese la vida.

Pronto, unas voces retronaban en mi cabeza, tanto que comenzaba a dolerme un poco, pero no le di mayor importancia puesto que pensaba que era producto de la magia. Llevaba mucho tiempo sin ponerla en práctica y era lógico que costaba más de lo normal.

—¿Quién eres y por qué me convocas?

Kavenski ya estaba allí. Su voz no era como esperaba en mi cabeza. A diferencia de lo que pensaba, no sonaba grave, sino que tenía un timbre más suave, de hecho, parecía que susurraba en todo momento.

—Mi nombre es Dafne, ya me conoces, ya sabes qué misión tengo aquí. Lo sabes todo de mí, no hace falta que preguntes por mi identidad, ¿no?

—¿Y por qué me has llamado? ¿Qué quieres?

—Necesito que nos digas dónde está la piedra que nos falta.

Kavenski comenzó a reírse a carcajadas. Sé que sonaba estúpida la

frase que acababa de salir por mis labios, pero debía intentarlo y no podía andarme con rodeos. A fin de cuentas, él ya sabía por qué estaba aquí y no ir al grano hubiese sido un auténtico juego de niños.

—¿Crees que voy a decirte dónde está esa piedra? Eso es algo que tenéis que averiguar vosotros solos, muchachos. Se os tiene que dar todo bien mascado para que os enteréis de las cosas, ¿verdad?

—¡Vale! ¡Está bien! No me digas dónde está la piedra, pero, ¿será peligroso? ¡Eso sí puedes decírmelo!

—Ay, querida —comenzó a reír maquiavélicamente—, ¡claro que será peligroso! ¡Es la última piedra! ¿Qué esperas? ¿Que venga otra Nathalian a dártela así porque sí?

—No quiero jugarme más la vida, ¡Marlfield y yo casi morimos en más de una ocasión! ¿Qué quieres? ¿Matarnos?

Sabía que no podíamos morir. Marlfield y yo ya habíamos estado al borde de la muerte en varias ocasiones, pero nuestros poderes hacían por que saliésemos ilesos de cualquier percance, cosa que Kavenski parecía no haberse enterado.

—¡Bingo! Qué ingenua eres, Dafne.

Comencé a llorar, pero no era de pena sino de rabia. No hay algo que odie más que eso. Ese momento en el que la impotencia puede más que tus ganas de seguir, que tu agonía se apodera de tu cuerpo y que solamente eres capaz de llorar porque no tienes otra salida.

No lloraba por tener que jugarnos la vida, porque, al fin y al cabo, ya estábamos completamente seguros de que saldríamos vivos. Lloraba de rabia por no conocer lo que teníamos que hacer, por no recibir ninguna pista a pesar de pedir las indicaciones con calma. Por no tener una salida, por querer salvarlas de la luna y no poder hacerlo cuando quería.

Mi intención era quemar hasta el último cartucho para poder conseguir

mi cometido: obtener la piedra sin que corriésemos peligro alguno.

—¿De verdad quieres matarnos? ¿Es que no sabes que Lucinda y Gerpelin sufrirían mucho nuestra pérdida? Llevas muchos años a su lado y deberías saber lo que les gusta, lo que no, lo que sinceramente le parece bochornoso.

Tragué saliva e intenté seguir con la línea del discurso. Miré a todos lados mientras hacía la pausa y me di cuenta de que Marfield no estaba allí. Tenía que seguir con el chantaje emocional, sabía que podía funcionarme.

—Quizá, al principio, no estaba en tus planes, pero seguramente has terminado queriéndolas porque han pasado muchos años y son muchos los momentos que has pasado a su lado. No creo que quieras dejarlas sin nosotros, sabes que no serían felices. Eres consciente de que ahora lo son porque saben que, aunque no nos tengan cerca, estamos con vida. En el momento en el que sepan lo contrario, dejarán de ser amables contigo, no te querrán ¡has matado a sus hijos! ¿Crees que alguien podría querer a alguien que hace eso?

Kavenski se mantenía en silencio mientras yo seguía hablando, intentándole convencer de que no podíamos convertir esto en un juego de mata y salva, que debemos conseguir la piedra con esfuerzo, pero evitando que nos tengamos que quitar la vida.

—Jovenzuela, ¿acaso crees que ellas sabrían de vuestra muerte? ¡Nunca les diría nada! Todo seguiría como antes, ellas estarían conmigo y vosotros muertos, ¡como debéis estar! ¡Es el único sitio en el que no molestaréis!

—Mira, puedes hacer lo que quieras, para eso eres el gran dios Kavenski —dije haciendo especial énfasis en su nombre—. Pero que sepas que Lucinda y Gerpelin son las brujas más poderosas de Polin y, si nosotros nos dejamos la vida aquí, lo sabrán. Lo sabrán en el mismo instante que

nuestros corazones dejen de latir. Tú sabrás lo que haces, pero si morimos, nada será igual que antes.

CAPÍTULO 29:

Noté cómo alguien estaba tirando de mi ropa mientras gritaba mi nombre de manera desesperada. La piel me ardía, parecía que estaba en el mismismo infierno y que aquella persona que ansiaba saber de mí no era ni más ni menos que Lucifer.

Sentía mucho, muchísimo calor, algo jamás experimentado hasta la fecha. Los parpados me pesaban y era incapaz de abrirlos. Lo intentaba, le daba órdenes a mi cerebro para que lo hiciese, pero no obtenía respuesta alguna.

—¡Dafne! ¡Dafne, por dios, dime algo!

Abrí poco a poco los ojos, intentando poder ver quién me estaba llamando, aunque con solo su voz, tenía la certeza de que era Marfield.

—Dime —masculle.

—¡Joder! ¡Gracias a dios! —contestó Marfield mirando al cielo—
¡Habías perdido el conocimiento!

—¿Qué?

Me costaba muchísimo hablar. De hecho, por más que quería alzar la voz, no podía hacerlo. De mi garganta solo salían sollozos y susurros, no lograba articular más palabra.

—Me dijiste que querías hablar con Kavenski y de repente, «zas», se te pusieron los ojos en blanco, la piel se puso un tono oscuro y te desplomaste

en el suelo, sin más.

Intenté recordar todo lo que me decía Marfield, pero no podía. En mi cabeza, solo estaba el momento en el que le decía que quería hablar con Kavenski. A partir de ahí, ya no recordaba nada más.

—He hablado con él, Marfield, he podido hablar con él.

—¿Cómo? —dijo atónito.

—He intentado convencerle para que la piedra que nos queda no sea tan difícil de encontrar como esperamos. Lo siento, no aguantaba más. Necesitaba saber la complejidad del asunto.

—Pero, Dafne, ¿estás loca? ¡Que nos quiere quitar de en medio, no hace falta tener altos conocimientos para saberlo!

—Marfield. No podemos morir, nuestros poderes no nos dejan ¿no te has dado cuenta? Hemos estado al filo de la muerte en más de una ocasión y no hemos muerto. Hemos podido respirar bajo el agua, he sobrevivido al ataque de la dríada y ahora hemos salido ilesos de la gran ola que se ha llevado a Hyenei.

Marfield se quedó callado. Él conocía igual que yo los límites de los poderes, pero, quizá, no se había planteado que podíamos evitar la muerte con ello.

—Sí, vale, no podemos morir, pero ¿eres consciente de que si a él se le hubiese puesto en la cabeza la idea de matarte lo hubiese hecho? Lo eres, ¿verdad?

Asentí mirando al suelo. Quizá sí, era una locura lo que acababa de hacer, pero ¿y qué? Tal vez Kavenski sí podía quitarnos de en medio cuando a él se le antojase, pero he salido viva de aquella conversación. Hay que pensar en lo que sí pasó, no en lo que podría haber pasado.

Tenía la certeza de que en esta piedra no iba a estar en juego nuestra vida, que no íbamos a tener ese miedo por cómo salir de allí. Ya hemos

pasado suficiente con las anteriores criaturas, no se iba a repetir de nuevo. No quería que se repitiese la angustia que vivíamos cuando teníamos que escapar de alguna de ellas.

Marlfield y yo estábamos callados. Yo seguía sentada en el suelo, mirándolo como si fuese lo último que iba a hacer en ese momento. Él estaba de rodillas frente a mí, mirándome, como siempre hace, con esa mirada tan penetrante.

Cada uno estaba concentrado en lo que tenía entre manos, tanto que no nos dimos cuenta de que una chica pequeña se había acercado a nosotros hasta que me tocó levemente el hombro derecho.

Levanté la mirada y la centré en sus ojos rosas; era la primera vez que veía a una chica así, con los ojos de esa tonalidad. Su pelo tenía un ligero toque naranja, como ese bello color que se pone en los atardeceres que son dignos de fotografiar.

No dijo nada, parecía que estaba esperando alguna respuesta por nuestra parte, así que, tomé la iniciativa y fui la primera en entablar una conversación, rompiendo el hielo con un simple «hola».

—Me llamo Elyxir y vengo en nombre de Kavenski. Podéis estar tranquilos, no soy Estrlyn. Conozco de ella porque todos los hijos de los astros tenemos contacto, pero no debéis preocuparos. Vengo a entregaros esto.

De su espalda, sacó una preciosa ágata envuelta en un tejido de seda de color negra. Me quedé paralizada, mirando aquel tesoro que Elyxir nos entregaba, tanto que no fui capaz de cogerla.

Marlfield actuó en mi lugar y, rápidamente, sacó la caja dónde las guardaba todas para poder ponerla en su lugar. En ese hueco que tanto ansiábamos rellenar.

A pesar de que ya teníamos las seis piedras en nuestro poder, no era

capaz de articular palabra. No me creía que mi discurso hubiese surtido efecto en la consciencia o en lo que tenga Kavenski.

—También me ha dado esto.

Del bolsillo de su pantalón, extrajo un trozo de papel morado. Aun estando doblando se podía ver que tenía algo escrito, pues la tinta se transparentaba al otro lado, pero no podíamos leer desde fuera qué ponía.

Abrí el papel con mucho cuidado de no romperlo, paralizada por el hecho de saber que teníamos las seis piedras y que ahora nuestra misión era encontrar a Kavenski, luchar con él y llevar a las chicas a Polin.

Querida Dafne:

En esta nota, solo me dirijo a ti. No sé si es que tus palabras han hecho que me plantee cosas que antes no había hecho. De cara al público, siempre he sido un dios muy bueno, el mejor diría yo. Siempre he procurado que los habitantes de Moonet tuviesen lo mejor por mi parte, pero todo cambió un día. Te lo contaré con la única condición de que no le digas nada a Marlfeld. Esto quedará entre tú y yo.

No soy un dios cualquiera, a esa conclusión habrás podido llegar sola. Tengo una figura humana, no soy un ser espiritual e intangible. Puedes verme, tocarme y puedo presentarme en Moonet cada vez que me viene en gana. Sé que puede sonar un poco raro, pero aquí las cosas no son ordinarias; de hecho, no me gusta lo ordinario.

Tras varios años unido a la diosa Ferlands, concebimos a nuestra primera y única hija, Martian. Martian era la chica más guapa que jamás había visto. Tenía el mismo color de ojos que su madre y su pelo era tan sedoso como el trozo de tela que Elyxir te ha dado de mi parte.

Ferlands murió al poco tiempo de nacer Martian. No pudo disfrutarla como es debido. Éramos una familia feliz, la mejor podría afirmar, pero todo se paralizó con la muerte de mi amada, la mujer a la que más he querido en

todos los años que tengo. Me quedé solo y desamparado con Martian. No sabía cómo actuar en muchas ocasiones, no solo era padre primerizo, sino que, además, tenía que afrontarlo solo, sin ninguna ayuda.

No tenía la misma capacidad que tú tienes con tu abuela para verla cada vez que yo quería. Mis poderes no tenían esa competencia y una vez que murió, no pude disfrutar de ella.

Quince años más tarde, cuando Martian gozaba plenamente de su pubertad, falleció en mis brazos. La reberien acabó con ella. Es una enfermedad sin cura que ataca al corazón, debilitándolo poco a poco y que coagula la sangre hasta llegar al punto de obstruir toda vena o arteria del cuerpo del afectado.

Desde aquel día, me convertí en este dios que conoces: un ser despiadado y sin escrúpulo que lo único que desea es la muerte de cualquier ser que se acerque a él sin que este quiera.

Lilian llegó aquí por error. Estaba jugando con los libros de su madre cuando leyó en voz alta las palabras para teletransportarse aquí. No creas que me siento orgulloso de lo que hice, pero necesitaba cubrir el vacío que Martian y Ferlansd habían dejado.

Me acerqué a ella y entablé una de las conversaciones más dulces del planeta. Necesitaba que confiara en mí y no pensase en nada más, así que, le borré la memoria. No me siento orgulloso de ello, he de admitirlo, pero era eso o quedarme de nuevo solo ante el peligro.

Ella era un alma que anhelaba protección y yo otra que estaba dispuesto a entregarle todo lo que me pidiera.

Los días pasaron y nuestra relación era cada vez más buena. Me consideraba su padre, su salvador, y yo no podía estar más orgulloso de ello. No era lo mismo que tener a Martian, pero, por lo menos, la tenía a ella.

Cuando Lucinda y Gerpelin llegaron a Moonet, mi cuerpo temblaba

cual flan. Tenía miedo, miedo de que me separasen de Lilian, de que todo volviese a la normalidad. De que al final, Lilian fuese consciente de todo lo que yo había hecho con su memoria y con ella.

Te preguntarás si cambié mi forma de ser con la llegada de Lilian y la respuesta es negativa, no lo hice; de hecho, a día de hoy sigo igual. Ahora estarás preguntándote, entonces, por qué me quedé con ella y yo te respondo que mejor con ella que sin su dulce voz.

Lucinda y Gerpelin eran dos mujeres muy poderosas, y digo eran porque ahora mismo, al igual que vosotros, tienen los poderes anulados. Son dos simples mortales, como cualquier persona en Moonet. No tienen ningún tipo de privilegio que las haga diferentes al resto.

Noté que perdía a Lilian. El poder de ambas podía con el mío; es más, eran mucho más potentes que el que yo disponía, así que tuve que hacer conocida a Lilian de la situación; le dije que aquellas chicas iban a separarme de ella y, como hija mía que considero que es, luchó hasta el último segundo para que no fuese así.

Ahora mismo, los cuatro habitamos en un sitio que no puedes ver y que nadie conoce, pero te prometo que estamos bien. No voy a arrebatarte la posibilidad de luchar por ellas, porque entiendo el sentimiento de pérdida que soportas, pero entiendo que voy a pelear hasta el último segundo para que se queden conmigo.

Sabiendo todo esto, ahora espero que no mueras en el intento, pero inténtalo y recuerda que el camino es el único que te dará las pistas necesarias para poder volver a entablar relación conmigo y con las chicas.

Kavenski.

Muchas preguntas rondaban por mi mente y no sabía que preguntar primero. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ha comparado a Ferlands con mi abuela? ¿Acaso mi abuela no es real? ¿Por qué no ha mencionado nada de la memoria

de mi madre y la de Gerpelin

CAPÍTULO 30

Muchas preguntas y pocas respuestas.

Apreté los puños más de lo que yo misma pensaba que podía. Me daba rabia no poder comentarle nada a Marfield de lo que había leído del puño y letra de Kavenski.

En el fondo, era una persona normal que, por un gran palo que le había dado la vida, había cambiado su manera de ser. A pesar de que sonaba demasiado cliché, es cierto que en muchas ocasiones no sabemos cómo afrontar el dolor de una manera diferente y terminamos poniéndonos una coraza que nos impide ver más allá de lo que nosotros mismos queremos o podemos.

Sin embargo, por mucho que Kavenski hubiese pasado por eso, iba a luchar, no solo por mi madre, sino también por Lilian, Gerpelin y Marfield. Todos se merecían estar en Polin y este último, estar con su madre de una vez por todas.

—Vaya carita tienes..., ¿qué has leído?

—Por tu bien y por el mío, te aconsejo que no hagas esa pregunta, por favor. De verdad, me encantaría decírtelo, pero no puedo hacerlo, y si hay algo que me jode ahora mismo es eso, no poder compartir contigo la información que tengo en mi poder.

Marlfield enarcó una ceja. No era consciente de la importancia de los datos que yo ahora conocía. No quería que me insistiese, pues no sabría con seguridad si podía ser capaz de aguantarme.

—Por favor, dímelo...

—Marlfield, no. No solo tú estás en peligro, estamos todos, ¿entiendes? No puedes insistirme más o, de lo contrario, terminaré desembuchando todo y no es lo que debo hacer.

Marlfield miró hacia el suelo, aceptando que no podía ser conocedor de lo sabía y yo, en el fondo, se lo agradecí enormemente porque no quería que las vidas de las chicas pendiesen de un hilo, más incluso que las nuestras.

—Seguiré tu consejo, pero que sepas que me muero de ganas por saber qué esconde ese trozo de papel.

—Déjalo ya, ahora tenemos una nueva misión. Tenemos que saber qué tenemos que hacer ahora para invocar a Kavenski.

—¡Pero si eso ya lo sabes! Has hablado con él, solo tienes que hacer lo mismo de nuevo, Dafne.

—Creo que las cosas no son tan fáciles como tú piensas, Marlfield. Cuando yo hablé con Kavenski no lo vi, solamente escuché su sorprendente y dulce voz. Para poder salvar a las chicas debemos verlo, tanto a él como a ellas, o, por lo menos, eso creo yo.

Según me había dicho en la nota, el camino iba a darnos todas las respuestas a las preguntas que teníamos en mente, así que le hice conocedor a Marlfield sin que supiera que me había enterado por Kavenski de que debíamos seguir el trayecto que nos deparaba para encontrar lo que andábamos buscando.

Pero, tan rápido como lo dije, me quedé pensando. Kavenski no especificó, solamente indicó que el camino me daría las respuestas, pero no teníamos un destino ahora mismo. Poseíamos todas las piedras y no debíamos

ir a ningún sitio más.

—¿Qué camino tenemos que seguir? —preguntó.

—No lo sé, pero vamos a caminar. Hazme caso, por favor, debemos caminar, aunque no tengamos un rumbo fijo.

Marlfield asintió, todo se lo estaba tomando mejor de lo esperado. Lo conozco, sabía que le gustaban las cosas aquí y ahora, y en ese momento no podían darse como a él le gustaban.

Como teníamos planeado, anduvimos sin saber a dónde teníamos que ir, sin embargo, no tenía miedo de hacerlo. No tenía miedo de perderme o de que una criatura me atacase. La carta de Kavenski me había dado confianza y un gran soplo de esperanza, aunque no fuese ese su cometido.

Estuvimos investigando toda la tarde, pero caímos rendidos en una gran roca cuando nos paramos a descansar. Nuestra intención era seguir buscando de noche, aunque careciésemos de luz natural, pero el cansancio pudo con nosotros y terminamos rápidamente en los brazos de Morfeo.

ppp

El día siguiente se hizo más que tedioso. No encontrábamos las pistas suficientes para invocar a Kavenski en ningún sitio. Estábamos cansados de andar, sin obtener resultado alguno. Los días se hacían demasiado largos porque no encontrábamos a nadie por la zona.

Lejos de hallar gente, como hasta el momento habíamos hecho, incluso en esta isla, ahora era todo flora y fauna lo que nos rodeaba, por lo que teníamos bastante complicado salir de allí con algo de información ya que, hasta ahora, las ardillas no habían hablado con nosotros.

—Dafne, no hay salidas. No vamos a encontrar lo que estamos buscando, ¿es que no te das cuenta?

—¿Por qué dices eso?

—Porque llevamos casi dos jodidos días sin encontrar nada. Estamos

como dos tontos buscando algo que ni siquiera sabemos que es.

—Relájate, por favor, relájate. Vamos a encontrar lo que estamos buscando, aunque no sepamos muy bien el qué. Vamos a encontrarlo, te lo prometo.

CAPÍTULO 31:

Ya habían pasado dos días y seguíamos sin encontrar nada que nos ayudase a invocar a Kavenski, aunque no perdía la esperanza por encontrarlo pues sabía que antes o temprano podría dar con ello, aunque Marfield pensase todo lo contrario.

Intentamos usar nuestros poderes de nuevo, pero tal y como esperábamos, no obtuvimos resultado. No sabíamos el motivo de nuestra anulación, pero pronto terminaríamos por enterarnos de aquello.

Tras una intensa tarde de indagación, no pudimos dar el día por satisfecho. Ansiaba tener el libro de madre para saber qué palabras teníamos que decir para contactar con el dios de la luna, pero desgraciadamente y por descuido mío, no lo teníamos.

—¿Crees que en el libro de mi madre podríamos encontrar alguna pista? —pregunté.

—Pues seguramente, pero eso es algo que nunca sabremos porque no lo tenemos aquí. Tampoco sabemos de qué manera podemos encontrarlo.

De repente, se me encendió la bombilla que daría pie a encontrar lo que tenía entre manos. Solo cuando nuestra vida había estado en riesgo, fuimos capaces de tener los poderes a nuestra entera disposición, por lo que solo tendría que poner mi vida en peligro de nuevo para tener mis poderes e intentar hablar con mi madre.

Miré a todos lados buscando algo con lo que hacerme daño. Rápidamente, encontré en las raíces de un viejo roble una robusta rama que

sin duda me haría más daño de lo que cualquier otra cosa podría hacerme.

—Marlfield, necesito que me claves esto.

—¿Te has vuelto loca o qué? ¿Cómo voy a hacerte eso?

—Marlfield, es necesario. Solo tenemos poderes cuando nuestra vida está en juego. Es la única forma que tenemos de encontrar la manera de llamar a Kavenski.

—De ninguna manera. Si alguien tiene que poner su vida en peligro, sin duda soy yo, no tú.

—No te enfades, pero..., tengo información que puede ser de utilidad en la comunicación; información que, te recuerdo, no puedo revelarte. Será mejor que lo haga yo y así poder manejar todo lo que sé en contra o a favor de lo que nos venga. Recuerda que no me hará daño, simplemente sentiré lo que haces, nada más.

Marlfield me miró apenado. Supongo que para él tampoco era fácil hacerme daño así como así. A pesar de las adversidades, no podíamos negar que sentíamos algo, por muy poco que sea, el uno por el otro.

Le hice entrega de aquella rama mientras que, con mis ojos, le pedía que no tuviese piedad y que la clavase en mi cuerpo sin pensárselo dos veces. Él la cogió, pero apenas pudo intercambiar conmigo más que una mirada y, aun así, ese gesto ya le costó bastante.

Poco a poco sentí cómo aquel trozo de árbol penetraba suavemente en mi piel. Sentía cómo se iba introduciendo en mi cuerpo, sin anestesia, sin aviso y sin objetar negación, pues ambos sabíamos que era la única manera de conseguir lo que queríamos.

La corteza era demasiado gruesa y eso molestaba. Podía percibirlo a medida que los vellos de mi torso se erizaban, no solo del frío, sino del escalofrío que habitaba en todas las partes de mi cuerpo.

La sangre emanaba de aquella herida como si de una catarata se tratase.

A pesar de que mi visión estaba cada vez más nublada, era capaz de ver borbotones rojos por todo mi cuerpo. En el suelo, había un gran charco de sangre que, seguramente, era de mi mismo torso.

Sin embargo, no me preocupaba. La única manera de encontrar a las chicas y llevarlas a casa era esta, por lo que estaba dispuesta a pasar por cualquier contratiempo si eso las traía de vuelta.

Para mi tranquilidad y la de Marfield, no sentía ningún tipo de dolor y así se lo hice saber mediante una amplia sonrisa. Tal y como suponía, mi vida corría peligro y los poderes iban a funcionar, es por eso por lo que no sentía dolor alguno y podía seguir con vida a pesar de la herida tan grande que mi compañero y amigo me había provocado.

Sin esperarlo, mientras divagaba por mis pensamientos, alguien vino a apagar la luz. Al momento me di cuenta que no había luz que valiese, pues estaba al aire libre. Sencillamente, o el sueño había podido conmigo o Kavenski estaba detrás de esta ida de conocimiento.

CAPÍTULO 32:

Me hallaba tirada en un camino largo, rodeada de altos y frondosos árboles. La neblina impedía cualquier tipo de visión. No podía ver ni percibir nada, solo había niebla en todo sitio al que dirigía la mirada.

No conseguía ver con claridad; por mucho que me esforzaba, todo intento resultaba inútil. Me pregunté una y mil veces dónde me encontraba, cómo había llegado a ese lugar en concreto y por qué estaba sola en aquel sitio.

Me levanté, apoyando las palmas de mis manos en unas grandes rocas que provocaron unas leves heridas en ellas, aunque poco me importaron. Me sacudí el sucio pantalón que tenía desde hace días puesto y moví rápidamente los brazos para retirar cualquier resto de arena que quedase en ellos, mas la suciedad seguía estando ahí.

Deambulé por el camino, despacio, apreciando todos y cada uno de los detalles que había a mi alrededor. Los árboles eran tan altos que ni levantando la mirada era capaz de ver la copa del mismo en su totalidad y los troncos eran tan gruesos que necesitaría a cuatro personas como yo para poder rodearlo al completo.

No había animales salvo algún que otro pájaro y no, no lo sabía porque lo hubiese visto sino porque podía escuchar sus cantos desde cualquier parte, donde fuera que estuviera. Observé el suelo una y otra vez, pero era imposible divisar hasta una simple hormiga.

No lograba comprender por qué estaba aquí. Sabía que Marlfield me

había clavado en el tórax la rama porque yo se lo había pedido, pero no alcanzaba a entender el motivo de haber aparecido este sitio y no otro.

Un ligero movimiento en uno de los arbustos hizo que girase rápidamente mi cabeza hacia ellos, para prestarle total atención a aquello. El miedo recorría todo mi cuerpo, hasta el último centímetro. Me encontraba sola ante el peligro y no sabía qué podía esconderse detrás de aquel matorral.

—¿Quién anda ahí?

Esperé en silencio a que alguien me hablase o respondiese a la pregunta que había lanzado al aire, pero no obtuve respuesta alguna, a excepción del silencio que ya consideraba propio de allí. Retomé el paso, supuse que sería un poco de aire o algún animal que aún no había descubierto que vivía allí, así que no le presté más atención de la que debía.

Seguí mi camino, sin rumbo fijo, hacia no sabía dónde. Estaba muy perdida y quería encontrar la salida pronto para saber cuál era mi cometido aquí. De nuevo, un matorral próximo a donde me encontraba se movió. Ahora no era el viento, pues no corría ni pizca, ni tampoco un animal porque el movimiento sería más leve.

—No tengo miedo de nada, puedes salir de ahí, pero, por favor, hazlo ya si no quieres que muera de un infarto.

—Nunca podrás morir aquí de un infarto si tienes tus poderes, querida —contestaron al otro lado.

—¿Perdón? ¿Me conoce?

—Más de lo que piensas, claro que te conozco. Por eso te digo que no puedes morir de un infarto. Como bien has supuesto, tus poderes siempre estarán ahí para salvarte la vida en cualquier momento y circunstancia, incluso cuando están totalmente anulados.

—¿Cómo sabes que tengo poderes? —pregunté—. ¿Eres Kavenski?

Escuché una risa al otro lado, poco propia del dios de la luna. Ya había

hablado anteriormente con él y sabía de qué manera sonreía. Inmediatamente me di cuenta de que esa voz me resultaba familiar; mucho, diría yo.

—Pero ¿cómo he sido tan tonta? ¿Mamá?

De detrás del matorral, una joven bellísima y de estatura media dio la cara. Llevaba un vestido verde pistacho con unos dibujos en un tono más oscuro. El cuello del vestido parecía un triángulo invertido, de manera que le realzaba su pecho y sus huesudas clavículas.

La miré a los ojos conteniendo el llanto. No quise acercarme, pues me acordé de que Estrlyn podía tomar la forma que quisiera, cómo y dónde quisiera, y que estaba aliada en cierta manera con Kavenski, así que no quería jugármela; esta vez no era la vida, eran mis sentimientos.

—Pequeña, acércate, soy mamá.

—¿Cómo sé que eres ella y no una simple persona convertida?

—Cariño, no seas incrédula. Te prometo que soy mamá. ¿Te acuerdas que hablamos cuando fuiste al cementerio? Eso es algo que solo puedo ver yo...

—Si eres mamá, ¿por qué no me habías dicho que abuela estaba muerta?

Mi madre me miró atónita, con los ojos abiertos como platos, tapándose la boca con la mano derecha y con lágrimas en los ojos. Del mismo llanto, terminó tirándose de rodillas al suelo, manchándose todo el vestido de la misma arena que sacudí hace un rato de mi ropa.

Había adoptado una especie de posición fetal, pero sin que el cuerpo tuviese contacto con el suelo. No podía parar de llorar y yo era incapaz de consolarla en un momento como este. No sabía si lloraba porque al fin me había enterado de la triste noticia o porque acaba de ser conocedora de la muerte de su madre.

Yo no lloré cuando leí la insinuación de puño y letra de Kavenski de

que mi abuela no estaba entre nosotros. Siempre había sido una chica a la que le costaba expresar sus emociones y sentimientos. Lloraba con mucha facilidad, pero siempre terminaba siendo por cosas sin importancia.

Cuando me enfrento a algo más trascendental, siempre me cuesta romper en llanto. El shock es mayor que cualquier lágrima que pudiese salir. Digamos que, a fin de cuentas, era muy diferente al resto de los mortales y no solo por mis poderes otorgados, sino también por la manera que tenía de afrontar las cosas

CAPÍTULO 33:

Esperé que mi madre se recuperase para poder seguir hablando del tema que me incumbía. Aunque no era consciente del tiempo, tardó mucho más de lo esperado, pero tampoco tenía prisa y podía esperarla.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme algo?

Me mostraba un poco desafiante, pero me parecía injusto que, tras haberla visto en otra ocasión, no me hubiese comentado aquello tan importante para mí.

—Abuela murió hace mucho tiempo. De hecho, fue antes de que yo viniese aquí a la luna. Sé que cuando nos vimos por primera vez tendría que haberte dicho la verdad, pero estabas tan emocionada con verme que no quería aguarle la fiesta.

—Pero entonces, ¿con quién leches he estado viviendo tanto tiempo?
—chillé más que pregunté.

—Sola, Dafne, sola. Siempre has ido hablando de abuela por el pueblo y te han tomado como la loca de Polin. Como ya te dije, allí todo el mundo tiene habilidades especiales, pero solo tú y Marfield tenéis más competencias que cualquier mortal. Algunas personas te han seguido el rollo, tanto que incluso han creído tu propia historia y piensan que, de puertas para dentro, vives con una anciana inmortal tan dulce como un buen pastel, pero no es así.

Madre hizo un inciso para llorar desconsoladamente mientras se levantaba del suelo con un poco de dificultad, pero no la ayudé. Estaba completamente en shock para hacerlo.

—No te enfades conmigo. He vivido todo este tiempo con la angustia de saber si vas a llegar bien a casa, si vas a poder mantenerte como deberías...

—Pero vamos a ver, mamá..., te fuiste antes de que yo cumpliera un año, ¿verdad? ¿Cómo he podido mantenerme si no era autosuficiente?

—Corazón, ahora tienes veintiséis años. Cuando te dejé en aquella casa, sola, tenías diecisiete. Me encargué de que Kavenski te borrara la memoria, por eso no tienes ningún recuerdo conmigo.

—Pero... Yo tengo recuerdos de abuela siendo yo pequeña... y... Marlfield, Marlfield pudo verla igual que yo.

—Dafne, todo es obra mía. Me encargué de que Kavenski borrara cualquier recuerdo a mi lado e impusiera unos nuevos. Tienes recuerdos con abuela porque tenías el poder de verla en todos sitios al igual que Marlfield, por eso él también podía verla. Antes de partir, me decías que hablabas con ella; de hecho, había una habitación con una cama vacía donde tú pensabas que dormía, sin embargo, no era habitada por nadie.

Corrí, corrí como si no hubiese un mañana, dejando a mi madre allí sola y desolada. No podía concebir toda la información que había recibido en tan poco tiempo. No podía ser verdad todo lo que mi madre me había contado.

—¡Tienes que decir las mismas palabras que utilizaste para venir a Moonet! —vociferó mi madre a los lejos, aunque no me giré ni a darle las gracias.

Necesitaba estar sola, con mi dolor, conmigo misma. Así como poca gente comprende que hay que estar en más de una ocasión. Hablándome a mí misma, dándome apoyos, ánimo, porque a pesar de todo, siempre te tienes a ti.

CAPÍTULO 34:

Frené en seco cuando me di cuenta que correr no me servía de nada porque ni siquiera sabía dónde estaba. No sabía volver a Moonet con Marlfield ni tampoco qué me depararía el estar aquí.

Gracias a madre, ahora sabía cómo invocar a Kavenski, o cómo debía ponerme en contacto con él para salvarlas de la luna, mas me era inviable conocer la vuelta a Moonet. Solo me quedaba la esperanza de volver a encontrarme con madre para preguntarle cómo podía volver con Marlfield.

En el fondo sabía que no me había comportado bien. Por mucho daño que una madre haga, no se le puede tratar como yo lo he hecho, pero tenía que reconocer que me habían herido sus palabras.

No lograba entender cómo había sido capaz de hacer algo así y dejar que me tomaran por loca en Polin o incluso permitir que viviese sola por el simple hecho de salvar a Lilian de la luna. ¿Cómo fue capaz de dejarme desamparada por aquella misión sabiendo que no tenía con quién quedarme por estar sola?

Por mucho que lo intentaba, no podía llegar a comprender qué llevó a madre dejarme sola por tal cometido. No tenía hijos y a este paso no sabía si los tendría, pero en el caso de que los tuviese, no me veía capaz de dejarlos solos y desamparados por una persona ajena a mí que nada me importe.

Retrocedí sobre mis pasos para volver al lugar donde me encontré con madre, rezándole a todos los dioses volver a encontrarla, pues su sitio no es

este ¿o sí? Tampoco sabía dónde vivía Kavenski, pero si me había dicho las palabras que tenía que decir para llegar hasta él, no creía que madre debiera estar aquí.

Miré a todos sitios, prestando atención en cada detalle para comprobar si madre estaba por algún sitio, pero no encontré nada que me sirviese de ayuda, por lo que continué andando sin cesar, pensando en qué estaría haciendo Marfield y dónde estaría verdaderamente mi cuerpo en aquel momento.

—¡Mamá! —vociferé. Necesitaba ponerme en contacto con ella, aunque no estaba segura de que ella quisiese después de lo ocurrido.

—Querida, has vuelto...

Madre salió de detrás de unos matorrales. Parecía que le gustaba esconderse ahí como si de un animal se tratase.

—Tengo varias preguntas. La primera: ¿dónde está Gerpelin? Quiero llevarle información a su hijo sobre el estado de su madre.

—Gerpelin está con Kavenski. Eres tú la que ha llegado hasta aquí y por eso me he personificado yo; si lo hubiese hecho él, sería ella la que estaría aquí. Está bien, todas estamos realmente bien. No nos tratan mal, pero a veces tenemos ganas de salir de allí.

—Y ahora, lo más importante: ¿cómo salgo de aquí?

—Si quieres, puedo hacerte salir de aquí en un santiamén, ¿es lo que deseas?

—Por favor, mamá.

Madre se acercó a mí y, sin esperarlo, me rozó el brazo con especial énfasis, haciendo presión en el codo. Por defecto, mis ojos se cerraron y

divisé de nuevo la colonia de mariposas que vi hace unos días acudiendo a mí.

Sentí cómo se posaban sobre mi suave y tersa piel sin hacerme daño alguno. Intenté esquivarlas, pensando que saldría malherida, pero ocurrió todo lo contrario, cuidaban de mí y me sentía arropada.

Algunas se situaban sobre mis hombros, mientras que otras sobrevolaban mi estómago de una manera casi mágica. Me dejé llevar por el momento, sin pensar en cuáles serían las consecuencias y si es que las había.

—Dafne, ¿estás bien? Dime que sí, por favor...

Quería decirle que sí, pero no podía contestar. Mi garganta no era capaz de emitir ningún tipo de sonido y eso me asustaba, pues no sabía por qué no podía hacerlo. Estaba en la misma situación que la otra vez.

—Dafne, ¿puedes oírme?

—Sí —susurré. No era capaz de emitir un sonido más fuerte.

—¿Puedes explicarme qué has hecho ahora? Entre una cosa y otra, estás más tiempo en otro mundo que en el nuestro.

—Es... es la única manera de conseguir las cosas...

—¿Cuánto tiempo vas a estar diciéndome lo mismo? ¡Estoy cansado de que me digas eso!

—¿No te das cuenta de que...?

—¿De qué, Dafne? ¿De qué debo darme cuenta? ¿De que esto a fin de cuentas parece que no compensa? ¿Que no sabemos cómo sacar a las chicas de allí? ¿Que estamos solos ante el peligro?

—Sé cómo llegar a Kavenski y tengo un mensaje de tu madre.

CAPÍTULO 35:

Marlfield se quedó allí inmóvil; parecía inerte, esperando que yo le diese las respuestas que tanto ansiaba escuchar, pero no era capaz de decirlas en ese momento. Necesitaba descansar y pareció entender a la perfección el tiempo que me hacía falta.

Al cabo de unos minutos, intenté hablar y esta vez sí pude contarle todo lo que debía.

—Me he encontrado con mi madre, me ha dicho que la tuya está bien y que tiene muchas ganas de verte de nuevo —mentí. Necesitaba que todo estuviese en calma.

Marlfield tenía lágrimas en los ojos. No podía aguantar la emoción de saber algo de su madre, aunque fuese poco lo que supiese. De repente, me sentí mal, me sentí mal por haberle mentido, pero era la única vía para mantener la calma.

—Y lo mejor de todo esto es que sé cómo ponernos en contacto con Kavenski. Solo tenemos que decir las palabras que dijimos para venir aquí, me lo ha dicho madre.

—¿Cuáles eran las palabras? —preguntó.

Oh, Kavenski, ven a mí.

Aquí está mi alma, para que la tomes, para que la lleves a la luna.

Aquí está mi cuerpo, para que lo tomes, para que lo lleves a la luna.

Oh, dios Kavenski, ven a mí, llévame.

Recité en voz alta las palabras que mi madre me dijo hace tiempo para poder venir a Moonet en voz alta. Supuse que debíamos hacerlo los dos a la vez, de la misma manera que hicimos para venir aquí.

—¿Cómo te acuerdas de las palabras si la primera vez las recitamos mal?

—Pues..., no sé, Marlfield. Supongo que de las cosas importantes, uno nunca se olvida, ¿no?

—¡Pero si la primera vez no te acordaste y hacía nada que lo habías escuchado! —rio.

—Oye, ¡que ya lo has dicho! —Sonreí—. Lo importante es que ahora sí me acuerdo.

Le cogí de la mano. Era el momento; era ese momento que ambos estábamos esperando desde hace unos días: el primer beso, la primera toma de contacto que nos uniría como algo más que amigos, pero ¿realmente podía hacerlo?

Lo miré como nunca antes lo había mirado, ahora su sonrisa me parecía diferente, más dulce, más tierna.

Entre una cosa y otra no nos había dado tiempo a expresar nuestros sentimientos con claridad, a mostrar lo que verdaderamente era el amor. No nos había dado tiempo a compartir momentos juntos, esos que cualquier pareja tiene, quiere y desea.

Por muchas vueltas que le daba, no podía entender cómo había podido llegar a sentir algo por él sin haber entablado ningún tipo de relación más allá de la que nos pertenecía. Lo único que sabía era que cuando su vida corría peligro, también lo hacía la mía.

Estaba segura de que cuando sentí entre mis manos su inerte cuerpo, mi corazón dio un vuelco más grande que mi propio ser. Nunca había sentido esta sensación y es que Marlfield había conseguido, con pocas palabras y

pocos gestos, que sintiese por el algo más que una amistad.

No sabía si era el momento o no, pero lo hice, me acerqué a él y le di un beso que ni yo misma sabía que podía dar. Con amor, con lentitud, con ternura y dulzura, con mucho cariño y paciencia. Ambos sabíamos que no éramos pareja; no éramos absolutamente nada más que dos amigos que sentían algo más y que, por miedo a perder esa amistad, se habían negado a confesar sus sentimientos mucho antes.

—Llevo esperando este momento desde que te vi en la cafetería la primera vez. Llámalo amor a primera vista o simple atracción, pero necesitaba que dieras este paso.

—¿Por qué era yo la que tenía que darlo?

—Porque siempre has sido la valiente, la chica fuerte del grupo, la que tiene un par de ovarios para enfrentarse a cualquier situación y persona porque nada te oprime y no te da miedo, porque nada ni nadie te hace sentir pequeña.

Cuando terminó de hablar me besó de nuevo, sin dejar opción a que yo rebatiese lo que me había dicho.

—Dafne, no quiero que tu vida corra peligro más veces, no puedo permitirme perderte, no puedes irte de mi vida. No sé lo que va a pasar entre nosotros, tampoco es momento de tomarlo en consideración. Ya lo veremos cuando vayamos a Polin, pero ahora mismo tengo claro que no quiero que te marches nunca.

Sin esperarlo, cerramos los ojos por inercia. No fuimos capaz de resistirnos y nos dejamos llevar por el momento que acontecía.

CAPÍTULO 36:

Nos quedamos un rato callados, así, disfrutando del momento, disfrutando de lo que la vida nos estaba regalando a ambos. No quería separarme de él, pero debíamos hacerlo para poder seguir con lo que teníamos que hacer.

—Marlfield, es el momento de irnos con Kavenski. Ha llegado la hora de salvar a las chicas de allí. No podemos pasar más horas aquí, sin hacer nada.

—Pase lo que pase, ten siempre en cuenta que te quiero libre, te quiero fuerte, pero, sobre todo, te quiero viva, Dafne.

—No te preocupes. Tenemos que enfrentarnos a algo que ni siquiera sabemos qué es, pero te puedo asegurar que va a salir a pedir de boca y vamos a traernos a las chicas de allí. En menos de lo que esperas, vamos a estar todos en Polin disfrutando de todo lo que tenemos.

Marlfield asintió y me dio la mano. Soltó la talega que llevaba siempre a cuestas para poder prestar más atención a lo que correspondía. Ambos nos arrodillamos en el suelo y recitamos las palabras que debíamos para poder salir de allí y emprender un nuevo viaje a dios, nunca mejor dicho, sabía dónde.

Al principio, no sentimos nada fuera de lo común, pero al poco tiempo, un haz de luz nos dejó ciegos. No éramos capaces de ver qué pasaba o a quién debíamos enfrentarnos. La misma colonia de mariposas que antes había visto para venir aquí, estaba allí, sobresaliendo de esa luz que tanto ansiaba

saber de dónde venía.

Se posaron sobre mis hombros y volaron alrededor de los de Marfield, y ahí fue cuando nos miramos y nos dimos cuenta de la conexión mental que teníamos a pesar de las circunstancias. Sus ojos me tenían nublada. Ya no sabía si era la luz, las mariposas o el conjuro que Marfield podía hacer con un simple cruce de miradas.

Nuestros cuerpos comenzaron a levitar sin previo aviso, pero era suave, lento. Solo nos dimos cuenta cuando dejamos de notar el suelo bajo nuestras rodillas. Aun así, no estábamos asustados, ni nerviosos, simplemente ansiosos por conocer qué nos iba a deparar después de esto, qué íbamos a conocer o a dónde íbamos a ir.

Nos dimos la mano y cerramos los ojos. Sin esperarlo, ambos despertamos en un lugar totalmente desconocido para nosotros. Ante nosotros, teníamos una réplica exacta del castillo Hekenol. Era exactamente igual.

Me acordé de que Kavenski estaba aliado con la madre de Estrlyn y entonces comprendí que, probablemente, ese era el lugar en el que Kavenski se refugiaba cuando estaba en Polin.

Por primera vez desde que estaba aquí, podía ver la luna más grande que nunca. Estaba en todo su esplendor, en luna llena. Su luminosidad hacía contraluz con el gran castillo blanco que teníamos delante que, a su vez, era tapado por frondosas ramas de árboles cercanos.

Vimos unos cuervos con ojos rojos de los que cualquiera podría asustarse. No había lindos animales como los que estábamos acostumbrados a ver; aquello era el lugar más extraño y tenebroso que jamás había imaginado.

Por un lado, parecía un lugar agradable, un lugar en el que pasar un

buen rato admirando su silencio, su flora, su particular fauna, su paz y tranquilidad, pero, por otro, daba miedo hasta el último crujido que la suave brisa que corría provocaba en las ramas de aquellos árboles.

Daba la sensación de que aquellos misteriosos cuervos iban a devorar cada centímetro de tu piel de un momento a otro, sin embargo, no se movían del sitio en el que estaban, mas con sus ojos rojos ya intimidaban.

—¿Y ahora qué? —se atrevió a intervenir Marfield.

No le contesté. En mi lugar lo hizo el grave graznido de un cuervo que pasaba por allí.

Escuché su carraspeo y esta vez me estaba mirado. Necesitaba una respuesta por mi parte a pesar de que el miedo se había apoderado de mi cuerpo hasta tal punto que no era capaz de gesticular palabra.

—No lo sé. Supongo que..., que ya vendrán a buscarnos.

—¿A buscarnos? ¿Cómo si nos fuéramos de vacaciones a la playa y estuviéramos esperando al taxista para que nos lleve al aeropuerto?

—No es momento de bromas, Marfield. Estamos hablando de un tema serio.

—Tan serio como que no sabemos qué narices hacemos aquí parados como dos árboles viejos de estos —dijo mientras apoyaba su mano derecha en un anciano tronco.

El suelo comenzó a temblar y a resquebrajarse. Yo, que carecía de mala suerte, tenía un pie en un lado y otro pie en el otro. Concretamente como en las películas en las que el protagonista es la persona más ágil del mundo y puede saltar sin problema, con la única diferencia que no era tan habilidosa y que saltar de un lado a otro podría costarme unos seis puntos en la cabeza.

—¡Dafne, agárrate a mí! —Marlfield me tendió su mano desde el lado derecho para que la cogiese y así levantar el pie izquierdo del lado que se iba a caer al abismo.

Hice un gran esfuerzo para hacerle caso, pues, por más que lo intentaba, no lograba tocar ni un centímetro de su piel. Él no podía estirarse más y yo tampoco. Tenía como objetivo mirar hacia abajo, mirar las grandes rocas y elegir en cuál me abriría la cabeza.

—¡Marlfield, me caigo!

A pesar de que agarré su mano y parte de su brazo, el trozo de suelo que pisaba con mi otro pie ya había caído y todo mi cuerpo se sujetaba por la fuerza que ambos estábamos ejerciendo.

Todo mi ser colgaba de aquella especie de acantilado que se había formado y, aunque Marlfield me tenía agarrada, no sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar así.

—Dafne, por favor, no me dejes ahora. Pon todo tu esfuerzo en esto, vamos, tú puedes.

Era plenamente consciente de que podía subir. Después de tantas aventuras vividas, esto era un simple juego de niños, pero no todo lo que sabemos que somos capaces de hacer podemos hacerlo.

Resistí unos minutos así, aguantando todo el peso de mi cuerpo agarrándome de la mano de Marlfield, a quien ya se le notaba en la cara que no podía dar más de sí; necesitaba descansar y no podía aguantar mi peso durante más tiempo.

Ahí fue cuando me agarré con todo el ímpetu que tenía, cuando me armé de la fuerza de voluntad necesaria para poder subir sin ningún tipo de esfuerzo, sin ningún tipo de dificultad. Cogí con las dos manos la muñeca de

Marlfield y lo miré a los ojos pidiéndole con la mirada que aguantara un poco más, que solo debía aguantar mi peso unos segundos más.

Las gotas de sudor recorrían su sien y su cara estaba completamente roja de aguantar tanto peso. Puse los pies en el acantilado y le ordené a Marlfield que pusiera toda la fuerza que su cuerpo le permitiese para poder salir de allí.

Cogí impulso con los pies y con ayuda de Marlfield pude subir a la plataforma natural que se había formado en pocos minutos. Mi torso ya estaba por completo en aquel suelo, ahora solo quedaba que mis piernas también lo estuvieran, pero no me preocupaba ese dato pues gran parte de mí ya estaba tocando suelo firme y mi integridad ya no corría ningún tipo de peligro.

CAPÍTULO 37:

Ya habían pasado unas horas desde que esa porción de tierra tomó mejor rumbo. No era consciente aún de lo que había acabado de vivir. Marlfield también estaba en shock, pero lo mío era un poco más traumático. Después de abrirme a Kavenski y de que él lo hiciese también conmigo, no entendía cómo había sido capaz de intentar quitarme de en medio tan fácilmente.

Sí, era cierto que él quería estar con Gerpelin, Lilian y mi madre, pero quien te quiere bien te acompañará, ayudará e intentará comprender cada paso que des a lo largo de tu vida. Si te quiere, te dejará ir, porque una persona debe dejarte libre. No hay nada más bonito que una persona que es libre te elija siempre como su compañero de aventuras.

—De verdad, que yo lo que necesito es ver a mi madre, salvarla e irnos a Polin. ¡No puedo con tanto ajetreo!

—Marlfield, yo tampoco lo quiero, pero no queda más remedio, nos guste o no. Tenemos que luchar, tenemos que hacerlo hasta el último momento, no solo por nosotros, sino por ellas.

—¿No habéis tenido suficiente con lo que acaba de pasar que tenéis que seguir dando la brasa? —Una voz, la de Kavenski concretamente, aunque Marlfield no lo supiese, interrumpió nuestra conversación sin previo aviso.

Preferí no intervenir. Opté por darle la oportunidad a Marlfield de que lo hiciera por primera vez. Yo preferí mantenerme al margen, porque sabía

qué era lo que tenía que hacer en aquel momento.

—¿Quién eres y por qué nos hablas? —gritó Marfield a la nada.

—Quizás puede contártelo tu amiga, ¡pregúntale a ella!

Marfield dirigió rápidamente su mirada hacia mí con la única intención de que le confiara la identidad de aquella voz en off que estábamos escuchando en ese momento.

—Es... Es Kavenski —mascullé.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes ser tan hijo de...? ¿Es que no te vale con intentar matarnos, tener secuestradas a nuestras madres y ponernos pruebecitas de mierda para llegar hasta aquí y que ahora, encima, te rías de nosotros hablándonos en este momento?

—Marfield, cálmate, por favor —dije acariciándole el brazo.

—No me calmo, no ¡no pienso hacerlo de hecho! —contestó despegando su brazo de mi mano, evitando cualquier contacto físico conmigo. Supuse que el enfado que tenía en ese momento con Kavenski podía con cualquier cosa.

Por un momento pensé que había calado a este dios, que lo tenía en el bote, que eso de darle pena y hacer chantaje emocional era útil y facilitaría la entrega de las chicas, pero, visto lo visto, era un simple dios sin corazón que lo único que le importaba era su plena satisfacción, le daba igual que fuese a costa de otros o no, eso era lo de menos.

Para él, lo importante era mirar primero por sí mismo, después también y, por último..., también. Así podía pensar cualquier persona en su sano juicio, aunque ni sabía lo que era realmente, que tenía a tres mujeres recluidas para su plena felicidad.

—Veo que estás un poco alterado, ¿por qué no te relajas?

—¿Por qué no te personas y hablamos las cosas como dos hombres, pedazo de sinvergüenza?

No, no, no. Marfield se estaba dejando llevar por la ira y no era consciente de lo que acababa de decir. ¿Cómo va a pedirle a Kavenski que se personifique en la tierra para hablar con él? ¡Puede aplastarnos con el dedo pequeño del pie!

No obtuvimos respuesta por su parte, por lo que suponíamos que llevaría a cabo la propuesta que mi compañero le acababa de hacer en aquel momento.

Y así fue. Al poco tiempo, un hombre de más de dos metros y medio de altura se plantó delante de nosotros. Casi no podía sentir mi propio pálpito de tan rápido como iba mi pequeño corazón. Me lo imaginaba así; no me pillaba de sorpresa, pero tenerlo delante hizo que me impactase más de lo esperado.

Tenía una gran barba blanca recogida con dos pequeñas cintas simulando dos coletas de niña pequeña. Su ojo era del mismo color que el mío, verde esmeralda, una tonalidad en la que te quedabas prendado cuando llevabas más de un segundo mirándolo fijamente.

Para contrarrestar la belleza de ese ojo, el derecho era totalmente blanco. No tenía pupila, ni iris, ni nada; completamente blanco. Se asemejaba a aquellas veces en las que Sylvia bebía demasiado y volvía su mirada hacia atrás cada vez que le decía que dejara el vaso encima de la barra del pub al que habíamos ido.

Llevaba, además, una vestimenta algo peculiar, pues estaba recubierto de una especie de armadura dorada que simulaba, o era, no lo sabía

realmente, oro macizo. A conjunto con este juego que llevaba en el torso, estaba una amplia corona que fácilmente podía ser un poco más grande que su cabeza, aunque no podía saberlo con seguridad.

En medio de aquella corona había una gran piedra roja y dentro de aquella preciosidad la letra «K» grabada con alguna especie de técnica que a Polin aún no había llegado y mostraba el gran poder que tenía.

—Ahora vuestra vida es muy frágil, la tengo completamente en mis manos. Puedo tumbaros cuando quiera, puedo mataros si ese es mi deseo. Que empiece el juego.

CAPÍTULO 38:

Estaba atemorizada. Demasiado, diría yo. No era consciente del daño que nos podía hacer Kavenski hasta que lo tuve delante de mí. Ya solo con su altura intimidaba todo mi ser, sin dejar escapar ni un milímetro de mi cuerpo. Sabía que nuestros poderes podían salvarnos, pero no tenía la certeza de que ahora, enfrente del dios de la luna fueran completamente eficientes, por lo que comenzaba a temer un poco por mi vida.

Miraba a Marfield extrañada, incapaz de comprender lo que acababa de hacer, en el peligro al que nos había expuesto así porque sí, porque su ira había podido más que mi calma, por, al fin y al cabo, dejarle hablar cuando yo era la que conocía qué tipo de persona se escondía tras esa voz.

—Danos a las chicas. Ahora mismo. Estás tardando.

Kavenski se rio ante la ocurrencia de Marfield. Antes de que acabase la oración, ya sabía que esta criatura iba a reírse en su cara por la gran intervención que acababa de hacer. No habíamos tenido un camino fácil para que ahora él nos diese a las chicas así como así, por su cara bonita.

—Vamos a enfrentarnos en una última batalla, pero te aseguro que será larga. Muchísimo. Dafne, tú no podrás intervenir.

—¿Cómo que no? —chillé más que pregunté—. Puedo hacerlo incluso mejor que Marfield, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé —contestó Kavenski—, por eso mismo no vas a poder participar. Me es mucho más fácil quitarme a tu compañero de un

plumazo que a ti. ¿O es que no quieres dejarle solo ante el peligro porque te has terminado enamorado de él?

—¿Por qué no dejamos el tema de los enamorados para ti y las tres chicas que tienes recluidas a tu antojo? ¿Sabes que eso es un secuestro en toda regla? ¡Y no, no me vengas con tonterías de tu hija y de que llenan un vacío! ¡No me lo creo ni borracha, que te enteres! Si las quisieras como dices, ellas ya estarían aquí, cuidando de nosotros. Si las quieres, déjalas marchar. Si vuelven, es que te quieren, pero si no lo hacen..., nunca te quisieron.

Hacía unos segundos me estaba quejando de que la ira de Marfield había podido con mi calma y ahora, yo había sido un claro ejemplo de lo mismo que estaba criticando. Kavenski sabía muy bien dónde tenía que dar para que saltases a la primera. Así lo hizo con mi compañero y así lo ha hecho conmigo.

—No te equivoques muchacha, quien te quiere nunca se va. Prepárate, a mi hija nadie la menciona en vano —contestó, haciendo especial énfasis en «mi hija».

—Pero..., ¿tiene una hija? —masculló Marfield.

—Ahora no es el momento, después te lo cuento —dije entre dientes.

CAPÍTULO 39:

Kavenski desapareció. En su lugar, aparecieron las tres chicas amordazadas y atadas a unos largos palos como si fuesen a ser quemadas vivas cual brujas. Me quedé anonadada, era incapaz de reaccionar ante la escena que se reflejaba en mis ojos verdes.

De reojo, veía cómo Marlfield corría como un loco a desatarlas para tenerlas con nosotros. Pero por más que corría, nunca llegaba a rozarlas; cada vez que se acercaba un metro, las chicas retrocedían otro.

Ya no sabíamos si nos encontrábamos ante una fantasía, un holograma o que simplemente, Kavenski estaba haciendo de las suyas de nuevo. No pude aguantar más y a pesar de que sentía que no podía mover ninguna parte de mi cuerpo, y que parecía que padecía una parálisis mi fuerza de voluntad pudo más que la otra parte de mí y fue corriendo detrás de Marlfield.

Chillé para que me esperase, pero sus ansias por tener cerca a su madre fueron superiores a mis berridos, por lo que tuve que aumentar mi intensidad y velocidad para poder alcanzarlo.

Cuando lo hice, vi que estaba hastiado, que el cansancio podía con él. Estaba completamente rojo y sudaba incluso más que cuando hace unas horas me había rescatado de aquel imprevisto acantilado.

—No puedo, Dafne, no puedo alcanzarlas.

—Te he visto en la lejanía. Tenemos que luchar, vamos.

Nos miramos, cogimos fuerzas y seguimos corriendo hacia las chicas a pesar de que por más que siguiéramos haciéndolo, se iban alejando cada vez más. En sus rostros quedaba reflejado el miedo por estar ahí, maniatadas, amordazadas y calladas, el miedo por no estar en casa y, en definitiva, por no sentir el amor

Por un momento, dejaron de moverse. Marfield y yo no nos estábamos mirando, tan solo, nos limitábamos a correr sin cesar para llegar cuanto antes a nuestra meta, que ahora sí, se veía más cerca.

Ahora podía ver en sus mejillas el curso que la lágrima dejaba tras su paso. Podía ver cómo les iba limpiando su sucia cara con el paso de cada una de ellas mientras me rompía por dentro por haber desconocido durante tantos años esta situación y pensar que estaban bien en aquel lugar.

Con mucho esfuerzo, llegamos a ellas. Pudimos tocarlas y conocer a Lilian. En el fondo, supimos que estaban bien, porque al menos estaban vivas. Marfield comenzó a desatar la cuerda que tenía su madre en las manos y yo hice lo mismo con la mía.

El nudo era imposible de deshacer. Me acordé de aquella frase que mi abuela me decía de: «no puedes desatar un nudo sin saber cómo se hizo», así que, con sumo cuidado comencé a darle vueltas a aquella atadura con el fin de seguir el recorrido de cada cuerda para poder desasirlas.

—Esto no es tan fácil como pensáis. ¿Os habéis creído que os voy a entregar a las chicas, así como así? ¡Ilusos!

De su espalda sacó algo parecido a un tridente, hecho de oro y con una base de color morada que dejaba ciego a cualquiera que lo mirase. Con él apuntó a las tres chicas y de aquella horca, un rayo de luz salió disparado en una dirección que aún no tenía muy clara. Lo único que sí tenía claro, al cien

por cien, era que las chicas habían desaparecido y no había sido de una manera agradable precisamente.

El suelo que estaban pisando se había desplomado, y ellas se habían ido con él.

CAPÍTULO 40

Ambos nos quedamos petrificados por lo que acabábamos de ver. Suponíamos que Kavenski había montado un numerito para meternos miedo en el cuerpo y que las tres chicas seguían vivas, aunque hubiesen caído de una manera tan trágica y brusca.

—Espero que estén vivas, ¿me oyes? Si no, te las vas a tener que ver conmigo.

Marlfield no era consciente de lo que decía y eso nos ponía en peligro, tanto a él como a mí. No podíamos estar desafiando a Kavenski cada vez que nos diese la gana, porque el hecho de que estuviese personificado no significaba que no fuese un dios. Tenía todas las potestades para hacer con nosotros, con Polin y Moonet lo que le diese la gana y, si no lo hacía, encima debíamos agradecersele por no haberlo hecho.

—Kavenski, no tengas en cuenta a Marlfield. Ya estás viendo que no está teniendo unas intervenciones muy acertadas.

—Eres la reina del disfraz, querida —contestó Kavenski—. Hace un rato sacabas a mi hija y juzgabas el fin por el que yo tenía aquí a las chicas. Vaya, vaya..., y ahora vienes ¿a qué? ¿A justificar a tu amigo para que no te mate? Dafne, corazón, si mueres es porque tú solita te lo has buscado

—¡No tiene por qué ser así! ¿Qué tienen ellas que no pueda darte yo? —preguntó Marlfield—. Llévame a mí, haré todo lo que me pidas, pero deja a las chicas en libertad.

—Otro que cambia de opinión más veces que yo de color de ropa. ¿Es

que no podéis tener una forma de ser un poco más..., definida?

—Por un lado, queremos luchar hasta el final contra lo que venga, sea lo que sea, y por conseguir que nuestras madres estén con nosotros, pero, por otro lado, sabemos de tus competencias y nos rendimos a tus pies a ver si así, por lo menos, podemos conseguir algo —indiqué, casi sin respira

—Pues te adelanto, Dafne, que no vas a conseguir nada. Si puedes llevarte a las chicas de aquí, ya que tu madre no pudo llevarse a Lilian, será porque te lo has ganado, porque has sufrido, te has jugado la vida y lo has hecho mejor que yo, ni más, ni menos. Sé que Marlfield no sabe nada de la carta que te escribí, pero tú, obviamente, sí eres conocedora de ello. Si sabes el motivo por el que te mandé la carta y es que tus palabras calaron en mi corazón, trozo de hielo, piedra o como quieras llamarlo o definirlo.

Asentí y sonreí por dentro cada vez que iba avanzando su discurso. Al final no había sido tan mala idea eso del hablar con él.

—He decidido que, si podéis conmigo, podéis llevaros a las chicas. No voy a utilizar mis poderes para que estemos en igualdad de condiciones. No os confiéis, eso no significa que el trabajo sea fácil, sino al contrario, recordad que sois dos críos y yo tengo más años que vuestro país y el mío juntos.

Podíamos darnos con un canto en los dientes con aquella decisión que había tomado Kavenski. Nos era mucho más fácil luchar contra él si no tenía los mismos poderes o más que nosotros, por lo que no pude hacer más que agradecerle interiormente lo que acababa de hacer por nosotros.

—Aceptamos el trato —dije contundente, mirando a Marlfield.

No me paré a preguntarle si estaba de acuerdo o no, pero sabía a ciencia cierta que pensaba lo mismo que yo, así que tomé la iniciativa de hablar por ambos.

—Nadie ha dicho nada de que sea un trato. Esto es lo que hay, si lo tomas, bien y si no, lo puedes dejar e irte por el camino donde has venido.

—¿Es necesario que vayas por la vida hablándole así a los demás? —
intervino Marfield.

—Cuando vivas tantos años como yo y sepas, de verdad, lo que es la vida, ya sabes dónde estoy. Ven, te sientas conmigo y hablamos de cómo voy tratando a los demás.

CAPÍTULO 41:

Era un alivio saber que podríamos luchar contra Kavenski sin que él usase sus poderes. No podíamos combatir con él en tal desigualdad de condiciones.

Ya habían pasado dos días desde aquel encuentro en los que hemos hecho de todo, menos pensar en la batalla con el dios de la luna. Por fin habíamos conseguido ropa limpia, después de largas semanas, de manos de una chica que andaba por allí practicando la venta ambulante y que nos sorprendió gratamente ver.

Teníamos poco dinero, pero lo que teníamos en el bolsillo fue directo al de aquella amable mujer que nos salvó la vida en aquel momento, pues después de tanto tiempo, necesitábamos, al menos, cambiarnos de ropa interior.

No éramos conscientes de cuándo se produciría la batalla con Kavenski, pero supusimos que sería cuando él quisiese. Como siempre, había que estar a las órdenes y deseos de aquel dios cambiante que nadie lograba entender.

De hecho, hubo momentos durante nuestra larga misión en los que tampoco era capaz de comprender por qué debíamos sacar a las chicas de allí. Ciertamente era que las echábamos de menos, que no podíamos vivir sin ellas y que necesitábamos su compañía, pero según nos contaban ellas y Kavenski, estaban muy bien con él. Entonces, ¿por qué teníamos tantas ganas de sacarlas de allí?

Intuí, en cuanto pude verlas juntas, que no estaban tan bien como decían por separado. No sabía si madre me mentía sobre su estado de ánimo por no preocuparme o porque Kavenski estaba detrás de aquello.

No le di muchas vueltas al asunto, pues vine con una misión y volvería con ella cumplida. Supe que mi única intención era conseguir lo que tenía entre manos. Me daba igual morir en el intento, pero lo que me proponía, lo conseguía, aunque la vida se me fuese en el intento.

Marlfield y yo estábamos deseando que todo se acabase. Queríamos poner punto y final a un asunto que, por ahora, tenía una simple coma. Queríamos volver a la normalidad, recobrar nuestras aburridas y monótonas vidas y, volver a estar como siempre habíamos estado.

—Necesito que todo esto se acabe, no puedo más.

—Yo tampoco, Dafne, pero debemos ser fuertes. Te lo he dicho mil veces, soy un hombre impaciente. Siempre quiero las cosas aquí y ahora y esto me ha hecho ver que hay momentos en los que hay que tener paciencia para que las cosas salgan bien.

—Ya lo sé, Marlfield, pero es que, de verdad, no puedo más. Quiero volver a mi casa y hablar con mi abuela, que no sé si está viva o muerta o qué leñes sé, no sé qué creerme...

En cuanto lo dije, fui consciente de que Marlfield no estaba al tanto de aquella información, pues era algo privado que debía quedarse entre Kavenski y yo. La había cagado, había metido la pata hasta el fondo y ahora no sabía cómo salir.

—¿Que tu abuela qué...?

—Esto es algo que no debería contarte. Por favor, haz caso omiso a lo que acabo de decir y sigamos con la conversación como si nada hubiese pasado.

—¿Cómo quieres que continúe con lo que acabas de soltar por la boca?

¿Qué le pasa a tu abuela? ¿Por qué tienes información de Polin? ¿Está enferma?

—Eh... —balbuceé. Sabía que podría traerme consecuencias, pero ¿qué más daba si le contaba solamente eso? Tampoco creía que afectase mucho a mi vida normal—. Cuando hablé con Kavenski, me insinuó que mi abuela no estaba viva. Más tarde, hablé con mi madre y me dijo que mi abuela no estaba con nosotros, que había muerto hace tiempo...

—¿Y por qué no te crees a tu madre cuando te dice eso?

—Porque lleva años engañándome. Ella ha podido ponerse en contacto conmigo a través de una nota, un mensaje o, de lo que sea, ¡no lo sé!

—Si ella estaba con Kavenski, ¿cómo quieres que te avise?

—Quien quiere busca un medio, y quien no, una excusa.

CAPÍTULO 42:

Había llegado el día. Lo sabíamos por la oscuridad que gobernaba el cielo, porque los pájaros no cantaban y porque el aire que se respiraba en Moonet no era totalmente puro.

Quizá fue porque revelé información que no debía, porque critiqué la actitud de mi madre, provocándole cierto daño a Kavenski o porque simplemente tenía que producirse, pero ahí estaba el día que tanto anhelábamos.

Las nubes obnubilaban completamente la claridad de las alturas, y hacía demasiado frío para la ropa que llevábamos encima, pero no podíamos hacer otra cosa que aguantar el escalofrío que habitaba en nuestro cuerpo y hacía que los vellos se pusiesen como escarpas.

Había llegado el momento que todos estábamos esperando y éramos conscientes de que nos teníamos que enfrentar a una situación muy fea para poder seguir adelante con lo que teníamos entre manos.

Sin esperarlo, escuchamos un fuerte trueno que a ambos nos dejó completamente sordos. El pitido que sonaba en nuestros oídos era tal que no podíamos oírnos entre nosotros. Ambos sabíamos que el otro estaba hablando porque podíamos ver el movimiento de nuestros labios, pero éramos incapaces de saber lo que decíamos.

Las nubes comenzaron a moverse, dejando que un rayo de luz entrase por ellas, haciendo que nuestra esperanza diese saltos de alegría, pues pensamos que, quizá, no era tan malo lo que nos esperaba después de tal

estruendo.

Sin embargo, todo ápice de positividad desapareció cuando vimos que las chicas estaban de nuevo maniatadas y amordazadas como brujas en grandes palos. A diferencia de antes, ahora había una hoguera debajo que, a juzgar por su cercanía, debía estar quemándoles la planta de los pies. No podía mirarlas a la cara; las tres tenían una expresión extraña.

Entreabrían los ojos sin motivo aparente y en alguna que otra ocasión una lágrima emanaba de ellos, manchando sus mejillas y dejando un fino y húmedo rastro por sus caras.

Marlfield y yo nos miramos, también entre lágrimas, con la impotencia de no poder acercarnos a ellas, no por propia voluntad sino porque ya lo habíamos intentado y nuestros pies eran como estatuas que se habían quedado fijas en el suelo.

Claro que no era literal, simplemente estábamos en un estado que nos impedía hacer cualquier movimiento. No esperábamos encontrarnos a las chicas así, casi moribundas, rogando, por favor, que las salvásemos.

Después de ver sus caras de nuevo y durante más tiempo, estaba completamente segura de que Kavenski las había hechizado para que sintiesen que estaban bien, que se sentían a gusto con él, aunque fuese una mentira.

En ese momento, los poderes del dios de la luna estaban anulados y era por eso por lo que no podía ejercer aquel encanto sobre ellas, dejando al descubierto la verdadera actitud que tenían con él.

—Chicos, esto va a ser más rápido de lo que pensáis. No habrá criaturas mágicas, ni poderes, ni nada por el estilo. Ya os lo he dicho.

—¿Qué vamos a hacer si no? —pregunté.

—Siempre he pensado que más vale maña que fuerza y es por eso por lo que hoy vamos a luchar sin emplearla. Necesitáis algo de lo que carecéis:

intelecto.

Marlfield y yo nos quedamos asombrados. Por mucho que aquel dios de pacotilla dijese que no teníamos inteligencia, estaba completamente equivocado, por lo que, probablemente, salvar a las chicas de allí sería mucho más fácil que cualquier otra cosa en el mundo siempre y cuando pudiésemos resolverlo usando la cabeza.

—Para empezar, las chicas están maniatadas a esas grandes columnas con unos nudos que ni yo mismo sería capaz de deshacer. Están hechos por Jedreson, un elfo que durante toda su vida se ha encargado de realizar esa tarea para todos los habitantes de Moonet. Por otro lado —continuó, sin dejarnos hablar—, para que las chicas salgan de aquí, debéis apagar el fuego que hay debajo de ellas, pero no podéis hacer uso del agua, ni ahogarlo con una prenda de ropa, así que lo tenéis un poco difícil.

—¿Eso es todo? —apostilló Marlfield desafiante.

—No, claro que no. Cuando terminéis eso, os diré lo próximo que tenéis que hacer.

Corrimos hacia las chicas con rapidez, yéndonos directamente detrás suya, sin siquiera mirarlas a la cara para evitar cualquier contacto visual que nos emocionase e hiciese perder el control de todo aquello.

A simple vista, nos dimos cuenta de que los tres nudos eran totalmente diferentes, por lo que desanudar uno no haría que los demás se pudiesen deshacer de la misma manera. Sin lugar a dudas, nos llevaría más tiempo de lo que Marlfield y yo teníamos planeado que durase aquella primera prueba.

Allá donde estuviese, mi abuela estaba conmigo, así que me volví a acordar de su famosa frase de los nudos e hice lo mismo que hace poco ya hice: seguir cautelosamente el camino que recorrían aquellas cuerdas. No me empeñé en tirar como una loca de donde viese, tal y como estaba haciendo Marlfield y podía ver de reojo.

Tardé mucho más de lo esperado, pero tras una media hora larga conseguí saber de qué manera se había hecho el nudo que ataba las preciosas manos de mi madre. Por mucho que estuviese enfadada con ella, en el fondo, sabía que era la única persona en la que podía confiar ciegamente y, que si algo me escondía era simplemente por protegerme

Poco a poco, para no volver a liar las cuerdas, desaté aquella casi obra de arte y, rápidamente, las manos de mi madre quedaron libres; sin embargo, no podía moverse de la columna porque los pies también los tenía atados con un nudo diferente al que tenía en las muñecas.

Del mismo modo, volví a seguir el mismo método que había aplicado anteriormente para desatarlo, pero este me llevó más tiempo que el nudo de las manos. No tenía un reloj, pero podía ver la cara sonriente de Kavenski que afirmaba que llevaba más tiempo de lo esperado y que, probablemente no podría conseguirlo.

—Te queda una hora para poder desanudar los cuatro nudos que te quedan y te has llevado solo una con los dos de tu madre, así que tú verás. Si no cumples, no volverás a verlas jamás y toda responsabilidad será tuya porque Marlfield no tiene ni idea y solo hace dificultar el proceso que tú sigues —acuñó, con la misma sonrisa que justamente acababa de verle minutos antes.

No me hicieron falta más de cinco minutos para darme cuenta de que el nudo que tenía Gerpelin en las muñecas era exactamente igual que el que tenía mi madre en los tobillos, por lo que fue coser y cantar. Caí en la cuenta de que Lilian, pues era la que quedaba, tendría en la parte superior el mismo nudo que Gerpelin en la inferior y, muy seguramente, esta última tendría ahí el mismo que mi madre en la superior.

Kavenski pensó que no nos daríamos cuenta de la atadura inferior, por lo que tardaríamos el doble de tiempo en conseguir quitar las seis, pero no fue

así. Aquella chica que, según él, carecía de intelecto le había dado un tremendo «zas», pues se le notaba en la manera que tenía de mirarme. Era una cara entre asombro y rabia, alegría e impotencia, algo difícil de explicar y comprender.

Lo que sí tenía claro es que la mía era completamente satisfactoria pues había conseguido algo que ya, de primeras, él no me veía capaz de hacer y, como siempre decía: lo único que no sé hacer es aquello que aún no me he propuesto aprender.

CAPÍTULO 43:

—¡Levanta las manos! —exclamó Kavenski con una sonrisa. Aún me quedaba por quitar el nudo de la parte inferior de Lilian.

Ella me miraba con ojos llorosos, porque pensaba que se quedarían allí para siempre y a juzgar por su mirada no era precisamente lo que querían. Sin que Kavenski me viera, me agaché un poco, escondiéndome detrás de Marlfield, quien lo estaba distraendo con una de sus nimiedades.

Kavenski estaba tan concentrado que ni siquiera se dio cuenta de que estaba allí, delante de sus narices, deshaciendo el nudo fuera del tiempo que nos había dado.

Mientras que se iba mofando de nosotros por no haber superado la prueba, echándonos en cara que las chicas se quedarían allí sí o sí, Marlfield miraba sorprendido la agilidad que tenía con los lazos y ataduras.

En casa, siempre me había encargado de desenrollar las luces del árbol de Navidad, pero de ahí a que pudiese desanudar cualquier cosa que se me pusiese por delante, había un trecho. Yo también desconocía la habilidad que tenía para esto.

—¿Entonces qué dices? ¿Qué las chicas se quedan aquí?

Marlfield estaba haciendo un buen trabajo. Sin que yo le dijese nada, sabía que debía distraer a Kavenski para que no me pillase con las manos en la masa y terminase llevándose a las chicas de allí.

—Y tanto que se quedan aquí, Marlfield —dijo Kavenski en tono jocoso—. ¿Qué te crees? Tú tampoco tendrás mucha pena, porque no has

hecho absolutamente nada para salvarlas, ¿no es así?

Mientras formulaba esta última pregunta, se acercó demasiado a Marfield, tocándole la punta de la nariz con su tridente dorado. Por suerte, yo ya había terminado con Lilian, pero le susurré al oído que se estuviese quieta y no bajase de la columna como sus compañeras.

—¿Y si te digo que Lilian no está atada a la columna y que desde un principio te estamos tomando el pelo?

Kavenski sonrió. No era capaz de comprender que aquello podía suceder. Nos consideraba dos críos que no sabían hacer nada con su vida, pero estaba completamente equivocado.

—¿Crees que una niña como tú puede vacilar a alguien como yo? ¡Ilusa!

—Lilian, ¡baja! —grité.

Lilian hizo caso y de un salto se despegó de aquella maldita columna que nos traía por la calle de la amargura

—¿Ahora qué? ¿Quién es el iluso?

—No te preocupes, guapa, todavía quedan muchas pruebas que resolver.

ppp

Mientras estaba con las chicas, Marfield pensaba alguna manera de apagar aquel fuego con las condiciones que el señor nos había puesto, aunque no sabía si se le había ocurrido algo o no porque simplemente me informó de que estaba tramando algo, pero no sabía el qué ni si lo había conseguido.

—Ahora, muchachos, tenéis cinco minutos para extinguir el fuego que hay ahí. No es muy grande, así que ya os estáis dando prisa.

Me asusté, me asusté muchísimo. Siempre me gustaba tener las cosas bajo control, pero esta vez no era así. No tenía ni idea de cómo apagar el

fuego sin utilizar agua ni ropa y no sabía si Marlfieid había pensado algo con su cabecita loca.

—¡Os quedan cincuenta segundos!

¿Cómo que nos quedaban cincuenta segundos? ¿Cómo había pasado el tiempo tan rápido y dónde estaba Marlfieid? ¿Acaso llevaba todo el rato sola, pensando para mí misma sin siquiera poner un poco de mí para solucionar esto? ¡No me lo voy a perdonar en la vida!

—Diez, nueve, ocho, siete, seis... —comenzó a contar Kavenski.

Cuando iba por el cuatro, Marlfieid apareció de entre los matorrales cargando en sus brazos una gran cantidad de arena de la parte trasera de aquel bosque en el que nos encontrábamos.

Rápidamente, la echó encima del fuego, que se quedó completamente ahogado con la tierra que le había arrojado. Nos habíamos librado por una milésima de segundo, porque cuando el fuego se había calmado, Kavenski ya iba contando por el número uno.

CAPÍTULO 44:

Mis nervios estaban a flor de piel. Aún me estaba recuperando de aquello que Marlfieid acababa de hacer. ¿Es que no podía haber esperado un poco más? ¡Nótese la ironía, claro está!

—¿Estabas esperando hasta el último momento para ponerle emoción al asunto? —pregunté entre dientes, con temor a que Kavenski me escuchase.

—No, jolín. No tenía ni idea de qué hacer. No sabía si eso terminaría apagando el fuego o no, pero tenía que arriesgarme.

—¿Y no podías haberte arriesgado un poco antes? No sé, llámame loca, pero casi muero de un infarto.

Marlfieid me miró y sonrió. Parecía que le había hecho gracia aquello que le acababa de decir a pesar de que a mí no me provocaba ni una leve sonrisa.

Me preguntaba qué tendríamos que hacer ahora para llevarnos ya a las chicas de allí, así que, mi yo impaciente le terminó preguntando a Kavenski cuál era nuestro próximo cometido, pero no obtuve respuesta alguna por su parte. Estaba completamente segura de que le reconcomía la idea de que habíamos podido con aquello que él consideraba que no íbamos a pasar tan fácilmente.

Las chicas estaban tiradas en el suelo. Aunque fuese una tontería, estar sujeta a aquellas altas columnas hacía que estuvieran demasiado cansadas y doloridas. Lo único que querían era tocar tierra firme y descansar de aquello

que las atormentaba.

—Ahora tenéis que hacer tres últimas cosas. Si lo lográis, os podréis llevar a las chicas de aquí. Si no, me temo que os tendréis que aguantar y dejarlas aquí.

—Sabes que vamos a lograrlo, ¿verdad? —afirmé.

—Estás muy segura, ¿no? Creo que te estás equivocando. Esta vez va a ser todo más difícil de lo que piensas así que no te confíes mucho.

—Que sí, que sí —repliqué quitando hierro al asunto—. ¿De qué se trata?

Kavenski refunfuñó. No le gustaba que fuese de sobrada, no le hacía gracia la idea de que pudiese ser incluso más inteligente que él. Estaba acostumbrado a tener todo lo que quería y se le antojaba y, en muchas ocasiones, eso no podía ser así.

—Debéis resolver dos acertijos y, más tarde, hacer otra cosa que aún no os voy a contar. No quiero que podáis hacer cábalas ahora y al final terminéis resolviéndolo todo.

—De acuerdo, como quieras. Sea lo que sea vamos a poder resolverlo. Tenemos mucha confianza en nosotros—intervino Marlfield, muy seguro de sí mismo.

Kavenski nos entregó un papel que decía:

El señor Dykison tenía anteayer treinta y siete años. El próximo año, cumplirá cuarenta. ¿Es esto posible? ¿Por qué?

Leí la nota cuatro veces, pero no lograba entender qué era lo que sucedía en ese acertijo. Si anteayer tenía treinta y siete años, ¿cómo iba a cumplir cuarenta al año siguiente? ¡No tenía sentido!

Miré a Marlfield, con la esperanza de encontrar en él la solución que yo era incapaz de ver, pero tampoco era conocedor de la respuesta a aquello que, *a priori* no podríamos resolver.

Eso sí, *a priori*. Estaba completamente convencida de que, si le dedicábamos tiempo y ganas, podríamos dar con la tecla correcta y darle de nuevo a Kavenski una buena patada en la boca.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—¿Para esto? Nada, tan solo diez minutos. ¿No sois tan inteligentes? ¡Pues corred!

Las chicas nos miraban desesperadas. En su mirada se podía ver que querían ayudarnos, querían ser partícipes de todo aquello, pero no podían hacerlo y eso les carcomía por dentro.

De hecho, Gerpelin conocía la solución a aquel acertijo, u cara dejaba entrever que conocía la respuesta, mas no podía echarnos una mano, ni a mí ni a Marlfeld. Debíamos hacerlo en solitario, sin ayuda.

—A ver, Marlfeld. Voy a plantear esto como los problemas de matemáticas de cuando éramos pequeños. ¿Cuáles son los datos?

—Dafne, por dios, ¡eso es una estupidez!

—Cállate y hazme caso a mí, que seguro que así sale bien.

—Pues que anteayer tenía treinta y siete años y que el próximo año tendrá cuarenta. Es decir, que en un año cumplirá tres años, cuando, en realidad, debería cumplir solo uno.

Me quedé pensando y creí dar con la solución. La clave estaba en averiguar cuándo se había dicho esa frase. El cumpleaños del señor Dykison debía haber sido un día antes de haber realizado dicha afirmación.

Si el cumpleaños del señor Dykison fue, por ejemplo, el día cinco de abril, el día seis tendría treinta y ocho años, y al año siguiente, tendría cuarenta.

—¡Eureka! He dado con la clave.

—A ver, explícamelo.

—El *kit* de la cuestión está en saber cuándo se realiza la afirmación. El

acertijo es posible porque se afirma el día después de su cumpleaños.

—No lo entiendo.

—Marlfield, el cumpleaños del señor Dykison fue el cinco de abril. Ese día cumplió treinta y ocho años y fue cuando se dijo aquella frase, por lo que antes de ayer tenía treinta y siete, hoy tiene treinta y ocho, aunque no se diga y el año que viene cumplirá cuarenta.

—¡Claro! ¿Pero tú te has escuchado? Te has saltado un año por la cara. No cumpliría cuarenta, cumpliría treinta y nueve.

Analicé lo que había dicho, pero esta vez interiormente y terminé comprobando que Marlfield tenía razón, aunque me jorobase reconocerlo.

—No había caído en eso...

Me quedé callada. Odiaba fallar en algo, aunque realmente cuando lo hacía no me lo tomaba mal. Errar era completamente lícito; una persona siempre tiende a aprender de sus fallos, a saber qué es lo que debe y no debe hacer la próxima vez.

Pero este no era ese tipo de error, no era aquella mala experiencia de la que debía aprender. Era un fallo que podía costarnos la vida de las chicas.

—Lo tengo, Dafne. La clave, como tú has dicho, está en el día en que se afirmó la frase y, ese día fue el día uno de enero. El cumpleaños de Dykison era el treinta y uno de diciembre, por lo que el día veintinueve tenía treinta y siete años. Al llegar el día uno, ya estamos dentro del año de la frase, por lo tanto, el siguiente cumpleaños, no cuenta y, será el del próximo año que cumplirá cuarenta.

Me quedé pensando sobre la lógica que tenía aquel problema, pero no lograba entenderlo. Desde pequeña, me habían atraído las ciencias y las matemáticas, pero esto no era para mí, no podía resolverlo ni comprender la respuesta que me daban.

—No entiendo nada, así que tú serás el responsable de comunicarle a

Kavenski la solución de este acertijo. Por más que analizo lo que me acabas de decir, no logro entender lo que quieres transmitirme.

—Espera, aún no nos ha avisado de que nos queda el último minuto. Cuando comience la cuenta atrás de los últimos diez segundos, le comentaré la respuesta.

—¡Eso es lo mismo que has hecho antes!

—No, de verdad, te prometo que lo de antes no estaba premeditado, pero esto sí. Quiero que saboree la victoria, que lo dejemos con la miel en los labios. Quiero que comience a verse el ganador de esta batalla para hundirlo en el último minuto.

Sonreí. Me agradaba la picardía que Marfield se gastaba en algunas ocasiones con Kavenski. Poco a poco, se iba vengando de todo lo que nos había hecho y este dios no era ni consciente de ello.

—¡Os quedan dos minutos!

Abrí la boca en un amago de contar la solución del acertijo, pero rápidamente Marfield me puso la mano en mi antebrazo para que no dijese nada todavía. Me daba miedo apurar hasta el último segundo del tiempo que disponíamos, ya que podíamos fallar y mandar todo lo que habíamos conseguido al garete.

—Diez, nueve, ocho... —Comenzaba la victoriosa cuenta atrás de Kavenski.

—¡Lo tenemos!

De nuevo, su expresión cambió por completo. Aquella pícara sonrisa se había transformado en un mohín de enfado, de rabia.

—¿Estáis seguros?

—Y tanto que sí.

Marfield le explicó la solución a la que ambos habíamos llegado a Kavenski, quien escuchaba atentamente todo lo que mi compañero le decía.

CAPÍTULO 45:

Tan solo nos quedaba un acertijo más y ya tendríamos a las chicas en casa, tal y como habíamos deseado durante tantísimo tiempo. No parecía real, pues pensábamos que este momento tenía que llegar, pero no lo hacía nunca.

—¿Nos vas a decir lo próximo que tenemos que resolver o vamos a estar aquí esperando mucho más tiempo?

Enfurecido, Kavenski tiró al suelo una nota donde estaba escrito el próximo acertijo a resolver. Si Kavenski sabía en qué tecla dar para enfurecer a otra persona, Marfield también poseía la misma habilidad.

¿Qué animal tiene cuatro patas por la mañana, dos al mediodía y tres por la noche?

De nuevo, estábamos en blanco y no sabíamos cómo descifrar aquel enigma que nos había presentado, pero estábamos seguros de que con un poco de tiempo y esfuerzo podríamos dar con la respuesta.

—A ver, vamos a pensar en la solución de esto. Parece complicado, pero seguro que no lo es.

—Ningún animal puede cambiar el número de sus patas en función de la hora del día, así que estoy totalmente segura de que es una metáfora — contesté.

—Pero una metáfora ¿sobre qué? ¿A qué se refiere con eso?

Me quedé pensando un poco, pero pronto se me iluminó una bombilla encima de la cabeza, como en los dibujos animados, y me di cuenta de que se refería a la vida, a las tres partes de la vida: bebé, adulto y anciano.

Así se lo comuniqué a Marfield, quien rápidamente hiló la información que yo le había dado y dio con la respuesta. Los bebés gateaban, los adultos andaban y los ancianos lo hacían con ayuda de un bastón, de ahí la tercera pata.

Kavenski aún no nos había dicho el tiempo que debíamos emplear para resolver el enigma cuando ya lo habíamos hecho. Esta vez, decidí no esperar hasta el último segundo, necesitaba tener a mi madre conmigo de una vez por todas, que Gerpelin y Marfield se reuniesen y que Lilian pudiese ver a su padre de nuevo.

Solté la respuesta velozmente sin consultarlo con Marfield, sin que Kavenski se lo esperase y sin que este nos diese tiempo a responder.

—La respuesta es el ser humano. Un bebé tiene cuatro patas y gatea por la mañana, un adulto anda con dos a mediodía y un anciano anda con ayuda de un bastón por la noche, por lo que tiene tres patas.

—¡Pero, joder! ¿Quién eres tú, una chica o una máquina?

Debía admitir que me gustaba el reconocimiento que Kavenski me acababa de dar con aquella frase. No había sido del todo consciente de lo que acababa de soltar, pero a mí me había agrandado el ego.

—Te inunda la rabia, ¿verdad? —contesté—. Ahora, entrégame a las chicas, que nos tenemos que ir ya de Moonet.

—Os queda una última prueba.

—No, no nos queda nada. Hemos aguantado días malos, otros un poco más buenos, pruebas, acertijos..., ¡no podemos más! Me quiero llevar a mi madre de aquí ¡ya! —exclamó Marfield.

Este, sin previo aviso, agarró a Gerpelin y a Lilian y me miró para que yo hiciese lo mismo con mi madre. No dudé en hacerlo, así que, rápidamente la cogí del brazo y seguí los pasos de mi compañero.

Bajo la atenta mirada de Kavenski, corrimos más de lo que éramos

capaces. No soltábamos a las chicas, ni siquiera habíamos hablado con ellas, porque eso no era lo importante ahora mismo y necesitábamos salir de allí.

—¡Paraos, insensatos! —gritó Kavenski. No tenía poderes, al igual que nosotros, por lo que no podía hacer otra cosa que correr como nosotros.

Sin embargo, la juventud era un punto a nuestro favor y jugábamos con el factor de que podíamos correr más que un hombre de vete tú a saber la edad que tenía.

—Mamá, ¡sácanos de aquí!

Gerpelin miró a su hijo entre lágrimas. Gesticuló un par de palabras, mientras Lucinda y Lilian la miraban sonriente.

—¡Gerpelin, ni se te ocurra! ¡No uses tus poderes!

—Voy a hacer lo que quiera. Es mi hijo y su amiga, es Lucinda y Lilian, somos todos. Necesitamos salir de aquí y tú debes quedarte, es lo único que te mereces.

Sentí un hormigueo y un escalofrío estremecedor en todo mi cuerpo. No había sentido nunca esta sensación. Tenía los vellos como escarpías y percibía cierta presión en la cabeza y en el pecho. Llegué a asustarme, pero en cuanto vi que las chicas estaban alegres, disminuyó cualquier ápice de miedo.

—¡Cerrad los ojos! —ordenó Lilian.

Le hicimos caso y todos seguimos su orden a pesar de que no quería hacerlo. Quería ver lo que se nos venía encima, dónde íbamos a ir, qué iba a ser de nosotros, mas sabía que debía hacer lo que me indicaban.

No pude intercalar palabra alguna con Marlfieid ni con madre en ningún momento. Debía centrarme en lo que nos esperaba: la vuelta a Polin, a aquello que tanto tiempo llevábamos deseando.

Al cabo de casi una hora, volvimos al lugar donde habíamos invocado la ida a Moonet. No sabía por qué la vuelta había sido tan larga cuando, la

ida, había sido tan breve. Rápidamente, Lilian me explicó que Kavenski los estaba reteniendo y que le era complicado salir de allí.

—¡Mamá! —exclamé una vez que pisamos tierra firme.

Ambas estábamos llorando a moco tendido, al igual que Gerpelin y Marlfield. Lilian miraba desde un extremo, limpiándose las breves lágrimas que salían de sus ojos. Los cuatro nos enzarzamos en un gran abrazo, dejando atrás todos los indicios que había de que ambas familias se llevaban mal.

De hecho, casi se me había olvidado la relación que tenían ambas puesto que habíamos superado con creces todo lo que la gente había dicho de nosotros. Habíamos sabido dejar a un lado los prejuicios para centrarnos en conocer a las personas que nos importaban y eso era lo único que me llevaba de Moonet, además de las chicas.

CAPÍTULO 46:

Teníamos muchas cosas de las que hablar, así que en cuanto logramos despegarnos de tanto abrazo y pudimos dejar de llorar, nos sentamos en aquel suelo en el que hace ya algún tiempo nos habíamos arrodillado Marfield y yo.

—¿Estabais bien allí? —preguntó Marfield.

—Ay, querido, ¿cómo íbamos a estar bien allí sin estar con vosotros?
—contestó su madre.

—No lo sé —intervine—. Cuando hablé con mi madre en alguna otra ocasión no se mostraba triste. De hecho, estaba bastante contenta.

—Dafne, teníamos un hechizo que nos impedía sufrir. Nosotras pensábamos que estábamos bien, que éramos felices, pero no era así. Todo era un error y eso lo supimos en el mismo momento en el que nos amordazó en aquellas columnas para que nos salvaseis.

Comencé a llorar sin consuelo. En el fondo, sabía que algo tenían que tener, que no podían ser completamente felices allí, porque estaban envueltas en algún hechizo que las cegaba.

—¿Y por qué no funcionaban nuestros poderes?

—Kavenski los había anulado, cariño. Solo los podíais usar de manera involuntaria cuando vuestra vida estaba en peligro. Bajo ningún concepto podíais morir, aunque siempre hayáis tenido ese miedo.

—Pero... —dijo Marfield— No tiene sentido. Kavenski nos quería matar. De hecho, tales eran sus amenazas que nos creímos que podría hacerlo

en cuanto quisiese, pero ya estoy viendo que no era así...

—Claro que no, mi vida, vuestra vida no ha estado en juego en ningún momento. Siempre ibais a salir ilesos de cualquier peligro en las que ese dios os hubiese envuelto porque para eso habéis sido los elegidos por la luna para abarcar esta misión.

—Y vosotros..., ¿qué es de vosotros? Os he seguido desde muy cerca y parece que no solamente sois amigos, ¿no?

—Eh... Lilian, nuestras madres están delante —contesté, avergonzada, con los pómulos sonrojados.

—¡Pero si lo hemos visto todo igual que ella! —exclamó Gerpelin sonriente.

Algo tímida, le conté a las chicas todo lo que había ido sucediendo con Marlfield. Al principio, solo era un chico que me iba a ayudar a salvar a mi madre, más tarde un compañero y, por último, algo más que un amigo.

No es que fuésemos pareja, a pesar de que sentíamos lo suficiente como para serlo. Teníamos miedo de lo que fuese a pensar el otro cuando nos declarásemos, miedo a perder la bonita amistad que habíamos forjado poco a poco, paso a paso, miedo de que no saliese bien y al final terminásemos separados por el dolor que un amor siempre deja.

Esa era la palabra que podría definir cualquier relación de amor puro: miedo. Porque el miedo es aquello que siempre se tiene: miedo a perder a la persona que amas, miedo a dejarle de gustar, miedo a que pueda encontrar otra compañera de vida que pueda darle lo mismo o incluso más que tú, miedo a que en algún momento no seas correspondido, miedo a volver al infierno en el que estaba antes de conocerlo...

Todo eso lo expresé, así, sin más, sin pelos en la lengua. Sin miedo, sin vergüenza, sin nada que temer. Era ahora o nunca, arriesgar y tener la posibilidad de ganar o no hacer nada y perder. Era arrepentirme porque

saliese mal a quedarme con las ganas, porque lo importante era eso: conservar las ganas.

Nos quedamos allí sentados, divagando sobre la vida, el amor y la amistad, recuperando todo el tiempo perdido, hablando de todo lo que debíamos y dándonos consejos mutuos sobre lo que debíamos hacer.

Hablé con mi madre sobre mi abuela, y al final terminé aceptando su posición, aunque al principio no lo hiciese. Debía comprender que, por mucho que yo quisiese, había momentos en los que predominaba la mente y no el corazón.

PPP

Fue algo difícil acostumbrarnos a tener a nuestras madres allí, algo demasiado complicado de entender y concebir. Después de muchos años, volveríamos a casa, nos sentaríamos a comer y todo sería como siempre habíamos soñado y anhelado.

Supusimos que todo era cuestión de tiempo, de que nos fuésemos acostumbrando a esa vida.

Llevamos a Lilian con su padre, junto a la que fue alteza en Polin, quien se quedó totalmente boquiabierto con la llegada inesperada de su hija. Al igual que Marfield y yo, se involucraron en un fuerte e interminable abrazo mientras acariciaba el pelo a su hija y repetía, casi de manera infinita la palabra «gracias».

Nos quedamos un buen rato allí, disfrutando de un banquete que nos había otorgado Camille, el padre de Lilian. No podía soltar la mano de su hija y sonreía más que nunca, más que en cualquier otra ocasión que Gerpelin y mi madre recordasen.

Gerpelin y Marfield se despidieron de nosotros, pero sabía que pronto volvería a verlos, puesto que mi madre había tenido la flamante idea de invitarlos a cenar a casa en unos días para cenar los cinco juntos, pues la

abuela de Marfield también estaba invitada.

CAPÍTULO 47:

—¿Queréis postre? —preguntó mi madre justo cuando habíamos terminado de comer.

Para nosotros, esto era una situación más que incómoda, extraña. No estábamos acostumbrados a llevar una vida tan normal, ordenada y bonita. Gerpelin y mi madre tardaron poco en acostumbrarse; eso o disimulaban muy bien todo lo que tenían a cuestas para evitarnos sufrimiento en vano.

—No, mamá. Con vuestro permiso, nos vamos a ir a mi habitación. Tengo asuntos pendientes que hablar con Marlfield y entre una cosa y otra, no he podido hacerlo antes.

La abuela de Marlfield nos miró atónita. Para ella, que nos fuéramos a mi cuarto era algo un tanto complicado de entender. Pensaría que terminaríamos haciendo cosas indebidas allí arriba y lo que no sabía era que haríamos de todo menos lo que ella tenía en el pensamiento.

—Pero, mi niña, si ya llevamos aquí un par de días, ¿cómo es que no te ha dado tiempo?

—Pues, mamá, hemos tenido que hacer muchas cosas. Acostumbrarme a esta vida no ha sido nada fácil, no he podido encontrar un hueco antes para decirle todo esto a Marlfield. Es ahora o nunca, como siempre.

Madre asintió con una sonrisa. Nos daba luz verde para que subiéramos a la habitación a hablar de nuestras cosas y Gerpelin también asintió con la misma sonrisa que lo hizo mi madre.

—Marlfield, tenemos que hablar.

—Sí, bueno..., ya me he enterado de que tienes que hablar conmigo, aunque no sé de qué —contestó tembloroso.

—De nosotros. ¿Qué vamos a hacer? ¿Ignorar todo lo que ha pasado durante este tiempo? ¿Volver cada uno a su casa y obviar que, aunque sea, somos amigos?

—No está en mis planes llevar esa vida, claro está, pero tenía miedo de conocer tu reacción.

—No tengas miedo de nada, necesito saber lo que sientes.

—Siento que gracias a ti soy mejor persona. He aprendido a controlar los tiempos de la vida, a ser más paciente, a ser mejor de lo que ya era. No podemos decir que nuestra relación será para siempre porque nadie sabe lo que nos depara el futuro, pero me encantaría que me acompañases todos los días de mi vida.

Un beso selló todo lo que había dicho. Solo con eso sabía lo que yo sentía por él, ya sabía que quería estar con él a pesar de cualquier circunstancia. Debíamos ir a paso lento, como si fuésemos dos tortuguitas. No quería ir rápido para evitar que nuestra relación se fuese al garete.

—Marlfield, sigue siempre a tu corazón, así encontrarás la respuesta.

—Mejor seguiré a las mariposas de tu luna, que seguro que me llevan al camino correcto, que eres tú. No tengo ninguna duda de ello.

EPÍLOGO:

Un año después...

Gerpelin y madre terminaron llevándose a la perfección. No sabía si el hecho de que fueran consuegras ayudaba o que ambas fueran viudas y no tuviesen a nadie a quien contarle sus cosas del día a día, pero todos los indicios de que las Silvester y las Edethin se llevaban mal terminaron disipándose y el rumor fue extendido por todo el pueblo al igual que lo que yo llamo mi «no-locura».

A Polín regresó ese ambiente climatológico que todos los países tenían. Ya no era un país gélido ni triste, sino todo lo contrario. El sol siempre estaba presente en todos los días que pasaban y el Polin se había convertido en algo mucho más alegre.

La gente ahora salía con más frecuencia debido a que el tiempo que hacía acompañaba e incitaba a cualquier a abandonar el hogar para disfrutar del clima que tanto tiempo llevaban esperando. A veces, cuando Marfield y yo íbamos por la calle, muchas personas centraban sus miradas en nosotros, pues fuimos noticia nacional durante semanas consecutivas. No solo salvamos a nuestras madres, sino que, además, trajimos de vuelta a Lilian después de mucho tiempo y fuimos capaces de terminar la misión que otras hechiceras dejaron a la mitad.

Es más, desde muy pequeña, me han reconocido en la calle por el gran parecido que guardo con mi madre y sabía que era conocida por muchos en

Polin, pero no sabía que la señora Lucinda era la reina de los cotilleos en las peluquerías y fruterías. Madre podía ser la encargada de extender un rumor en cuestión de segundos, por lo que aprovechó ese poder para soltar una mentira piadosa —que aún desconozco— sobre la existencia de mi abuela.

Sin embargo, a ella seguía viéndola, y no solo yo, pues Marlfield también podía hacerlo, así que, terminamos dejando una cama vacía en casa para que ella tuviese su lugar en mi nueva residencia. Podía soñar inusual, pero, donde quisiera que estuviera mi abuela siempre tendría un hueco en mi corazón y en mi hogar.

PPP

Con el sueldo de Marlfield terminamos alquilando una parcela que quedaba cerca de nuestras casas. Era la única opción para tener un sitio donde tengamos intimidad y podamos hablar de nuestras cosas.

Marlfield siguió trabajando en la cafetería y yo me incorporaba la semana siguiente como camarera, al igual que él. No me hacía mucha ilusión el hecho de trabajar juntos, ¡tendría que verlo más horas de las que tenía el reloj!

Sin embargo, no importaba, o al menos no por ahora, porque si de algo estaba segura era de que nunca me iba a cansar de una persona que me quería y me mimaba con tanto esmero, de una persona que sabía lo que quería, cuándo y cómo lo quiero cuando ni yo misma lo sabía. Un compañero de vida, ilusiones, victorias y derrotas. Nunca podría cansarme de eso, ni aunque llevásemos trabajando juntos una eternidad.

Nunca podré arrepentirme de haber seguido a las mariposas de mi luna, porque ellas y solo ellas fueron las que me dieron este amor tan puro.

GLOSARIO:

DRÍADA : Las dríadas son duendes de los árboles con forma femenina, muy solitarias y con una belleza espectacular. Tienen unos rasgos muy delicados, parecidos a las elfas, pero estas suelen tener los ojos en tonos verdes o violetas y el cabello y piel cambian de color en función de la estación. Cada dríada pertenece a un roble del bosque y se hallan unidas a su árbol de por vida; no pueden alejarse a más de trescientos metros de él o mueren lentamente. Es capaz de penetrar literalmente en un árbol y desde su interior transportarse al roble al que pertenece.

PPP

ELFO : Los elfos son grandes conocedores de los bosques en los que vive y sus ropajes suelen ser en tonos verdes para poder camuflarse aún más dentro de su hábitat. Son una raza de aspecto vulnerable, mas tienen mayor agilidad y destreza en sus movimientos que los humanos. Son reconocibles por sus orejas puntiagudas, su piel pálida y por poseer unos ojos almendrados. Viven cientos de años, incluso se piensan que son inmortales.

PPP

GNOMO : Los gnomos son enanos fantásticos elementales de la tierra. Suelen custodiar tesoros subterráneos, metales y piedras preciosas y, en algunas ocasiones, les roban a personas ambiciosas. Sus poderes sobrenaturales están asociados a su función como entidad protectora de la naturaleza y conoce de los secretos de la tierra. Se dejan barba y usan sombrero puntiagudo.

PPP

HIPOGRIFO: Los hipogrifos son una mezcla de caballo y grifo. Este último ser es a su vez mitad león y mitad águila . Físicamente es como un caballo de color marrón o pardo, con alas de águila y plumaje anaranjado. Las patas traseras son de caballo mientras que las de delante son de águila. Suelen medir de dos a tres metros de largo y les gusta vivir en manadas y en lugares con pocas montañas.

PPP

ONDINA : Las ondinas son una variedad de ninfas, propias de lagos y aguas dulces. Su formación es parecida a la que trascurre con las ninfas, pero, en este caso, las fuerzas elementales del agua son las que le dan el cuerpo femenino, que suele ser de color azulado o verde, con los dedos de las manos y los pies palmeados y orejas puntiagudas. Se caracterizan por tener cabellos muy largos y azules, amarillos o verdes y además pueden respirar tanto fuera como dentro del agua. Suelen ser criaturas muy alegres y traviesas y su risa es capaz de hechizar a viajeros y marineros.

PPP

TROLL: Un troll es un humanoide bastante desagradable con un pellejo irregular de color azul, gris o verde. Además, posee unos ojos oscuros y hundidos y puede llegar a medir entre dos y tres metros de alto. Si se exponen durante unos minutos a la luz solar, se transforman en piedra por lo que no son considerados grandes enemigos durante el día, pero sí de noche. Siempre atacan con las garras o con la boca, sin importarle el tamaño y fuerza del adversario.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, esta es la parte que más me cuesta escribir de todo este cómputo de páginas que acabas de leer. Quizá, no tiene mucho sentido que diga esto, pero, para mí, tiene toda la lógica del mundo.

No sé si se me da bien o mal eso de crear personajes en una atmósfera fantástica, pero yo, por lo menos, me divierto haciéndolo. Sin embargo, una cosa totalmente diferente es expresar lo que sientes a tus seres queridos, aquellos que te han ayudado a llegar a escribir esto que estás leyendo ahora mismo.

Cogeré aire, contaré hasta tres y relajaré mis manos lo máximo posible para que fluyan entre las teclas del ordenador. Prometo hacerlo lo mejor posible.

Primero y más importante, quiero agradecerte a ti, querido lector, que hayas llegado hasta aquí. Que hayas disfrutado de Dafne y Marfield tanto como lo hice yo cuando lo escribí. Sin vuestro apoyo, esto no sería lo mismo, así que, gracias, gracias y gracias.

Gracias a Natalia Olmedo, mi *popi*, por estar ahí siempre, por ayudarme y aconsejarme cuando lo he necesitado. Nunca podré agradecerte todas las noches en las que te he mandado un capítulo o cuando tú, con ansias, me pedías que escribiese más. Gracias por ser como eres; espero tenerte a mi lado mucho tiempo.

Gracias a mi alpaca, Esther Abellán, porque a pesar de la situación, tiene un hueco para mí y mis libros, porque sabe sacar el lado bueno de las cosas en cualquier circunstancia y porque siempre tiene un buen consejo para darme, ya sea del mundo *libril* o real. Gracias por estar ahí y querer estarlo; dentro de poco nos vemos, alpaca, te quiero.

Gracias a mi madre por ser el mayor pilar de mi vida, el más

fundamental. Nunca te has derrumbado, a pesar de tener motivos para ello. Eres la mujer más fuerte que he conocido y conoceré nunca y eso me lo transmites desde que tengo uso de razón, gracias.

Gracias a mi abuela, una vez más, por ser el ángel de la guarda que desde el cielo guía mis pasos. Gracias por haber hecho de mí lo que soy a día de hoy.

Gracias a esa persona especial que ha hecho que mi vida de un cambio de ciento ochenta grados. Esa persona que ha sabido apreciar en una sonrisa lo efímero que puede llegar a ser eso de enamorarte de una persona.

Gracias a Susan, Sara y Juana por ser mis lectoras cero. Es un gran honor poder contar con vosotras, habéis sabido darle a la historia lo que necesitaba y yo nunca tendré palabras para poder agradecer lo que habéis hecho por «Las mariposas de tu luna».

Gracias a Mónica Gallart, Book Cover Land, por la realización de esta portada tan preciosa, porque sin tu ayuda, no podría haber ilustrado tan bien lo que estaba buscando. Has sabido sacar de mi cabeza la idea que tenía para historia y no puedo estar más contenta de haberte encontrado.

Sin más dilación, gracias de nuevo por llegar hasta aquí, por acompañarme en esta aventura y por darme ánimos para seguir aquí.



SOBRE LA AUTORA:

Roma García

Roma García (Sevilla) nació el mismo día que Juana de Arco, aunque con unos cuantos siglos de diferencia, y actualmente estudia Derecho en la Universidad de Sevilla.

Amante de la fotografía y la cultura egipcia, asegura que no podría vivir sin los nachos con queso y la Fanta.

Desde pequeña, se sintió atraída por las letras y aún atesora con mimo un

ejemplar de Mary Poppins del año 1964.

En su tiempo libre, le gusta leer, escuchar música y se considera una gran aficionada a las series y películas de terror.

Este libro terminó de escribirse
el treinta y uno de diciembre,
aniversario del eclipse lunar parcial y luna azul a la vez,
visible en Asia, África, Europa y Oceanía.